

Centroamérica: en sus mundos y en el mundo

Centroamérica: en sus mundos y en el mundo (siglos XVI-XXI)

Víctor Hugo Acuña Ortega

Víctor Hugo Acuña Ortega



Víctor Hugo Acuña Ortega es Doctor en Historia (1978) de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París y catedrático y profesor emérito de la Universidad de Costa Rica. Obtuvo el Premio Nacional de Historia de la República de Costa Rica en 1993. Ha sido profesor e investigador invitado en universidades de Centroamérica, México, Colombia, Estados Unidos, Gran Bretaña, España, Francia y Alemania. Ha escrito diversos estudios sobre historia económica, historia social e historia cultural de Costa Rica y América Central en los siglos XVIII-XX.

Nombre de la obra en portada: *sans titre*

Autora: Mireille Lacaze

Fotografía: Catalina Fernández



Estos ensayos buscan captar las particularidades de la historia de Centroamérica desde la llegada de los europeos en el siglo XVI. Esta es una historia de centralidad geoestratégica y marginalidad en el mundo; de sociedades y Estados con persistentes problemas de viabilidad agravados por seculares fracturas internas y sucesivas sumisiones imperiales; de trágicos desencuentros entre la naturaleza y poderosos intereses económicos con daños irreversibles; de intentos repetidos por encontrar un camino de ruptura respecto de opresiones, desigualdades y miserias seculares; una historia, en fin, que aún no termina de liberarse del peso de lo peor de su pasado. Sin embargo, Centroamérica es también una promesa y sus poblaciones no han perdido su gusto por la vida y el valor de la resistencia. Esa es la Centroamérica que nos interpela en el presente.

Un proyecto editorial independiente que ofrece rigurosidad en el valor investigativo de todas sus obras, las cuales procuran además presentar los mejores estándares de calidad editorial. Varios de los autores han sido reconocidos con premios nacionales e internacionales, en áreas como el ensayo filosófico y la poesía. En las obras publicadas por Arlekin dialogan y se entrecruzan áreas como literatura, filosofía, sociología, antropología, análisis social, político, y literario.





EDITORIAL
ARLEKÍN

Centroamérica: en sus mundos
y en el mundo
(Siglos XVI-XXI)

Ensayos

Víctor H. Acuña Ortega



972.8

A184c Acuña Ortega, Víctor Hugo
Centroamérica: en sus mundos y en el mundo
(siglos XVI-XXI) / Víctor Hugo Acuña.
– primera edición – San José, Costa Rica:
Editorial Arlekin, 2023.
258 páginas; 27 x 14 centímetros

ISBN 978-9930-619-11-7

1. AMÉRICA CENTRAL – HISTORIA.
 2. AMÉRICA CENTRAL – POLÍTICA Y GOBIERNO.
 3. AMÉRICA CENTRAL – CONDICIONES SOCIALES.
- I. Título.

Nombre de la obra en portada: *sans titre*

Autora: Mireille Lacaze

Fotografía: Catalina Fernández

*A la memoria de Guillermo Nández Falcón,
Ex-director de la Biblioteca Latinoamericana
de la Universidad de Tulane, Nueva Orleans.*

Índice

9	Prefacio
13	I. Introducción: ¿Qué es la historia como saber?
37	II. Centroamérica en los ojos del tiempo
51	III. Pensar Centroamérica desde la historia global
67	IV. Centroamérica en la larga duración: 2021-1821
93	V. Los estados en Centroamérica: De la independencia al Bicentenario
117	VI. Crecimiento económico y pobreza: Centroamérica, 1870-1945
141	VII. Nicaragua en la larga duración: del futuro al pasado
163	VIII. El Salvador y Costa Rica en la historiografía de Lorenzo Montúfar: construcción del Estado e invención de la nación
185	IX. Clase obrera, participación política e identidad nacional en El Salvador (1918-1932)
209	X. La formación de los sectores medios urbanos en El Salvador: La Sociedad de Artesanos “La Concordia” (1872-1940)
243	XI. Epílogo: la historia y el historiador en tiempos de incertidumbre
257	Procedencia de los textos

PREFACIO

Reúno en este pequeño libro una serie de ensayos breves sobre la historia centroamericana escritos en el último cuarto de siglo; seis son de interpretación general, incluido uno específico sobre Nicaragua; los otros son tres monografías sobre la historia de El Salvador; una de ellas en un intento de comparación con Costa Rica. Enmarcan estos trabajos una introducción que pretende caracterizar la historia como saber tal y como se practica en la actualidad a nivel internacional y un epílogo sobre los desafíos que enfrenta la disciplina en la época actual marcada por la urgencia climática, la crisis de la democracia y las ásperas disputas imperiales hoy convertidas en guerra en Ucrania.

Los ensayos buscan captar las particularidades de la historia de Centroamérica a partir de la llegada de los europeos en el siglo XVI. Esta es una historia de centralidad geoestratégica y marginalidad en el mundo; de sociedades y Estados con persistentes problemas de viabilidad agravados por seculares fracturas internas y sucesivas sumisiones imperiales; de trágicos desencuentros entre la naturaleza y poderosos intereses económicos con daños irreversibles; de intentos repetidos por encontrar un camino de ruptura respecto de opresiones, desigualdades y miserias seculares; una historia, en fin, que aún no termina de liberarse del peso de lo peor de su pasado.

Como se verá, a lo largo de estas páginas hay una preocupación por mantener un diálogo entre el

presente y el pasado. Se ha partido de la premisa de que la historia ofrece elementos para poner en contexto y al mismo tiempo para colocar a distancia el tiempo que se vive y la actualidad que lo envuelve. También hay a través del libro la voluntad de pensar Centroamérica como un espacio de interdependencias, aunque se reconozca las diferencias y las particularidades de los Estados y las sociedades que la integran.

He reducido al mínimo el aparato crítico de los ensayos generales y me he limitado a incluir en cada uno de ellos una sección bibliográfica final con algunas referencias básicas. Por el contrario, en los trabajos monográficos era imprescindible mantener el aparato erudito que fundamenta su argumento. El primer texto sobre historia de Centroamérica funge como una especie de introducción general y está escrito con cierta libertad de estilo; razón por la cual no trae bibliografía. Como algunos de los trabajos datan de hace varios años, he intentado remitir a estudios publicados después de su elaboración que me parecía imprescindible citar. Sin embargo, no estaba en condiciones de actualizar a fondo la bibliografía de cada uno de los ensayos más antiguos, de modo que inevitablemente mi esfuerzo ha sido parcial y, en consecuencia, de seguro he cometido omisiones e injusticias por las cuales pido la mayor comprensión y benevolencia.

Una primera versión de esta colección de ensayos, preparada a solicitud del colega y amigo Jaime Barba a fines de 2021, está en proceso de edición en

El Salvador. Esta nueva versión difiere de la anterior porque he vuelto a corregir y a actualizar todos los trabajos, los he reordenado y he agregado uno nuevo, el que aparece como epílogo de la obra. Agradezco a los amigos de Arlekín su disposición para incluir en su fondo editorial esta obra.

Tres Ríos, julio 2023.

INTRODUCCIÓN

¿QUÉ ES LA HISTORIA COMO SABER?

En esta época de tiempos líquidos y de reinado del presente sobre los otros tiempos, me permito hacer una apología del conocimiento histórico, título de un conocido libro de un célebre historiador. Preservo la convicción de que es necesario mantener una relación sana con el pasado, más allá de los espejismos y hedonismos de un presente siempre actual y siempre en fuga y por encima de la obsesión reciente por una memoria petrificada y fantasmal. En mi opinión, tal relación pasa necesariamente por un conocimiento histórico empírico, racional y secular.

1.- La historia como saber: posibilidades y límites:

Una cierta relación con el pasado:

En casi todas las comunidades humanas, la relación con el pasado es una cuestión importante. Como bien sabemos, hay distintas formas sociales y culturales de relacionarse con el pasado. Si pensamos en algunas de ellas daríamos como ejemplo los mitos, las tradiciones orales, las crónicas, los testimonios, la literatura y las artes, y las mismas religiones con sus libros sagrados y sus rituales. Los Estados nacionales modernos tienen diversas prácticas e instituciones

encargadas de preservar, elaborar y difundir su pasado tales como las conmemoraciones y su cortejo de ceremonias y materiales visuales y textuales. Esas distintas modalidades de vincularse con el pasado suelen ser hoy agrupadas en la noción de memoria o memorias. La historia como saber pertenece a esa familia o grupo de formas de relacionarse con el pasado. En esta perspectiva, la memoria engloba a la historia y la historia de esta ha consistido en un proceso secular de emancipación y diferenciación respecto de aquella. Sin embargo, se debe reconocer que hasta el presente la memoria y la historia coexisten en un proceso de retroalimentación continua: las obras de historia alimentan la memoria nacional y las memorias de otros grupos; por su parte, las memorias y también los olvidos de la sociedad presente lanzan interrogantes y desafíos a la disciplina histórica los cuales suelen ingresar en su agenda de investigación.

Una indagación del pasado:

La historia es una interrogación sobre el pasado. Precisamente, el nombre historia tal y como lo usa el historiador griego Heródoto remite a la idea de encuesta, de investigación y de indagación. En este aspecto la historia se distingue de la memoria o de otras representaciones del pasado, cuya preocupación principal es el recuerdo o la actualización del pasado (la reminiscencia), en que su objetivo consiste no simplemente en recordar un momento o un

proceso, sino en reconstruir múltiples cadenas temporales de fenómenos pretéritos, que a menudo ni siquiera están ya en el recuerdo de persona, grupo o institución alguna. La historia es un recuerdo, pero es sobre todo un relato, una narración que reconstruye un fragmento del tiempo pasado.

Una indagación sistemática del pasado:

Efectivamente, hay distintas formas de indagar o de intentar preservar los vestigios del pasado; por ejemplo, la conservación de distintos materiales, desde manuscritos, recortes de periódicos, documentos sonoros, fotografías e imágenes en movimiento hasta la recolección de sellos postales, monedas, obras de arte, etc. La peculiaridad de la historia es que se trata de una indagación metódica y sistemática del pasado que sigue y se atiene a determinados procedimientos, en los cuales la autenticidad del material recogido y su ordenamiento cronológico son esenciales. Se debe subrayar este aspecto que es el fundamento del trabajo en esta disciplina: la identificación y la evaluación de sus fuentes con el fin de constituir las en el material con el cual reconstruirá eventos y procesos.

Una indagación sistemática del pasado con base en sus huellas o indicios:

La historia es una forma de conocimiento indirecto que intenta conocer el pasado por medio de las

huellas, los rastros, los vestigios que de él han llegado hasta la época presente. Es posible también imaginar el pasado o inventarlo, procedimiento al cual recurren la novela, el teatro, la poesía y el cine; pero la historia como forma de saber imagina el pasado, lo reconstruye, solo a partir de sus indicios, es decir, de lo que en nuestra disciplina llamamos fuentes históricas. Sin fuentes la reconstrucción histórica del pasado no es posible. De ahí, la función capital que tienen para la historia como saber los archivos en especial, las bibliotecas, los museos y más recientemente los documentos orales. De ahí también, la necesidad, de quienes se dedican a la investigación histórica de “inventar” fuentes, es decir, imaginar que tal o cual vestigio podría ser utilizado como fuente para el estudio de un aspecto del pasado aún no explorado.

Una indagación sistemática del pasado con base en sus huellas guiada por preguntas:

Esta me parece la cuestión esencial, ya que es posible indagar sobre el pasado conducido por la mera curiosidad o fascinado por el exotismo que representan los fenómenos pretéritos para algunas personas; pero la indagación de la historia como disciplina es diferente, pues se basa en intentar conocer el pasado por medio de preguntas relevantes. La investigación histórica no es la simple recolección de informaciones sobre el pasado. Nos acercamos al conocimiento del pasado, no porque queramos conocer cualquier cosa de él, sino porque queremos saber

alguna cuestión específica, importante para la comprensión de esa realidad desaparecida. Es bien conocido que quien no sabe lo que busca tampoco sabe lo que encuentra. Esta es la advertencia de la “historia-problema” actual, frente a la vieja “historia-acontecimiento”, a quienes quieran dedicarse a este oficio. Como dice un historiador británico, la historia de tijera y goma, es decir, la de cortar y pegar fragmentos de documentos sin criterio, salvo el cronológico, no tiene sentido alguno.

Una indagación sistemática del pasado con base en sus huellas guiada por preguntas formuladas desde el presente:

La historia es un saber que interroga al pasado desde el presente y por esta razón las preguntas que guían nuestra investigación nacen del presente: del conocimiento que tiene el presente de ese pasado, como historia y como memoria; de la agenda que el presente tiene en términos de su actualidad y de su futuro, de las conceptualizaciones disponibles y vigentes para comprender la historia y la vida social, de las tecnologías y de los métodos y técnicas para producir y procesar datos (piénsese, por ejemplo, en la estadística, la paleobotánica, la informática, etc.). De esta manera, es absolutamente cierto que toda historia es historia contemporánea. No hay otra perspectiva posible para la historia que la de mirar el pasado desde el presente. Ciertamente que depende de la sensibilidad del historiador o de la historiadora en

relación con el mundo que le rodea y de determinados juicios de valor previos el que las preguntas que se formule sean relevantes o no en términos de la situación presente. No en vano un gran historiador francés decía que para practicar esta disciplina hay que leer los periódicos todos los días.

Pero siempre será posible evadirse en forma ilusoria del presente tras una muralla de erudición como fin en sí mismo.

Una indagación sistemática del pasado que da por supuesto que sus huellas son indicios de una realidad pretérita conocible:

La historia enfatiza el principio, frente a posiciones relativistas posmodernas, de que el mundo que intenta reconstruir es conocible en sus términos y por esos vestigios y que su relato no es una mera articulación discursiva a partir de otros discursos. La historia es un saber empírico que afirma su pretensión de conocer la realidad pretérita a partir del conocimiento indirecto, por medio de indicios, el cual le es característico, como ya se dijo. Los indicios que sirven a la historia para producir su conocimiento son efectivamente vestigios, no siempre escritos, de experiencias humanas del pasado y la disciplina tiene los instrumentos y protocolos para elaborar a partir de ellos un saber verdadero. La separación entre historia y ficción es un fundamento esencial del quehacer histórico; por lo cual rechaza las posiciones que eliminan esa distinción.

Una indagación sistemática sobre el pasado inacabada e incompleta:

Toda investigación histórica es válida en el marco de las preguntas que la han orientado y de las fuentes en las cuales se ha fundamentado. Esto significa que todo tema de investigación histórica es siempre abordable a la luz de nuevas preguntas y gracias al descubrimiento o inclusión de fuentes no consideradas anteriormente. En ese sentido, es vana la pretensión de escribir una historia definitiva. También por esa misma razón cada nueva generación se siente obligada a reconsiderar su pasado y a escribir una nueva historia. Cada presente, a la luz de sus desafíos actuales y de sus proyectos futuros, se siente obligado a formular nuevas preguntas al pasado.

Una indagación del pasado objeto de debates y controversias entre especialistas y entre el público en general:

Dada sus características de saber construido desde el presente y de saber continuamente inacabado, la historia es un campo donde siempre en forma inevitable habrá debates, disputas y controversias. Esto se debe también a que las preguntas de toda investigación histórica se basan en determinados presupuestos “metateóricos” o ideológicos que las condicionan. Por ejemplo, en nuestra disciplina y en las ciencias sociales en general es conocida la tensión

o contradicción entre poner el énfasis en la estructura o ponerlo en el actor. De tal manera que quien practica este saber tiene el deber de ser imparcial, de no manipular sus fuentes y de no ocultar su información; de ahí la importancia capital de sus notas de pie de página. Pero es ilusoria su pretensión a una total objetividad porque su saber está enmarcado en un presente: el de su época, el de su sociedad y el de su persona, y es relativo a sus preguntas, sus fuentes y sus métodos. Además, la historia como saber se inserta en la vida social y por esa misma razón se integra en las disputas de las memorias.

Una indagación sistemática del pasado inserta en una comunidad de competencia:

La historia no la hacen individuos aislados, sino personas integrantes de una comunidad profesional, en una corporación, que tiene determinadas reglas que establecen quien es competente para ejercerse en esa profesión y cuales productos son aceptados como válidos según los criterios de la corporación. De ahí, la conocida distinción entre quienes son profesionales y quienes la practican por afición. Pero como esta es una corporación que cultiva un saber social y temporalmente condicionado, siempre es inevitable que sea una comunidad de corrientes en confrontación y en disputa. La infeliz expresión “historia oficial” remite a esa realidad de la historia no solamente como un espacio de saber, sino también como una esfera de poder. En este sentido, la historia

no puede ejercerse propiamente como un saber empírico en aquellas sociedades en donde impera una dictadura política que impone distintas formas de censura o autocensura. De igual manera, allí en donde por razones de limitaciones materiales o culturales no existe una comunidad de competencia, la historia como disciplina tiene una existencia precaria e incierta. La historia de una sociedad cuando solo está en la cabeza de unas cuantas personas eruditas es un saber más vulnerable frente a los usos políticos del pasado.

Una indagación sistemática del pasado inserta en una comunidad de competencia que dispone de una infraestructura:

La historia como disciplina requiere de una cierta infraestructura; de manera que para que exista se necesita que sea una carrera universitaria y que la investigación histórica tenga a su disposición bibliotecas y archivos apropiados. Pero no se trata simplemente de una infraestructura para la formación de profesionales de la disciplina y para la investigación en esa disciplina, sino también de una infraestructura para dar a conocer sus resultados, es decir, editoriales donde publicar libros y revistas, y espacios de intercambio y debate como las asociaciones científicas, las mismas revistas especializadas, los congresos, etc. En este sentido, la infraestructura de la disciplina tiene tres componentes: un espacio para la enseñanza, un espacio para la investigación y, si se me permite la

expresión, un foro, un lugar en donde el conocimiento se difunde y se confronta.

2.- La investigación histórica: principios y procedimientos

Una indagación del pasado con base en la cronología y las temporalidades:

La cronología, la periodización de los procesos y el reconocimiento de la existencia de distintos tiempos en la vida social son esenciales para la disciplina. La persona que investiga ordena sus datos en una cadena temporal lineal, recorta ese *continuum*, es decir, constituye un periodo o etapa, y decide describirlo y analizarlo. Pero, además, hoy sabemos, gracias a Fernand Braudel, que los fenómenos históricos tienen ritmos diferenciados: la larga duración, la mediana duración y la corta duración. La periodización es ya una hipótesis en la investigación histórica y su pertinencia depende de la naturaleza de la temporalidad del proceso en estudio; de modo que algunos fenómenos son abordables, por ejemplo, más adecuadamente en una perspectiva de larga duración que de mediana o corta duración.

Una indagación del pasado con el objetivo de describir y explicar cambios a través del tiempo:

Toda investigación histórica consiste en describir y explicar las modificaciones de un fenómeno

durante el periodo en el cual es objeto de estudio. El tiempo es la dimensión por excelencia de la investigación histórica y los cambios a través del tiempo su preocupación fundamental. Por eso, la investigación histórica es el estudio de la tensión o del juego entre la continuidad y la discontinuidad de los procesos históricos. El historiador intenta identificar las causas o factores que han determinado esos cambios y esas continuidades, pero acepta que le resulta imposible encontrar todas las causas posibles. Otros historiadores con base en nuevos conocimientos, nuevas fuentes y nuevas preguntas podrán aducir nuevas causas que expliquen los cambios observados. Así, la investigación histórica puede presentar las causas necesarias de un fenómeno, pero nunca las suficientes; no solo porque las preguntas y los datos disponibles condicionan el abanico de causas identificables, sino, también y, sobre todo, porque la experiencia de cada presente ilumina nuevas regiones del pasado y adquiere nuevos conocimientos sobre el funcionamiento de la vida social.

Una indagación del pasado con base en conceptos:

La investigación histórica consiste en ordenar, cuantificar, clasificar, relacionar y nombrar o denominar datos y para ello requiere conceptos o nociones. Tales nociones pueden haber sido elaboradas por la propia época que se estudia, por otros historiadores o por las otras ciencias sociales. En cualquier caso, no se pueden ordenar los datos y establecer las

conexiones que entre ellos puedan existir sin contar con determinados conceptos o con determinados recursos metodológicos como los que brinda la estadística, por ejemplo. Pero en lo que se refiere a los conceptos, para los historiadores estos son hipótesis por comprobar y no camisas de fuerza en las cuales se aprisionan los datos empíricos. Los conceptos son operativos en la medida en que se ajustan a los datos y no al revés. Aquí vale el principio según el cual sin historia no hay teoría. De lo dicho se infiere, además, que la historia, tal y como la concebimos hoy, tiene una vocación interdisciplinaria.

Una indagación del pasado con el objetivo de entender las acciones de seres humanos de otros tiempos:

El peor pecado que puede cometer una persona que investiga en el campo de la historia es el del anacronismo, es decir, juzgar a la gente del pasado con los ojos de su tiempo. El pasado es siempre diferente del presente y la tarea consiste en comprender su alteridad en sus propios términos, no en los del presente. Por así decirlo, el pasado tiene su propia lógica y quien lo estudia debe desentrañarla. Por esa misma razón, quien investiga no puede juzgar, condenar o absolver, los hechos y los actores del pasado; su primera obligación es tratar de explicarlos y de comprenderlos, no dar lecciones de moral tanto a los seres humanos del pasado, lo cual es absurdo, como a sus contemporáneos, lo cual puede ser peligroso. En términos de la explicación histórica no tiene mayor

interés lo que piense la persona que investiga en el plano ético sobre lo que está estudiando. Quizás, sea inevitable que el historiador emita juicios de valor, ya que es natural, por ejemplo, que sienta repulsión o indignación en relación con hechos y sujetos abominables confrontados en su estudio; pero primero tendrá que haber explicado. Una condena o una alabanza no tienen valor explicativo alguno.

Una indagación del pasado con el objetivo de entender las relaciones entre intenciones, acciones y resultados, en el marco de determinaciones:

La explicación histórica es un juego en donde se intenta reconciliar estructura y acción, intenciones y resultados; trayectorias posibles y desenlaces definitivos. La historia y las ciencias sociales reconocen que los actores toman determinaciones, pero en ellas están determinados. Para los actores del pasado lo que era un futuro desconocido, y que para nosotros es un pasado sabido, era un conjunto de situaciones indeterminadas o contingentes en las cuales azar, acción y determinación concluyeron en un único y definitivo resultado. La historia como saber rechaza toda perspectiva teleológica y no acepta la idea según la cual el futuro ya estaba inexorablemente contenido en el pasado. Los procesos de cambio que estudia la historia son determinados, pero siempre son resultado de causalidades específicas y contingentes.

Una indagación del pasado sobre todos los aspectos de lo humano, en su singularidad, su universalidad y su común destino:

La historia siempre se ocupa de dar cuenta de situaciones singulares; esta disciplina no intenta determinar las “leyes” de la historia, sino que trata de describir y explicar trayectorias específicas, únicas en ellas mismas. En ese sentido, la historia se interesa en lo singular de cada experiencia humana, de cada trayectoria de un grupo humano: toda historia es “historia de...” una realidad concreta específica y en ese sentido única. Pero esa singularidad en la medida en que es comparable con otras, remite a la universalidad de la experiencia humana ya que los seres humanos compartimos nuestra humana condición. En este sentido, a partir de comparaciones es legítimo y factible proponer generalizaciones sobre familias o clases similares de fenómenos históricos. Además, en la medida en que la historia muestra las continuas y cada vez más intensas vinculaciones entre los grupos humanos nos muestra que compartimos un destino común; lo cual parece bastante obvio y muy importante por sus consecuencias en nuestra época, en la cual experimentamos un proceso de universalización de la historia porque vivimos en un mundo interdependiente e interconectado.

Una indagación de lo humano acumulativa, pero siempre incompleta, sin explicaciones definitivas:

En la medida en que la historia humana es continua invención y en la medida en que es continua interrogación del presente sobre el pasado, como ya lo dijimos, la historia será siempre un saber inacabado. En esa misma medida toda explicación que se diga definitiva no solo es sospechosa, sino aún más peligrosa. Eso no obsta para reconocer que la historia es un saber acumulativo, tanto porque hoy sabemos más que antes sobre el pasado de todos los grupos humanos que viven en el planeta, como porque cierto tipo de paradigmas e interpretaciones ya han sido desechados para siempre por los historiadores; por ejemplo, las supuestas explicaciones raciales, y la misma noción de raza y los determinismos ambientales o geográficos; además, otros enfoques nuevos han sido adoptados y hoy resultan imprescindibles como, por ejemplo, la categoría de género.

Una indagación sin fronteras, pues todo está en la historia y todo merece ser objeto de investigación:

La historia como creación de los seres humanos de sí mismos y de su entorno es atributo de todas las personas. Es obvio que las sociedades humanas están organizadas sobre el principio de las desigualdades en el poder y hay algunos individuos y grupos que pueden incidir, más que otros, en la vida de los demás. Sin embargo, no hay ser humano que sea mero títere

de la determinación o de las estructuras, ya que todos tenemos, aunque sea un mínimo de *agency*, aún los más aparentemente desamparados y débiles. Precisamente, una de las grandes transformaciones de la disciplina en el siglo pasado ha sido convertir en objeto de estudio el mundo de las clases populares, distintos grupos étnicos y diversas minorías y, por supuesto, una transformación radical ha sido el reconocimiento de las mujeres como sujeto histórico y de las relaciones de género como cimiento de la vida social.

Una indagación del pasado que pasa siempre por la palabra escrita, con todo lo que ella encierra de cierto y de incierto:

La historia hay que contarla y para contarla hay que escribirla; por lo menos esa es la norma en nuestra cultura. Así toda historia es un relato, una narración de un conjunto de acontecimientos y procesos, enmarcados en determinado escenario y condicionados por estructuras y determinaciones impuestas por el largo plazo. En la medida en que la historia es algo que sucede en el tiempo, la única forma que tenemos los seres humanos de presentarlo y comprenderlo es mediante un relato, mediante la forma narrativa. De esta manera, toda obra histórica debe tramar un relato en el cual tiene un punto de partida y un punto de llegada, definidos según la periodización adoptada. En última instancia, una vez la investigación acabada, el gran desafío consiste en contar bien una historia sobre el fenómeno investigado.

3.- Temas para la investigación histórica hoy

Más allá de la historia patria: historia y memoria nacional:

Como es bien conocido, la historia surgió en el siglo XIX como un saber al servicio del Estado nacional y se confundió o se sumó a la tarea de construir una memoria nacional. Fue en el marco de ese programa que adquirió su estatuto de saber profesional. En América Latina la historia surgió a fines del siglo XIX de manera similar, como historia patria, pero tardó mucho en volverse una práctica profesional y en algunos de nuestros países, entrado el siglo XXI, aún no lo es. Además, por la historia política latinoamericana y por las peculiaridades de los procesos de construcción de sus Estados y naciones la historia ha tenido dificultades para adquirir autonomía frente a distintos usos del pasado en la esfera pública. No obstante, la situación de la historia ha cambiado progresivamente y hoy parece tener menos sentido asignarle la misión de ensalzar las virtudes de la patria. De esta manera, la historia se ha abierto a nuevos objetos de investigación y ha empezado a tomar distancia respecto de las memorias y de la memoria nacional, en particular. Esta emancipación de la historia es indispensable para que pueda lograr su total profesionalización y también su democratización, si se permite la expresión, para que pueda ocuparse de la historia de todos los seres humanos y no solo de algunos.

También en la medida en que la nación tiene por principio la homogenización, el abandono de la función de la historia como historia patria permite sacar a la luz a aquellos grupos humanos, situaciones o esferas y espacios o territorios que no han sido incluidos en la versión dominante consagrada por la historia patria.

Las nuevas escalas de la historia: conexiones, entrecruces y procesos globales:

El abandono de la historia patria no es solo asunto de temas y sujetos, sino también un asunto de escalas. En efecto, la historia nacional o nacionalista creó la distorsión, metodológicamente legítima según sus objetivos, de desgajar la historia nacional de historias más amplias y de superponerse sobre historias de escalas inferiores a la nacional. Así, se perdió de vista, por ejemplo, que el mundo colonial hispanoamericano era uno solo, asentado en un entramado de relaciones entre sí y con su metrópoli; este mundo, a su vez, estaba integrado en un sistema de competencia de los Estados europeos en el Viejo Mundo y en sus imperios de ultramar. El mismo sesgo, aún más fuerte, se impuso en el periodo posterior a la independencia el cual desgajó la historia de los distintos Estados-naciones hispanoamericanos de la de sus vecinos y de la de los imperios que llegaron a América Latina tras la derrota del imperio español, el británico y el estadounidense casi simultáneamente. En este sentido, parece necesario abandonar

o quizás más bien subordinar la perspectiva de la historia nacional a una visión que busque las interconexiones de estas historias entre sí y con la del resto del mundo en general. Además, se trata no simplemente de buscar interconexiones, sino también entrecruces que permitan mostrar cómo las que son vistas como historias nacionales autocontenidas y auto-referidas son resultado de contactos, pacíficos y violentos, con la historia de sus vecinos y con la de los polos hegemónicos a nivel internacional, contactos en los cuales ambas partes, tras el encuentro o desencuentro, no son ya más las mismas, no solo las dominadas, sino también las dominantes. En última instancia, en la era de la globalización hemos empezado a tomar conciencia de que la vieja historia nacional requiere ser reubicada en una historia global. En el caso del Nuevo Mundo es bastante evidente que una nueva etapa de su historia surgió con el primer choque globalizador nacido con la formación de los imperios marítimos de los europeos a partir de los siglos XV y XVI.

Las nuevas escalas de la historia: procesos microsociales, locales y regionales:

En muchos casos lo que se presenta como la historia nacional de los países latinoamericanos es la de su región dominante, con lo cual se invisibiliza la existencia de otras regiones o territorios condenados a ser considerados como periféricos. De igual manera, la invisibilización de una región conlleva la de

sus habitantes, de modo tal que la historia nacional puede presentarse como racial y étnicamente sesgada. En este sentido, superar la historia nacional en una escala hacia abajo permite hacer ingresar en la historia a grupos y lugares que previamente no han tenido cabida en ella o no han sido objeto de la indagación histórica. También el estudio de los procesos en términos de escalas inferiores a la nación permite conocer cómo ocurren efectivamente ciertos procesos históricos presentados a escala nacional como algo dado. Al fin y al cabo, quienes participan en las disputas por el poder o quienes son protagonistas dominantes en los procesos económicos están vinculados por redes familiares, de negocios, de lealtades y dependencias, etc. En este caso, como en el de la adopción de escalas mayores, el cambio de óptica permite hacer visibles actores y factores previamente no reconocidos.

Conectar las historias del Nuevo Mundo: el Caribe y Centroamérica:

Resulta de particular interés reconectar las historias del Nuevo Mundo y, en particular, las del Caribe y la América Central. En efecto, los geógrafos estadounidenses Robert C. West y John P. Augelli elaboraron la categoría de *Middle America*, la América de en Medio, para designar esa parte de América que incluye México, Centroamérica, las Antillas y el borde caribeño de Suramérica, la cual dividen en dos secciones: la tierra continental que llaman

“mainland” y el “rimland” que incluye el arco isleño antillano y el borde caribeño del “mainland”, de la sección continental. Esta construcción geográfica es toda una propuesta de investigación y es una acusación no intencional a la ignorancia mutua de las historias de los países del Caribe y América Central. Es evidente que el “rimland” es ecológica y culturalmente muy similar, pero también es cierto que históricamente ha habido en este espacio circulaciones e intercambios de prácticas culturales, ideas y personas que seguimos ignorando o desconociendo. En este sentido, parecería muy prometedor construir una agenda de investigación sobre las conexiones y entrecruces de las historias de los países antillanos con la historia de los países continentales que tienen costas en el mar Caribe. En esta perspectiva, la vieja historia nacional patria debe ser superada por una historia de las vinculaciones en un espacio histórico que ha existido desde el siglo XVI y que la historia nacional por su óptica no ha podido ver. Este fue el contexto en el cual evolucionaron las colonias y luego, tras las independencias, se intentó formar los Estados e inventar las naciones. Evidentemente, que esta historia sería una historia hemisférica y global porque el Caribe fue un lugar de fiera competencia entre los imperios marítimos de los europeos desde la época de su nacimiento y porque fue el Caribe el lugar donde Estados Unidos trató de construir un imperio marítimo formal y en el cual ha mantenido un sistema de Estados clientes. No es casual que el tratado de libre comercio impuesto por Estados Unidos a los países centroa-

americanos, hace quince años, también haya incluido al final a República Dominicana.

Hacia una historia global de América: imperios, Estados y naciones en el Nuevo Mundo:

Como dice un conocido sociólogo británico, el Estado-nación ha sido y sigue siendo el gran “power-container” que ha enmarcado la vida de las sociedades modernas desde la época de la revolución francesa. No en vano la noción de “Estado fallido” remite a una situación en la cual el contenedor ya no contiene nada o muy poco. En ese sentido, se debe reconocer que se debe seguir haciendo la historia de los procesos que acontecen al interior del “power-container”, de cada Estado-nación concreto. Sin embargo, en nuestra época parece necesario insertar o reinterpretar las historias nacionales de los países del continente americano en el marco de los procesos de construcción de imperios, de Estados y naciones en el hemisferio occidental. Es bastante obvio que la historia de los países al sur del río Bravo, desde el siglo XIX, está condicionada por lo que ha hecho o ha dejado de hacer Estados Unidos y viceversa, se debe enfatizar, a pesar de la asimetría. La historiografía latinoamericana de nuestro tiempo tiene que enfrentar el desafío de la globalización mediante el estudio comparativo de los procesos de formación de sus respectivos Estados y naciones y de los entrecruces ocurridos en esos procesos tanto con los Estados vecinos, como con los imperios respectivos. Señalo los

procesos de formación de los Estados y naciones, pero la propuesta de hacer comparaciones y buscar conexiones y entrecruces es válida también para cualquier tema, desde aquellos que se ocupan de la etnicidad y el género hasta aquellos otros relacionados con la historia económica, social, política, cultural, intelectual, etc.

Referencias

Bloch, Marc. *Apología para la historia o el oficio de historiador*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

Carr, Edward H. *¿Qué es la historia?* Barcelona: Editorial Ariel, 2001.

Farge, Arlette. *La atracción del archivo*. Valencia: Edicions Alfons el Magnanim, 1991.

Iggers, Georg. *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*. Madrid: Editorial Labor, 1995.

Koselleck, Reinhart. *historia/Historia*. Madrid: Editorial Trotta, 2004.

Prost, Antoine. *Doce lecciones sobre la historia*. Ediciones Cátedra, 2001.

Thompson, E. P. *Miseria de la teoría*. Barcelona: Crítica, 1981.

Traverso, Enzo. *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Madrid: Marcial Pons, 2007.

II

CENTROAMÉRICA EN LOS OJOS DEL TIEMPO

Han transcurrido ya muchos milenios desde los tiempos en que puñados de seres humanos iniciaron el proceso de ocupación del espacio que hoy llamamos centroamericano. Antes de esos visitantes imprevistos, ningún homínido, y ni siquiera algún mono antropoide, había hollado estos territorios de reciente aparición en la historia geológica del globo: ellos fueron los primeros emisarios de la condición humana en esta parte del mundo. Que en estas tierras había condiciones favorables para la proliferación de esa desconocida especie, lo mostraron con elocuencia la imponente y sobrecogedora civilización maya, tan esplendente de vida como devoradora de vidas; pero no menos la infinidad de cuasi-arcádicas sociedades cacicales y proto-estatales que los europeos encontraron a principios del siglo XVI en la sección sur del Istmo y en las cuales los criterios de lo permitido sonrojaron y escandalizaron a aquellos severos cristianos, tan poco preparados a los usos y abusos de la desnudez de los cuerpos. Así, la nueva historia inaugurada hace más de cinco siglos, que pretendió hacer *tabula rasa*, creció sobre el sedimento de una experiencia milenaria y multitudinaria; verdad elemental que no tardaron en comprender los invasores y que hoy se expresa, silenciosa, en la mesa de los pobres y, a porfía, en la mesa de los ricos centroamericanos.

Ciertamente que los grupos de nómadas y cazadores que milenios atrás vinieron a estas tierras a dejar para siempre la polifacética impronta de lo humano no sabían que llegaban a fundar Centroamérica, ni aún que serían los abuelos de los mayas; ellos solamente buscaban una nueva vida en un territorio en el que resultaron ser los primeros emisarios de su especie. Es muy propio de nuestra condición, del futuro apenas captar su vago trazo inicial ya que tampoco la lucidez del pionero y el ansia del aventurero permitieron a Cristóbal Colón percibir que ese horizonte que se interponía entre sus naves y los tesoros de Marco Polo era en realidad un mundo nuevo. Así, la nueva historia empezó con una confusión de identidades, pues los descendientes de los cazadores de la última edad de los hielos fueron denominados "indios" y el lugar que habitaban nació con un nombre ligado a una interrogante: para los primeros conquistadores y exploradores españoles estas fueron las tierras del Estrecho Dudoso. Cuando se supo, al fin, que el Istmo no estaba fracturado por ninguna garganta marina, empezó a mirársele como sitio en medio de los nuevos territorios de Indias, es decir comenzó a articularse la idea de una América central, aunque el nombre Centroamérica recién fue acuñado solo después de la emancipación de España.

No obstante, aquellos seres humanos que en el siglo XVI iniciaron nuestra sangrienta marcha por la Modernidad no tenían la menor idea de que estuviesen laborando para la posteridad de alguna "patria grande" o de alguna que otra "patria chica"; ya que

para ellos lo que importaba eran sus respectivas y conflictivas ideas de lo que significaba vivir la vida. En el curso de tres centurias y en el tejido de múltiples y conflictivas relaciones, las identidades se fueron inventando: a unos los llamaron indios, a otros ladinos, a otros *castas* y los poquitos de arriba fueron distinguiéndose entre sí como criollos frente a peninsulares. Pero no sólo la sangre fue criterio de identidad, sino también la fe y el vínculo con el terruño. Cuando los españoles partieron, dejaron tras de sí una idea del Istmo con la cual quienes heredaron su poder y señorío supusieron se podía imaginar una comunidad nacional independiente.

En aquel momento se inició nuestra marcha inconclusa y reiterada que ha consistido en pensar Centroamérica como legado, como proyecto y como posibilidad. Centroamérica como proyecto ha conocido sucesivos fracasos después de la Independencia en 1821; fracasos que tal vez se expliquen porque no se ha pensado la región suficiente y sistemáticamente como legado y como posibilidad. Cada vez que emprendemos un ejercicio de escritura sobre la región suponemos automáticamente que en algún sentido dicho segmento del Nuevo Mundo ha tenido una existencia solidaria entre sus partes integrantes y específica en el contexto del espacio latinoamericano. Sin embargo, nuestro punto de partida debiera ser más bien el reconocimiento de una realidad quizás no muy grata en primera instancia, tal vez ambigua y desconcertante: Centroamérica no existe, en verdad solo existen “centroaméricas”, mundos plurales,

diversos, convergentes y divergentes, mundos de metamorfosis permanentes en la cadena sin fin del tiempo, que se agolpan en el lugar donde América se angosta y sus océanos se insolentan. Centroamérica quizás sea una, pero nunca es la misma: el Caribe mira de espaldas al Pacífico, y el Reino de Guatemala de la época colonial no coincide exactamente en el mapa con la República Federal Centroamericana nacida en 1823 y fenecida en 1838, ni con el Mercado Común Centroamericano de la década de 1960.

Pero la diversidad no está únicamente en la historia y en la geografía ya que es también cultural y social. Hoy viven entre nosotros millones de seres humanos que afirman ser descendientes directos de los mayas, mientras que otros intentan ufanarse con blasones de antepasados de los reinos de Castilla. El español es la lengua dominante en Centroamérica, pero no necesariamente la lengua materna o de educación de muchos de sus habitantes. No olvidemos que los grupos indígenas conservan sus lenguas y los descendientes de los antillanos su inglés criollo, así como los hijos de las familias de las clases medias y altas reciben su educación en inglés estadounidense en escuelas y colegios exclusivos.

En el principio de nuestra Modernidad hubo sospechas de que Centroamérica era el lugar recóndito del paso oceánico hacia las tierras de Catay y Cipango, y aunque la suposición fue infundada no hay dubitación hasta la fecha de que se trata de un istmo, quizás el puente entre dos masas continentales más importante del planeta. Por tanto, desde el siglo XVI

Centroamérica no es únicamente un sitio para sus residentes sino también un alfiler vigilado en los mapas de los cuarteles generales de los que grandes han sido en este mundo. Centroamérica no es un lugar perdido en las estepas, ni un enclave adosado a una de las cumbres de los Himalaya, ni mucho menos un idílico paraíso en los Mares de Sur, sino un campo de batalla de conquistadores, piratas, bucaneros, filibusteros, mercenarios, soldados de fortuna y ocasión, forjadores de imperios de banano y tácticos y estrategas de la guerra de contrainsurgencia y pieza de trueque entre funcionarios, grandes o pequeños, del Consejo de Indias, el Foreign Office y el State Department. Desde el siglo XVI, en el libro de la historia de las relaciones entre las grandes potencias siempre ha existido un capítulo relativo a la parte ístmica de América.

El futuro y el pasado siempre nos interrogan, el primero en la forma de incertidumbre y el segundo como un fondo oscuro. Podemos encontrar consuelo de lo incierto en el conocimiento de lo que por el tiempo se escapó, pero que en la memoria social dejó un rastro borroso. Pero vivir, es tener un presente. Las claves de la situación presente residen en la actualidad, pero no todas, ni necesariamente las más determinantes. El pasado es siempre una tenaza que tiene asido al presente con potencia variable según su peso inercial, derivado por el cauce del tiempo. No sólo los muertos de hace un instante doblan nuestras espaldas sino también aquellos cuyos restos son más polvo que huesos. Centroamérica es un territorio en

donde el pasado pesa, más como lastre que como plataforma de despegue. En esta parte de América el presente ha tenido mucha dificultad para emanciparse de las sombras ominosas de otros tiempos. Acaso podríamos olvidar que aún seis décadas atrás, el trabajo forzoso de origen colonial era moneda corriente en las grandes fincas cafetaleras de Guatemala o que la democracia apenas camina con paso incierto hace solo un decenio en todos los países del Istmo. Seguimos atados a un oscuro fondo autoritario de larga trayectoria y los derechos en nombre de los cuales la Modernidad hace valer su lugar no cobijan hasta el presente, plenamente, a todos los centroamericanos.

A todos parece obvio que Centroamérica es un lugar ubicado entre la América del Sur y la América del Norte, pero ese territorio que queda en el medio no es tan evidente en su definición como parece. En efecto, algunos piensan que Panamá no está en Centroamérica y otros dirían que México es Centroamérica. Lo cierto es que las distintas superficies que abraza el término Centroamérica corresponden a distintas visiones e intenciones y a distintas épocas. En el presente la convención ha ido estableciendo que Panamá es Centroamérica; pero que México es México, aunque Chiapas fue antes Centroamérica y para algunos, con sus nuevos personajes con pasamontañas, pareciera que se está deslizando hacia el sur, halada por su pasado. En fin, la convención ha aceptado desde siempre que Centroamérica está formada por los cinco Estados que sobrevivieron a la muerte de la Federación: Guatemala, Honduras, El Salvador,

Nicaragua y Costa Rica. Siempre nos queda el problema de qué hacer con Belice, Estado independiente desde 1981, asunto que posiblemente ni sus habitantes sabrían resolver. No hagamos esta pregunta a los que se llaman costarricenses porque ellos están convencidos que su país, pretendido paraíso en el mundo, está en Centroamérica, pero no es Centroamérica.

Si queremos conocer esta parte de América debemos buscar su particularidad en el contexto de la América Latina y distinguir también los rasgos que unifican y separan a sus países. En el espacio latinoamericano, Centroamérica presenta algunas peculiaridades tanto históricas como naturales. Acaso apenas baste recordar que en este territorio volcanes, huracanes y sismos espantan con regularidad a sus pobladores. El patrimonio arquitectónico del Istmo es sobre todo vestigios someros y cicatrices profundas. También su patrimonio natural ha sido devastado por la acción del ser humano y la región es una parte del planeta en donde el ambiente está de rodillas. Ya dijimos que no es difícil mostrar todo lo que en la experiencia histórica y en la realidad actual separa a estos países, pero tampoco podemos ignorar los muchos elementos que los unifican. El nombre de la región tal vez nos dé alguna idea de su identidad o, si se prefiere, de su destino, pues la América Central está en el centro del continente americano y en medio de los dos océanos más grandes del planeta. Por eso se le reconoce como un mundo entre mares y entre continentes. Centroamérica es puente y es también istmo.

Es posible que una de las primeras particularidades de Centroamérica en el entorno latinoamericano sea la mayor incidencia de las fuerzas externas en su desarrollo histórico. Esta circunstancia nace de la importancia estratégica de su situación en el planeta, sobre todo a partir de la primera formación de una economía-mundo en el siglo XVI. Centroamérica fue atraída a la Modernidad por el Estrecho Dudo y luego de ella quedó rehén y prisionera por un canal que se hizo imperativo. Curiosamente, a pesar de estar en el centro y a pesar de no ser un mundo aislado, el Istmo presenta un carácter marginal, en el sentido de que no tiene un gran peso en América Latina ni en términos demográficos, ni políticos, ni económicos. Los centroamericanos desde los tiempos coloniales y hasta el presente sufrimos una sensación de invisibilidad y desdén frente a los que se consideran los polos del desarrollo histórico latinoamericano. México es México, pero este istmo espectral, nunca se sabe qué puede mostrar, aparte de sus sabidas taras. Quizás exprese bien esta marginalidad el estereotipo despectivo que algunos han adscrito a estos países: “banana republics”.

El peso de los factores externos y su marginalidad se manifiestan claramente en la relación que el Istmo ha mantenido con Estados Unidos a lo largo del siglo XX. En efecto, Centroamérica y el Caribe fueron el espacio primigenio de la expansión de esa potencia y son el área en donde ha podido actuar con más arrogancia e impunidad, sin correr grandes riesgos. Simultáneamente, es claro que la América del

centro tiene para Estados Unidos poco valor económico y tan solo un valor geoestratégico, por el canal interoceánico, y otro meramente simbólico de su poderío: aquí ellos mandan más que en cualquier otra parte porque así ha sido y tiene que ser. Sin embargo, este peso excesivo de los condicionantes externos es fuente de mucha incomprensión de la realidad centroamericana. En efecto, resulta una confusión simplificadora y una excusa fácil atribuir todos sus males a la perpetua y perversa influencia estadounidense, desconociendo el peso específico de los procesos internos. Nosotros los centroamericanos también tenemos nuestros propios monstruos de nuestra única y exclusiva factura. Algunos nos han acosado y aterrizado mucho antes de que llegaran los primeros yanquis emprendedores y avasalladores.

El tema de la influencia extranjera no es asunto meramente académico ya que ha impregnado los debates y los diagnósticos políticos, tanto en el pasado como en el presente. Por ejemplo, en la década de 1980 unos veían la crisis de la región como producto de la llamada confrontación Este-Oeste, mientras que otros la atribuían a una larga acumulación de problemas internos no resueltos. De igual manera, el fracaso de la revolución nicaragüense tanto puede ser visto como producto del sabotaje de Estados Unidos, como de los errores políticos de los mismos dirigentes sandinistas. Hoy nuestras miserias se alimentan del olvido en que hemos caído de aquellos quienes hace apenas un instante nos consideraban su principal dolor de cabeza.

El peso de los factores externos también aparece cuando se discute la cuestión de los elementos de unificación y de dispersión del espacio centroamericano. Al respecto, una posición radical es aquella que mira la región como un espacio fragmentado que solo tiene unidad en la perspectiva de los intereses geopolíticos externos. No obstante, habría que señalar que existen en la historia centroamericana tanto en las estructuras como en los actores tendencias centrípetas y tendencias centrifugas. Múltiples actores centroamericanos, sociales y políticos, por lo menos desde la independencia, han considerado la región en su conjunto como su espacio natural. Por supuesto, que también esos mismos actores en determinadas circunstancias han apostado por el separatismo. En todo caso, no parece existir en América Latina otro lugar en donde un conjunto de Estados formalmente soberanos esté tan estrechamente vinculado.

Centroamérica es puente, pero es sobre todo istmo. En efecto, desde el siglo XVI su interés como istmo ha prevalecido y el comercio mundial ha transitado en uno y otro sentido por el istmo de Panamá. Cuando algún político centroamericano ha tenido un arrebatado de grandeza su gran designio ha sido una vía interoceánica. Solo recientemente la región ha empezado a ser percibida como puente entre el sur y el norte del continente americano en una cuestión clave de nuestro tiempo: el narcotráfico. Hoy las drogas siguen el camino que desde hace millones de años tomaron las más diversas formas de vida. De nuevo, el narcotráfico recrea la mirada tradicional de Estados

Unidos sobre la región como una zona estratégica para sus intereses.

La diversidad de la América Central se percibe con facilidad cuando se miran sus países. Hay poco en común entre la Guatemala indígena y colonial y una cierta Costa Rica arropada en su ilusión de ser un ideal de Modernidad occidental en medio de un territorio rebosante de arcaísmos. No es difícil apreciar cuan distinto es el Panamá cosmopolita del resto del Istmo de sabor provinciano, ni la divergencia histórica entre Nicaragua, con sus elites tan frecuentemente divididas, y El Salvador con su poderosa oligarquía. Pero no son menores las diferencias que se observan al interior de los países, entre sus ciudades y sus campos, entre sus distintas regiones y entre sus altiplanos, fríos y enjutos, y sus planicies costeras, calientes y exuberantes. Hay una oposición que corta longitudinalmente todo el istmo y que pone en antagonismo la vertiente pacífica con la vertiente del Caribe. No hay una Nicaragua, hay dos: la que mira al Pacífico y la de las poblaciones misquitas y negras. La Costa Rica del café siempre se avergonzó de la Costa Rica de los bananales del Caribe. Dicho contraste ha tenido históricamente importantes consecuencias para la región. En ciertos casos significa un verdadero problema de integración nacional, como en Nicaragua, y en todos permitió la formación de enclaves económicos de empresas extranjeras. No obstante, la falta de integración nacional ha redundado en una mayor diversidad cultural. La impronta del mundo

caribeño en los aspectos más vivos y actuales de las culturas populares del Istmo es bastante obvia.

Se asocian también la pobreza, la falta de viabilidad y la marginalidad de las economías y sociedades centroamericanas con su tamaño diminuto: pequeños países y grandes problemas. No hay que olvidar que dos de los países más pobres del continente se encuentran en Centroamérica y no resulta sorprendente que hoy el Istmo sea tierra de emigrantes: millones de centroamericanos se apiñan en las principales ciudades de Estados Unidos. No es casual que un tema de debate permanente haya sido el de la viabilidad de estos pequeños Estados. El filibustero William Walker hizo tal diagnóstico cuando pretendió conquistarlos y asociarlos al Sur esclavista estadounidense en 1856-1857. Precisamente la conciencia de ser poco viables y muy vulnerables ha empujado periódicamente a los centroamericanos a intentar proyectos integracionistas. De este modo, el unionismo es un utopismo típicamente centroamericano y también un recurso de supervivencia, tan difícil como inevitable. Pero también la tentación de encontrar un nicho en el mercado mundial, en donde una de estas pequeñas economías prospere, siempre ha sido grande. Así, en la etapa actual de la llamada globalización, Panamá, ahora que el canal le pertenece, y Costa Rica, con su supuesta ventaja cultural y ambiental, buscan la manera de jugar a esa carta. Pero lo cierto es que Centroamérica es un mosaico de mundos diminutos, en donde rivalizan las carencias propias con las inquinas hacia el vecino. Pero la mez-

quindad no impide algunas grandezas como las del inspirado Rubén Darío, para citar a uno de sus más conocidos creadores.

La pequeñez no significa impotencia absoluta porque los países de la región han seguido distintos tipos de estrategias para reducir sus márgenes de subordinación y marginación. Posiblemente, la circunstancia de Costa Rica como un caso aparte en el contexto centroamericano es resultado de la existencia de esos márgenes de maniobra. No cabe negar, sin embargo, la debilidad de los microestados centroamericanos frente a Estados Unidos. Obviamente, su grado de soberanía es relativo. No obstante, se pueden encontrar diferencias importantes entre los distintos países. Nicaragua, Honduras y, por supuesto, Panamá históricamente han sufrido formas extremas de dominación de Estados Unidos, mientras que los otros Estados han disfrutado de mayores márgenes de autonomía.

En suma, la historia de la región ha sido la de una serie de difíciles encuentros con la Modernidad, cristalizados en contradicciones dolorosas y persistentes: el excesivo peso del pasado, la apropiación “alienada” de los modelos culturales europeos y estadounidenses, en donde la cultura Disney hace estragos, la persistencia de relaciones sociales y políticas, en donde la arbitrariedad y los privilegios son mayores que en otras partes de América Latina, la debilidad de los marcos institucionales y formales, la presencia de bloqueos duraderos a la movilidad social, la fragilidad de los derechos humanos, la persistencia de

una cultura política autoritaria, la presencia de naciones inacabadas, en donde solo algunos son ciudadanos efectivos y en donde la fractura étnica pervive. En fin, en estas sociedades el derecho a ser diferente o simplemente a ser individuo, con todo lo que esa noción comporta de imprevisto, inconexo, incierto e inédito, es caro y precario.

Sin embargo, Centroamérica aún es una promesa y sus poblaciones miserables no parecen haber perdido su gusto por la vida y el valor de la resistencia, y esa es la Centroamérica que nos interpela en el presente. La de los años 1920 y 1930, conocida y admirada aquí y allá por la lucha de un hombre llamado Augusto C. Sandino y la que suscitó también tantas ilusiones en todo el mundo hace dos décadas. Los centroamericanos podremos siempre discurrir sobre razones y sinrazones de nuestra unión y desunión, pero hoy nos apremia la necesidad de porvenir de la mayoría de los que residen en esta parte de América; esa que hace un milenio fue escenario del esplendor maya, esa que hace cinco siglos nació como porción del imperio español y esa que hace tanto tiempo erra y busca. El centro del Nuevo Mundo será siempre un dudoso estrecho para los peregrinos de la vocación de futuro.

III

PENSAR CENTROAMÉRICA DESDE LA HISTORIA GLOBAL

¿Qué es Centroamérica?

Es el espacio ístmico situado entre las actuales repúblicas de México y Colombia. Su núcleo histórico es el territorio del antiguo Reino de Guatemala, sin Chiapas después de la independencia; según las épocas, incluye a Panamá, en un juego de alejamiento y acercamiento, y a Belice, en una interacción de mayor o menor marginalidad.

I.- ¿De qué estamos hablando cuando hablamos de historia global?

No es un panóptico, sino un enfoque que se pretende agregue mayor inteligibilidad a la comprensión de la historia de las distintas comunidades humanas y de la humanidad en su conjunto. Es solamente otro punto de vista situado en determinadas coordenadas temporales y espaciales, con sus sesgos y sus puntos ciegos, como es propio de todos los enfoques en el campo de la historia y de las ciencias sociales. Tampoco hace referencia a un fenómeno universal o transhistórico, en la medida que en las distintas etapas de la historia ha habido grupos humanos que han quedado al margen de redes de conexión más allá de su universo inmediato, ya que la conecti-

vidad o las globalizaciones son resultados históricos contingentes. El contexto histórico-social inmediato de estos enfoques es, parece obvio, la nueva fase de la historia mundial que ha sido denominada la globalización y las lecturas que suscita, unas optimistas, otras pesimistas en las dimensiones económicas, sociales y ambientales, unas utopistas en el plano tecnológico y otras utopistas en términos de la paz y un nuevo equilibrio de poder mundiales.

Hay que evitar y criticar también toda visión teleológica o determinista de los procesos de globalización porque la historia no es solamente conexiones, sino también alejamientos, hiatos, desconexiones e incluso clausuras herméticas y separaciones intencionales. Tal es el caso de todos los imperios que, al mismo tiempo, conectan y separan inmensos espacios o, como han mostrado en tiempos recientes el *Brexit*, Donald Trump y las reacciones de los distintos Estados frente a la pandemia, en particular los más poderosos, y la áspera rivalidad que hoy protagonizan Estados Unidos y China y que podría conducir a un alto duradero de la globalización en curso. Cabe agregar que tras la guerra en Ucrania asistimos a un proceso de “desglobalización”, si se permite el término.

Además, este nuevo enfoque historiográfico carece de una definición unívoca. En efecto, para unos la historia global es la que se ocupa de la última globalización, es decir es solamente historia contemporánea o incluso historia inmediata y para otros es una historia enfocada en grandes espacios y largas

temporalidades (*World History*). Dada esta pluralidad de significados, el término ha terminado siendo una especie de expresión centrípeta que todo incluiría y que obscurece tensiones y divergencias en una diversidad de formas de investigar y escribir la historia.

Por esta razón, no es una metodología, sino una constelación de formas de trabajo en el taller de la historia, según la consagrada expresión; unas muy empíricas y bien concretas basadas en la investigación con fuentes primarias y otras más sintéticas, apoyadas en fuentes secundarias, y algunas más bien especulativas. En fin, unas trabajan con nociones de alcance medio, como diría Pierre Vilar, y generalizaciones circunscritas y otras con grandes principios explicativos o metaconceptos y generalizaciones de largo alcance, especie de leyes que rigen para distintos órdenes de la realidad y para todas las etapas de evolución de la vida y la sociedad humana, como pretende la llamada *Big History*.

La historia global, ya no definida en términos negativos, se presenta como una forma de trascender el nacionalismo metodológico y como evaluación crítica y superación de la clásica historia comparada. Es una apuesta por la búsqueda de interdependencias y conexiones a distintas escalas y distancias y en todos los aspectos de la vida social, en sus relaciones con el ambiente, de modo que se emparenta con la vieja historia total francesa o con la historia social como ámbito historiográfico de indagación de toda la actividad humana. La historia global permite dar un paso

más allá de los análisis comparativos y obliga a poner entre paréntesis el supuesto del Estado nacional como unidad de análisis por excelencia. Como sabemos, el Estado-nación, opera tanto para los actores sociales como para los científicos sociales, como un marco cognitivo a través del cual se percibe la realidad, como una lente por la cual pasa su mirada. Como dice Anthony Giddens, el Estado-nación es un “power container” y el gran actor del mundo contemporáneo, pero quizás convenga explorar cual ha sido y cual es el grado de hermetismo de ese contenedor. Además, vale la pena demandarse cuan útil es considerar aún que es la unidad de análisis inevitable, autocontenida y autoexplicable, en la época de la globalización.

Este tipo de estudio del pasado está inserto en la asimétrica geopolítica de los saberes, de modo que se practica en forma predominante en ciertos lugares privilegiados del mundo universitario actual y convierte en puntos ciegos muchos espacios del planeta que se consideran a la orilla de las grandes corrientes de la historia del mundo. La historia global es en la práctica una disciplina “provinciana”, ya que solo es posible hacerla de manera profesional y sistemática, es decir, con adecuado financiamiento en el mundo desarrollado. Por oposición, hay una mayoría de instituciones universitarias a lo ancho del planeta que carece de los recursos requeridos para practicar este tipo de historia. Además, aunque es cierto que las ciencias sociales han experimentado un “giro global” como señalan algunas personas, este tipo de historia

se inserta en una micropolítica universitaria de tensiones entre disciplinas, rivalidades entre especialidades, condicionamientos financieros y también modas.

En el seno de la llamada genéricamente historia global distingo dos grandes grupos: en primer lugar, las historias globales, centradas en un espacio transcontinental o transoceánico, las cuales definen un universo o un ecúmene en el seno del cual pretenden identificar interconexiones y patrones de interdependencia, es decir, postulan y delimitan un ámbito de conectividad, ya sea el universo (*Big History*), el planeta en su conjunto (*Global History*), o una de sus partes, por ejemplo, una civilización, la economía-mundo, el mundo atlántico o el mundo mediterráneo. En segundo lugar, tenemos las historias relacionales o relacionadas las cuales rastrean en el tiempo, también a lo largo de un gran espacio, determinadas interacciones, pero que no definen a priori un mundo o un universo que funcione en una macroescala. Por mi condición de historiador, por el lugar de mi formación, por mi inserción en un mundo universitario periférico me inclino por practicar las segundas como historias conectadas o entrecruzadas porque son empíricamente abordables, es decir, mediante la utilización de fuentes primarias y, hasta cierto punto, realizables con recursos limitados.

Complementariamente, considero que resulta útil la noción de historia transnacional que posibilita reconocer la especificidad de los procesos de conexión cuando ya existen los Estados nacionales

como actores en el escenario internacional, es decir desde finales del siglo XVIII y hasta el presente. En la perspectiva de una historia de este tipo habría que admitir la existencia de una diferencia cualitativa de las conexiones de un espacio como el centroamericano, en su seno y con el mundo, cuando era una parte del imperio español en América que cuando a pasó a ser una región integrada por varias repúblicas formalmente independientes.

II.- ¿Cuál agenda para historia global centroamericana?

Como ya adelanté, se trata de practicar una historia empírica basada en archivos y fuentes primarias en general. Una historia conectada o cruzada del mundo centroamericano, de sus componentes que lo han integrado en las distintas etapas de la historia. Una historia relacionada o relacional del espacio centroamericano en el contexto del planeta:

- 1.- en el marco de la historia antigua de América desde la llegada de los primeros grupos humanos, la formación de sociedades cacicales y estatales y hasta la ruptura de la conquista.
- 2.- en el marco de la colonización española en América y del imperio hispánico como espacio global en Europa, África y Asia.
- 3.- en el marco de las rivalidades y la competencia en el Nuevo Mundo entre los imperios marítimos de los europeos de la época moderna.

4.- en el marco de las repúblicas hispanoamericanas, surgidas después de las independencias de inicios del siglo XIX, con énfasis en México y el Caribe hispánico.

5.- en el marco del imperio británico de libre comercio impuesto en América Latina en el siglo XIX.

6.- en el marco del imperio estadounidense terrestre primero, ultramarino posteriormente y global en la actualidad.

7.- en el marco de las interacciones de los antiguos mundos coloniales después de los procesos de descolonización de mediados del siglo XX.

8.- en el marco de la globalización en curso que ha trasladado el eje del mundo de Occidente hacia Oriente.

En este tipo de investigación histórica lo que se pretende identificar son relaciones y circulaciones que definen estructuras de conectividad o de interdependencia. La tarea consiste en determinar el grado de intensidad, continuidad y profundidad de los distintos tipos de conexiones. De modo que se trata de conceptualizar las conexiones en lo que respecta a su calidad, dirección, densidad y consecuencias.

Es ilusorio creer que el mundo es *flat* como afirman algunos ideólogos de la globalización actual. Por el contrario, las asimetrías y las desigualdades son consustanciales a las estructuras de conectividad e interdependencia de modo que pueden ser más o menos unilaterales (unívocas) o recíprocas (biunívocas). En este sentido, es una tarea en estos estudios identificar los márgenes de autonomía o de capacidad de

gestión de los actores colocados en la posición subordinada de la relación asimétrica. Así, Centroamérica debe ser considerada en el marco de sus sucesivas inserciones: como colonia española, como repúblicas independientes bajo el imperialismo informal británico, en el siglo XIX, y como Estados-clientes en el imperio internacional estadounidense, desde inicios del siglo XX. Si se adopta esta perspectiva interactiva se trataría de ver el *interplay* entre los repertorios imperiales de dominación hispánicos, británicos y estadounidenses y los repertorios de resistencia y adaptación de las sociedades del Istmo, como, por ejemplo, la extendida práctica en la América española, de “se acata, pero no se cumple”.

La agenda de la llamada historia global también está situada en Centroamérica, pues no se trata de “provincializar Europa” como en el caso de los países metropolitanos, sino de desenclavar su historia y de repensar sus grados de *agency* no solo para procesar lo externo sino para impactarlo o condicionarlo. Si en una perspectiva un poco políticamente correcta, desde los países metropolitanos la pregunta sería cómo hemos hecho sufrir la historia a los otros; en esa misma perspectiva, en los mundos periféricos la pregunta sería cómo los otros nos han hecho sufrir la historia. Pero en realidad la pregunta relevante sería: ¿desde el lugar de la subordinación en una relación asimétrica cómo ha participado Centroamérica en los procesos de conexión en las distintas escalas? En última instancia, el desafío para las historias conectadas o cruzadas en Centroamérica es mostrar

mediante la investigación que son útiles para incrementar los niveles de inteligibilidad de la historia del Istmo, tanto la más reciente como la más antigua.

III.- Las particularidades de Centroamérica en un contexto de historia global

Propongo la hipótesis de que el carácter geoestratégico del istmo centroamericano, según la clásica definición del geógrafo Carlos Granados, ha fungido como condicionante estructural en los procesos de inserción de la región en las distintas etapas de la globalización, desde el siglo XVI. Por su sitio y situación, como argumenta Granados, es decir, por su condición de puente entre dos masas continentales y de istmo entre dos océanos, Centroamérica ha sido y es geoestratégica; fue puente biológico, migratorio y cultural en tiempos antiguos y lo es en el presente y ha sido istmo estratégico desde la llegada de los europeos en el siglo XVI. Para utilizar un término aplicado a otra parte del planeta la región centroamericana es un “locus de interacción” particularmente relevante en los procesos de globalización o una de sus principales “cuencas de historicidad”.

Es en este sentido que la América Central ha vivido con intensidad variada los procesos de globalización de los últimos cinco siglos, unas veces en forma central y otras de manera marginal, pero siempre en el marco de su determinación de larga duración de ser una zona del planeta de importancia

geoestratégica. Dicha condición geoestratégica centroamericana tiene, obviamente, una historicidad condicionada por los procesos de estira y encoge de las interconexiones planetarias, es decir de las globalizaciones y “des-globalizaciones”; de modo que tiene etapas de efervescencia y etapas de latencia. También es claro que el espacio centroamericano no es homogéneo en términos geoestratégicos y las áreas más globalizadas han sido aquellas con más posibilidades de cumplir una función transístmica.

Además, la inserción de la región en los procesos de globalización como economías agroexportadoras, a partir de la puesta en marcha de la división internacional del trabajo en el siglo XIX, ha estado condicionada por la ecología consecuencia de su condición geoestratégica. Así, como también subraya el geógrafo Granados, Centroamérica ha fungido como una península subtropical de América del Norte, adecuada tanto para producir bananos y café como para recibir turistas.

En la fase actual de la globalización, iniciada en 1990, la función de Centroamérica como puente intercontinental ha adquirido un gran relieve. Este fenómeno es realmente novedoso e inédito en toda la historia centroamericana desde los tiempos de la conquista; a tal punto que no fue captado en los trabajos ya citados de Granados y de otros autores, escritos en las décadas de 1980 y 1990. Para estos autores era evidente que la función de istmo históricamente había sido mucho más importante que la de puente. Pero en el presente, Centroamérica se ha

convertido en un puente de personas y mercancías de interés clave para Estados Unidos y es posiblemente un trampolín estratégico para China.

La peculiaridad del lugar de Centroamérica en las diferentes etapas de la globalización es que su importancia geoestratégica contrasta con su condición marginal global. La región nunca ha podido sacar pleno provecho de su ventaja, en términos de sitio y situación, y, al contrario, esta ha sido en cierto sentido su condena. Resulta aún más determinante que, tras la independencia, el Reino de Guatemala, es decir, el espacio heredado de la época colonial se fragmentó en un conjunto de microestados, cuyos problemas de viabilidad han sido persistentes desde entonces y hasta el presente. Los Estados centroamericanos se caracterizan por unos atributos de estatidad incompletos o por un débil poder infraestructural. Por tal razón a algunos de ellos se les ha calificado con los pesimistas adjetivos de “frágiles” o, incluso, de “fallidos”.

En la actualidad, la región se presenta como un solo espacio que ejerce la función de puente, con casi igual importancia que su histórica función de istmo. Es interesante anotar que, paradójicamente, algunos territorios en los cuales los Estados centroamericanos han tenido y tienen nula o poca implantación se destacan con gran protagonismo en esta función de puente; por ejemplo, ciertos lugares en la vertiente del Caribe y también de la costa del Pacífico donde la presencia de distintas instituciones públicas,

sean estas represivas o de prestación de servicios, ha estado de hecho ausente.

La inserción de Centroamérica en el mundo debe ser vista en juegos de escalas espaciales y temporales. En términos temporales: en el proceso de ocupación de la especie humana del Nuevo Mundo, como colonia en el marco de los procesos de formación de los imperios de la época moderna, como Estados nacionales en el marco de los imperios del mundo contemporáneo y en los procesos de globalización actualmente en curso. En términos espaciales en juegos de escalas “glocales” con regiones o áreas más o menos integradas en las conexiones centroamericanas y en las conexiones a niveles más amplios. Al respecto, es interesante señalar que ciertas regiones del Istmo, periféricas respecto de sus capitales, en algunos periodos han sido espacios muy conectados a nivel global, como, por ejemplo, los enclaves bananeros. No hay que perder de vista que Centroamérica es en sí misma, por su configuración geográfica interna y por su fragmentación política desde el siglo XIX, un mundo de conexiones y entrecruces, un lugar en donde el aislamiento entre vecinos se combina con relaciones intensas a muy distintos niveles, entre familias, grupos, sociedades y Estados y en todas las dimensiones sociales, económicas, políticas y culturales. Ayer y hoy la figura del exiliado y del trabajador migrante afincado en otro país del Istmo distinto del propio es muy emblemática de dichas vinculaciones.

IV.- Dimensiones ético-políticas de la historia global en el caso de Centroamérica

Pensar el territorio centroamericano como un espacio regional de conexiones puede contribuir a combatir las xenofobias de sus poblaciones de las unas en relación con las otras, el provincialismo o una mirada aldeana frente al mundo y la imitación ciega de los modelos culturales y los estilos de vida extranjeros. Este tipo de historia puede servir como xenología, es decir, como forma de interesarse por conocer al otro, de los centroamericanos entre sí y de estos con sus congéneres de otras partes del planeta. En Centroamérica la llamada historia patria, ese tipo de uso político del pasado inventado por los liberales en el siglo XIX, sigue gozando de buena salud y por esa razón es muy necesario practicar una historia conectada o entrecruzada del espacio centroamericano y de las distintas escalas en que este se inscribe.

También puede contribuir a combatir el síndrome del “homeless mind”, según la expresión utilizada por Bradford Burns, que ha marcado a las elites y a los sectores medios centroamericanos desde la época liberal en una ambigua relación frente al llamado “americanismo”, que imagina a Estados Unidos como el mejor de los mundos posibles al cual hay que subordinarse o incluso anexarse. En efecto, parece razonable admitir que la relación con Estados Unidos es una relación imperial, para valorar a renglón seguido cuanto de su asimetría es inevitable y cuanto es negociable. Hay que aclarar que la realidad

del emigrante que parte a ese país es muy distinta porque huye de un mundo que no solo no le ofrece nada, sino que, además, le resulta amenazante y peligroso.

En términos más generales, las dimensiones ético-políticas de la llamada historia global se inscriben en una tensión entre el ecumenismo que implica la identificación de conectividades con la comprensión de “cómo las sociedades humanas con la distancia producen alteridad, con la alteridad hostilidad y con la hostilidad identidad”, según la feliz formulación del historiador francés Patrick Boucheron. Ambos ecumenismo e identidades adquieren una nueva dimensión en el presente en la época del Antropoceno (el término preciso tendría que ser “Capitaloceno”, ya que es la reproducción ampliada del capital quien tiene al planeta como está), cuando el desafío mayor es el futuro de la vida en general en el planeta. Recordemos, en fin, que Centroamérica es una de las partes del mundo en donde la crisis ecológica ya ha dejado daños irreversibles y en la cual los efectos del cambio climático según se predice pueden ser de los más desastrosos.

Referencias

Acuña, Víctor H. “Centroamérica en las globalizaciones (siglos XVI-XXI)”. *Anuario de Estudios Centroamericanos*. 41(2015): 29-65.

Bentley, Jerry. Ed. *The Oxford Handbook of World History*. Oxford: Oxford University Press, 2011.

Conrad, Sebastian. *Historia global*. Barcelona: Crítica, 2017.

Granados, Carlos. “Hacia una definición de Centroamérica: el peso de los factores geopolíticos.” *Anuario de Estudios Centroamericanos*. 11(1) (1985): 59-78.

Hall, Carolyn y Héctor Pérez. *Historical Atlas of Central America*. Norman: University of Oklahoma Press, 2003.

Saunier, Pierre-Yves. *Transnational History. Theory and History*. London: Palgrave MacMillan, 2013.

IV

CENTROAMÉRICA EN LA LARGA DURACIÓN: 2021-1821

En la actualidad, en estos días del bicentenario de su independencia de España, los Estados nacionales surgidos del antiguo Reino de Guatemala y que integran ese espacio del Nuevo Mundo conocido como Centroamérica son un lugar sombrío, atrapado en un círculo continuo de violencia y en un movimiento perpetuo en un punto fijo de desesperanza. En su conjunto, estos países forman parte del pelotón de retaguardia de la última fase de la globalización, iniciada hacia 1990; hoy en estado de suspensión por la pandemia que no termina de acabar y con claros signos de reversión por la áspera disputa que opone a Estados Unidos contra China. Además, desde inicios del siglo XX, los Estados centroamericanos han integrado lo que se ha llamado el patio trasero del imperio, aunque en la etapa presente la relación se caracteriza más por una cierta indiferencia, a excepción de la importante cuestión de los migrantes, que por la injerencia imperial.

Por oposición, los países del Istmo se encuentran en muchos indicadores básicos en el grupo de punta, es decir: primeros en destrucción ambiental, baja calidad de la democracia, corrupción rampante, profundidad de las desigualdades sociales, arraigada discriminación étnica y racial, pobreza y atraso económico. La expresión de todos esos males es la

presencia de Estados con bajos niveles de “estabilidad”, es decir frágiles e inoperantes, que aseguran relativamente las funciones de represión, pero no las de satisfacción de las necesidades básicas de la población. Centroamérica es hoy un mundo distópico que expulsa a su población hacia el norte en búsqueda de un escape, con frecuencia ilusorio, ya que a lo largo del camino y en el punto de llegada acechan y esperan violencias, injusticias, arbitrariedades e incluso, la muerte. Sin embargo, en este mundo sin porvenir, marcharse no es solo desesperación, sino también una forma precaria y también muy decidida de la esperanza.

En una reflexión sobre el bicentenario, desde mi punto de vista, se impone menos una vuelta erudita a ese pasado heroico y manido, tantas veces visitado, y mucho más una reflexión sobre este presente que tanto nos interroga y nos interpela. Claro está que una comprensión de nuestra situación actual nos exige una confrontación con nuestros pasados, el de la coyuntura de la independencia, otros más recientes y también otros más antiguos. Una serie de desenlaces acontecidos en esos distintos pasados y algunas tendencias estructurales o de larga duración que han atravesado los siglos dan cuenta del tiempo que hoy vivimos. Los marcos estructurales han condicionado, no impuesto, tales desenlaces; ya que también han sido resultado de conflictos y negociaciones entre protagonistas concretos, sea como individuos, sea como expresión de grupos sociales y actores políticos

colectivos, confrontados en torno a intereses, valores y propuestas.

Con esto se quiere subrayar, aunque resulte obvio, que la realidad actual es producto de una historia, no de un destino. Los desenlaces pudieron haber sido otros y el presente distinto. En estos doscientos años, no hay teleología, no hay maldición o condena, ni tampoco determinismos ciegos, solo hay resultados contingentes que cierran un abanico de posibilidades y que abren nuevos conflictos y proyectos. Solamente si concebimos la experiencia histórica en estos términos, es que podría ser posible que la distopía le ceda algún día su lugar a la utopía. La historia como proceso parcialmente controlado por los seres humanos está jalonado tanto de continuidades como de rupturas y discontinuidades y esa debería ser la apuesta mientras llega el tricentenario.

En esta perspectiva, la historia del Istmo puede ser concebida como una serie de oportunidades perdidas y desperdiciadas. Una cadena de desenlaces en los cuales no se alcanzó lo que hubiese hecho posible avanzar y que redujo las alternativas en disyuntivas posteriores. En consecuencia, si queremos poner a conversar al presente con sus pasados formulemos la pregunta que corresponde: ¿Cómo hemos llegado al lugar donde estamos? ¿De dónde salió esta realidad que a muchos nos desagrada, que a muchos más hace sufrir tanto y a unos cuantos beneficia tan generosamente? Hagamos un repaso.

En el año 2021, el intento de democratización y de modernización institucional de los años 1990 ha

terminado con una serie de regímenes autoritarios y corruptos. La herencia de progreso de las guerras y revoluciones de la década de 1980 ha sido casi totalmente dilapidada y su recuerdo se ha ido disipando entre las nuevas generaciones. Muchos testigos, protagonistas y sobrevivientes de esos eventos y procesos han optado por un pacto de silencio. La excepción es la dictadura imperante hoy en Nicaragua que se presenta como la revolución de 1979, parte 2, algo trágico, patético y caricaturesco, mientras encarcela y exila a mujeres y hombres que fueron sus dirigentes históricos.

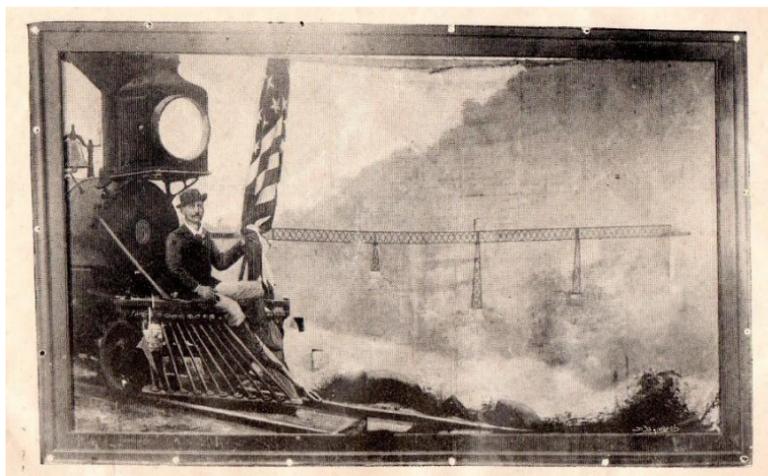
Los decenios de 1950 y 1960 fueron los del desarrollismo en Centroamérica, en el contexto de las tres décadas de prosperidad de la economía capitalista mundial. En ese periodo la región experimentó tasas de crecimiento económico envidiables y sus sociedades se modernizaron. Ciertamente, hubo prosperidad material, pero sin redistribución de la riqueza y sin democratización. Todo lo contrario, el desarrollismo se acomodó muy bien con las dictaduras militares y, en el caso de Guatemala, con un siniestro terrorismo de Estado promovido por el ejército y ejecutado por escuadrones de la muerte de extrema derecha. Ahí se incubaron las insurgencias del decenio de 1970 que no fueron una mágica fabricación de la llamada confrontación este-oeste, como en esos años se dijo y como algunos con desconocimiento de esa historia repiten en la actualidad.

El desarrollismo, junto con la política imperial de la Alianza para el Progreso, fue en parte una

respuesta política de contrainsurgencia contra los intentos de democratización y reforma social que la región centroamericana intentó al finalizar la Segunda Guerra Mundial y cuyo experimento más profundo, más necesario, y más radical fue la derrocada “revolución guatemalteca”, de 1944-1954. En esa coyuntura, en la cual agencias gubernamentales de seguridad y espionaje aliadas con grandes inversionistas del imperio estadounidense jugaron un papel determinante, la posibilidad de romper con el pasado en Centroamérica enfrentó dos obstáculos complementarios: fuerzas internas y veto imperial. Como se observa, la historia de la región a lo largo del siglo XX puede ser vista como un ciclo de alternancia entre intentos de apertura política y cambio social y reacciones autoritarias y radicalmente opuestas a cualquier tipo de reforma.

La historia del siglo XIX, al menos hasta la crisis económica y social de la década de 1930, nos remite a la herencia del liberalismo en la región. Un liberalismo como todos los de su tiempo creyente y difusor del llamado progreso; pero también un liberalismo muy centroamericano que el escritor y político nicaragüense Enrique Guzmán, primero liberal y luego conservador, denominó “liberalismo apaleador”. En efecto, las raíces inmediatas de los autoritarismos en Centroamérica se encuentran en el liberalismo de la segunda mitad del siglo XIX bien definido por la expresión del dictador guatemalteco, Justo Rufino Barrios, según la cual las constituciones debían ser “jaulas de seda” y no marcos institucionales de

obligado acatamiento. En nombre del progreso y por la causa del crecimiento económico, este liberalismo codificó e institucionalizó formas de discriminación étnica y racial y pospuso para cuando el progreso hubiese al fin llegado todo reconocimiento de derechos políticos de la población, ni que decir de los derechos laborales y sociales, una aberración para esos apóstoles del llamado “individualismo posesivo”. Como le dijo el dictador costarricense Tomás Guardia a uno de sus opositores cuando lo visitó en su calabozo: “la Constitución llegará sentada en la trompa de la locomotora”. El orden de prioridades era muy claro. Esta promesa prácticamente nunca se cumplió en ninguno de los países centroamericanos y tardó en ser realidad, con una serie de imperfecciones, en el caso costarricense.



Wenceslao de la Guardia. *Minor Keith y el puente sobre el río Birrís.* (1890).

Lo que sí llegó sentado en la trompa de una locomotora fue el control de amplios sectores de la economía nacional por parte del capital extranjero; como bien lo simboliza un retrato olvidado y extraviado de Minor Keith cruzando seguro y triunfal, enarbolando la bandera de las barras y las estrellas, el puente ferroviario sobre el río Birris, último abismo que superó para permitir la comunicación directa entre Limón y las ciudades del Valle Central de Costa Rica. Este empresario ferrocarrilero, bananero y agente financiero fue el heraldo del imperio estadounidense, el cual en el tránsito del siglo XIX al XX estableció un sistema de Estados clientes en el Caribe y América Central. Así, la derrota de Jacobo Arbenz en 1954, de la revolución sandinista en 1990 y de otros intentos tímidos de reforma experimentados en el Istmo en el siglo XX tienen sus raíces en esa coyuntura de imposición y recepción del imperio en el Istmo centroamericano.

Medio siglo separa el ascenso de los liberales en Centroamérica de la coyuntura de la independencia. Los primeros veinte años de esa historia nos recuerdan que en el principio en el espacio del antiguo Reino de Guatemala se intentó construir un Estado y una nación y no las actuales cinco repúblicas. También en los primeros años de vida independiente circuló el primer liberalismo centroamericano creyente en la filosofía del progreso en su versión ilustrada, y por esa razón convencido de la capacidad de mejoramiento de todos los seres humanos. Así, ese liberalismo, tan bien encarnado por José Cecilio del Valle,

pretendió integrar a los indígenas quienes, supuestamente, en la escuela aprenderían los valores triunfantes de la Ilustración y dejarían atrás sus formas culturales que, se daba por entendido, no eran compatibles con el progreso.

La idea de integración mediante asimilación era también aplicable a mestizos y mulatos y a la población negra; grupos que de todos modos parecían tener disponibilidad para asimilarse. No se puede negar que la primera gran utopía moderna centroamericana fue la de la independencia, alcanzada sin guerra alguna, cuando se imaginó que el Istmo integraría a sus distintos grupos étnicos; uniría a las distintas provincias, por encima de celos y rivalidades con la capital, en una forma estatal federal y, en fin, por su condición geoestratégica, entre mares y entre continentes, llegaría a ser el centro del mundo; idea difundida e imaginada por José Cecilio del Valle, pero igualmente compartida por otros líderes de los años de la emancipación.

Sin embargo, a pesar de tanto optimismo, el Istmo nació a la vida independiente con una duda existencial que terminaría siendo distintiva de la historia centroamericana de los últimos dos siglos: su viabilidad. Precisamente, esa duda empujó a distintos sectores, en 1822, justo después de la independencia de España, a declarar la anexión al imperio mexicano de Agustín de Iturbide; unión que fue flor de un día porque el imperio se desintegró rápidamente. Así, en 1823, los políticos centroamericanos, los más convencidos con entusiasmo porque habían rehusado la

anexión y los menos convencidos a regañadientes, fundaron las Provincias Unidas del Centro de América. Dichas personas, aprobaron una constitución un año después y así nació la República Federal Centroamericana. No obstante, las dudas sobre la viabilidad no terminaron de disiparse y rápidamente se constató que la Federación tendría muchas dificultades para consolidarse.

Así ocurrió. Y al mediar el siglo la Federación era ya un recuerdo que empezaba a perder contorno y en su lugar aparecía una nueva utopía muy centroamericana, el así denominado unionismo, es decir, la resurrección de lo que no había podido nacer la cual experimentó diversos intentos a lo largo del siglo XIX. La dimensión política de ese unionismo desapareció en 1921, tras el fracaso del último intento de resurrección de la Federación Centroamericana, en la coyuntura del centenario de la independencia; pero la integración económica es una realidad que avanza y tropieza desde la década de 1960.

Ciertamente, que la creación de las primeras repúblicas, Guatemala, en 1847, y Costa Rica, en 1848, teóricamente en plenitud de su soberanía, fue una proclamación de viabilidad. Pero en pocos años los liberales de Nicaragua consideraron que no era mala idea ser socios menores de Estados Unidos e invitaron y recibieron con los brazos abiertos al filibustero William Walker. En la historia centroamericana, a pesar de sus zonas oscuras poco gloriosas, este es su gran episodio feliz en donde, efectivamente, se pudo superar un grave peligro y se produjo materia prima

para fabricar héroes y efemérides. En particular, Costa Rica y Nicaragua se sirvieron de esta guerra para elaborar memorias oficiales y producir identidades patrias.

Así, en el medio siglo posterior a la independencia y en especial tras la guerra contra los filibusteros se establecieron cinco Estados centroamericanos que heredaron la duda existencial de la viabilidad que venía desde la independencia. Unos se sintieron más viables que otros porque lograron un mínimo de centralización política y militar, es decir, de formación estatal, aunque con respecto a la invención de la nación los logros fueron muy reducidos y, en el caso de Guatemala nulos, ya que esa supuesta nación nunca ha sido capaz de imaginarse como comunidad con una población indígena mayoritaria. La ilusión de viabilidad en tres de los países fue brindada por la producción cafetalera, mientras que Nicaragua se aferró a su “destino manifiesto”, es decir el canal, como fundamento de su éxito venidero como Estado próspero y como nación cosmopolita. Al llegar el siglo XX y con la arribada del imperio estadounidense, la recurrente duda sobre la viabilidad volvió a surgir y para unos fue la oportunidad para soñar con una nueva utopía nacional, como en el caso de Augusto C. Sandino, y para otros fue ocasión para encontrar en la subordinación asumida o incluso en una deseable anexión la solución a esa recurrente duda existencial.

La historia centroamericana no empezó con la independencia, como sabemos. Comenzó en el

siglo XVI, tras la ruptura de la conquista y la colonización españolas y el surgimiento de esta sección del imperio hispánico como área marginal y poco rentable, pero claramente geoestratégica. Tal definición nacida en el siglo XVI atraviesa la historia centroamericana hasta el presente, por su condición de istmo, puente y península tropical de América del Norte. Paradójicamente la región es y ha sido una “periferia global”, valga la expresión contradictoria, esencial en las disputas imperiales, pero marginal cuando es considerada en su potencial económico.

De igual modo, las fracturas étnicas y raciales que fisuran a las sociedades centroamericanas lo mismo que las fracturas territoriales de sus respectivos Estados remontan a la época colonial. Sin embargo, el mundo estamental heredado de la colonia, con su división tripartita de españoles, ladinos (mestizos y mulatos) e indios se simplificó en una nueva división bipartita de ladinos e indios, en el siglo XIX. En efecto, en ese siglo grupos de mulatos y mestizos ascendieron en la escala social y una minoría logró pasar a formar parte de los sectores dominantes, gracias a mecanismos de “blanqueamiento” político y económico.

En tiempos recientes se insiste en la herencia colonial para encontrar la clave de las vicisitudes del Istmo hasta el presente, pero se olvida lo que acabamos de argumentar que lo que hoy somos es una superposición de estratos temporales que se fueron depositando en los siglos XIX y XX. El racismo actual debe más a los liberales de fines del siglo XIX que a

las autoridades coloniales españolas y la forma vertical, autoritaria y corrupta de nuestra política fue labrada en sucesivas capas después de la independencia. De todos modos, la herencia colonial española puede valer como explicación en el caso de todas las excolonias españolas porque ninguna ha terminado de encontrar el camino del desarrollo y de la democratización. Pero la forma específica de existencia de los microestados centroamericanos siempre frágiles, nunca totalmente consolidados, “Estados fallidos” para algunos según la infeliz expresión, es producto de esos desenlaces cuyo recorrido acabamos de hacer.

Surge entonces la pregunta de por qué tales desenlaces han sido como han sido. Pero, antes de plantear la cuestión del resultado de esos desenlaces conviene pensar en sus inercias en la larga duración. Para expresarlo en lenguaje de mercadotecnia, en los procesos históricos hay “ventanas de oportunidad” que se aprovechan o que se cierran; de modo tal que en el largo plazo se pueden capitalizar resultados felices o, por el contrario, se pueden acumular oportunidades perdidas, en las cuales el buen momento se escapó. A este tipo de procesos remite la noción de *path dependence*: si hoy algo sale bien, es posible que la próxima prueba tenga un resultado similar y, a la inversa, si hoy algo clave salió mal, es muy factible que mejores futuros resulten hipotecados. De este modo, se puede interpretar este recorrido regresivo de la historia centroamericana, en el cual en varias coyunturas críticas y en la mayoría de los países el retroceso o el estancamiento se impusieron frente al avance.

Si los desenlaces son entendidos como situaciones en las cuales distintos actores se confrontan podríamos decir, en consecuencia, puesto en términos esquemáticos, que quienes se han colocado del lado de la opción de superación o mejora siempre han sido los perdedores. Sin embargo, quizás la cuestión resulte más compleja, ya que quienes dicen abrazar o representar el “progreso” en la historia no han sido enteramente consecuentes, con su apuesta o propuesta. Por ejemplo, las reformas liberales fueron sobre todo expolio y despotismo para la mayoría de la población y la revolución sandinista fue esencialmente autoritaria y vertical. Además, desde los tiempos de la señora Thatcher existen también las revoluciones conservadoras que predicán el salto hacia atrás como la nueva y verdadera solución. En suma, ni la moneda de quienes quieren abolir el presente en nombre del futuro ni la de quienes quieren hacerlo en nombre del pasado puede ser aceptada por su valor facial.

Concebida la historia como historia social en sus diversos sentidos, este recorrido del Istmo centroamericano en los últimos siglos debe ser entendido como interacciones conflictivas y desenlaces contingentes entre actores de distinto tipo, sociales y étnicos, locales y regionales, políticos e ideológicos, urbanos y rurales, nacionales y regionales, imperiales y globales, humanos y ambientales, religiosos y seculares; en fin, en cada uno de ellos las cuestiones de género han estado en la base. Tales interacciones son siempre asimétricas en términos de recursos y de

poder. Baste recordar, como ya se dijo, que a lo largo de la historia centroamericana el campesinado, el mundo obrero y las clases subalternas en su conjunto prácticamente no han gozado del derecho a organizarse libremente.

Debe quedar claro que las relaciones económicas en la producción y en el mercado son fundamento de estas interacciones, sea, vistas desde arriba, como lógicas de acumulación; sea, vistas desde abajo, como lógicas de sobrevivencia, resistencia y liberación. Pero las interacciones sociales y políticas entre esos distintos tipos de actores son algo más que regateos y abusos en la esfera de las transacciones laborales y comerciales, ya que siguen reglas complejas y los actores sociales no sólo se orientan por intereses, sino también por valores, unas veces luminosos y otras, tenebrosos.

Vistos desde 2021, los dos siglos, que han corrido desde 1821 han dejado en Centroamérica un balance según el cual los Estados no han logrado consolidarse, los regímenes políticos no han podido democratizarse, las naciones no han terminado de inventarse, los sistemas de bienestar social nunca han llegado a institucionalizarse y la ciudadanía como presencia activa y consciente de la masa de la población nunca ha llegado a madurar; en fin los distintos modelos de crecimiento económico, adoptados en función de las demandas de la economía global, han ido dañando sostenidamente la naturaleza y preservando las desigualdades sociales. Que no se entienda que estoy introduciendo lo que estoy criticando, es

decir, una visión teleológica o finalista de la historia del Istmo. Simplemente, estoy recordando que muchos líderes políticos han prometido todo lo contrario, pero nunca lo han cumplido.

Sobra decir que en el intento de explicar estos rasgos estructurales de la historia centroamericana se han aplicado distintos modelos de interpretación; por ejemplo, el que trata de establecer una relación de causalidad entre sistemas agrarios y regímenes políticos, como ha sido intentado desde la ciencia política comparada y la sociología histórica, u otros modelos de menor alcance, basados en las teorías de elección racional, o en explicaciones de tipo institucional o jurídico. Me refiero a modelos racionales y empíricos y no a las perspectivas racistas que han repetido en infinidad de ocasiones que las particularidades del caso costarricense son consecuencia de que aquí la masa de la población es blanca y de origen europeo, por oposición a sus vecinos, o que atribuyen los problemas centroamericanos de siempre a las taras de la herencia hispánica.

Si partimos del principio de que los rasgos fundamentales de una sociedad son resultado de las imposiciones de sus grupos dominantes, habría que decir que a lo largo de estos dos siglos las elites centroamericanas han considerado que, para ser dominantes, es decir, acumular riqueza y tener control sobre la vida social y política, no ha sido necesario ni democracia, ni justicia social, ni igualdad étnica y racial y ni siquiera Estados eficientes y bien organizados. Otros sectores sociales que se han movido en el

ámbito de la política y del Estado tampoco han tenido ese tipo de prioridades porque las suyas han sido mantenerse en el poder a cualquier precio y servirse de los recursos públicos para el enriquecimiento privado.

Algunos podrían acudir a la noción de cultura política para explicar esta inclinación y estas prácticas de los grupos dominantes en lo económico y en el plano político; yo preferiría, en primera instancia, considerar la cuestión desde la mera racionalidad y conveniencia; si institucionalidad, estado de derecho y redistribución no son necesarios para hacer buenos negocios en el ámbito de la economía y desde el Gobierno, para qué complicarse la vida. En la coyuntura actual la actitud de buena parte de los sectores dominantes nicaragüenses frente a la dictadura actual parece confirmarlo. Aunque es innegable que la repetición en el tiempo de prácticas y comportamientos termina por convertirse en un hábito arraigado, una forma de cultura.

Claro está que inmediatamente se debe agregar que si esos sectores dominantes no quieren hacer eso otros podrían obligarlos. Pero, como ya se señaló, desde que se estableció el sistema de Estados clientes, la relación imperial ha servido casi exclusivamente para anclar a las sociedades centroamericanas en sus estructuras de atraso económico, desigualdades sociales y autoritarismo político. En consecuencia, habría que remitirse a los actores internos para dar cuenta de esta realidad. Existiría la posibilidad de que dichos actores, sea no quieran, sea no puedan aportar

cambios sociales y políticos. En fin, en los distintos momentos históricos los actores pueden pasar de una a otra posición y los procesos de crecimiento económico crean nuevos grupos y categorías sociales y hacen desaparecer otros.

Históricamente, lo cierto es que los grupos no dominantes y subordinados de las sociedades centroamericanas han tenido poca capacidad, por la ya señalada falta de derecho a organizarse autónomamente, para hacer prevalecer sus intereses y valores en las coyunturas en donde se han producido desenlaces fundamentales para la historia regional. Las clases medias, que cuentan con mayores recursos intelectuales y materiales para la lucha política que los sectores populares, han sabido convivir con regímenes autoritarios y modelos de acumulación de capital de concentración de la riqueza y reproducción de la desigualdad.

Posiblemente, esto sea consecuencia de un cierto realismo político, de un cierto diagnóstico de debilidad frente a los grupos dominantes y, sin duda, de fuertes prejuicios sociales y raciales frente al conjunto de las masas populares. No hay que olvidar que cuando se habla de estos grupos se está pensando en sectores urbanos, predominantemente. Tal distancia frente a la mayoría de la población rural, indígena, mestiza, mulata y negra también ha repercutido negativamente en proyectos de transformación abandonados por los sectores medios, rechazados o no comprendidos por las clases populares. La excepción parcial ha sido la clase media costarricense que no solo

ha sido un factor de estabilización conservadora, sino también de cambio social en algunas coyunturas históricas, como tras la guerra civil de 1948.

Quizás, el factor determinante de estas interacciones sociales ha sido un problema de déficit ciudadano de la masa de la población. La represión y las prioridades de sobrevivencia han condicionado que los diferentes sectores subalternos no hayan podido integrarse en formas de acción y participación política en las que puedan clarificar, enunciar, articular y promover sus intereses y valores. Así, entre la represión estatal, la coacción laboral y la sobrevivencia, distintos componentes de estos grupos se han insertado en redes clientelares de los grupos políticos dominantes y en relaciones de deferencia con sus superiores. La evolución política actual de El Salvador se explica parcialmente por esta razón: las decepciones recientes han abierto el camino a la adhesión a un líder autoritario y clientelista.

Ya se ha dicho que en Centroamérica ha habido coyunturas de cambio social y político global que han abortado al final, por la oposición imperial y por la resistencia de los sectores dominantes. Pero también, los procesos más recientes de transformación social y democratización de las últimas décadas del siglo XX fracasaron, no solo por esos factores, sino también por incompetencia y por inclinación a las formas políticas de antiguo régimen que mostraron los individuos y grupos denominados revolucionarios que los lideraron. Esto es cierto cuando se piensa en cómo han terminado en Nicaragua, El

Salvador y Guatemala las transiciones democráticas posteriores a la década de 1990, tras las experiencias revolucionarias.

En suma, mirada en forma retrospectiva la historia centroamericana se presenta como una trayectoria de sucesivos desenlaces en los cuales lo que se pretendía obtener como avance y progreso se ha traducido en un flujo que arrastra fragmentos básicos del pasado. Es falso decir que no hay nada nuevo bajo el sol en estos últimos doscientos años; pero hay que reconocer que existen fenómenos de larga duración que han navegado sin grandes modificaciones por la historia centroamericana. Lamentablemente, muchos podrán recordar que algunos componentes fundamentales de la arquitectura de la historia centroamericana se encuentran también en la historia de los otros países de América Latina. No cometería la imprudencia de decir que las razones aquí invocadas son válidas necesariamente para América Latina. Pero como sabemos, en esta parte del mundo siempre se han señalado algunos países que se apartan de esta norma. Uno de ellos es Costa Rica y para terminar voy a decir unas cuantas palabras sobre el “excepcionalismo” costarricense.

La idea de una excepción costarricense apareció justo en la coyuntura de la independencia expresada por algunas personas integrantes de las elites políticas tanto de Cartago como de las otras ciudades del Valle Central. En aquel momento se puso énfasis en el orden y estabilidad con los cuales la provincia estaba haciendo su tránsito de colonia a comunidad

política independiente. Durante las tres décadas posteriores se agregaron a esas virtudes políticas, una económica, la circunstancia de que sus habitantes eran propietarios de sus tierras y, al final, que todo eso se debía a que la población en forma mayoritaria era blanca y de origen europeo. Estos atributos de la excepcionalidad fueron repetidos a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y así llegaron hasta fines del siglo XX, cuando han empezado a perder credibilidad progresivamente. Claro está que tales atributos ideales algún fundamento tenían.

Según la feliz expresión de la socióloga Ciska Raventós, Costa Rica es una sociedad estadocéntrica. En efecto, una de las claves del excepcionalismo costarricense tiene que ver con la circunstancia de que tempranamente fue capaz de consolidar un poder central, poder al cual aceptaron someterse, tras una serie de conflictos y negociaciones, los distintos grupos dominantes. También, la masa de la población se sometió a ese Estado cuyo financiamiento sostenía. Así, la matriz inicial de la sociedad costarricense fue un Estado en donde confluyeron los intereses de los grupos dominantes, del cual trataron de sacar provecho económico a partir de la época de Juan Rafael Mora, y cuya obediencia en forma negociada fue asumida por los grupos subalternos.

Obviamente que sería ilusorio pensar que ese Estado era expresión del interés general, pero es posible que, sabiendo reconocer cuales eran los verdaderos intereses que representaba, ese Estado no fuese totalmente sordo a las demandas del conjunto de las

clases populares. Dentro de estas, los indígenas eran un grupo minoritario, de modo que la discriminación étnica no fue razón o justificación para no reconocer derechos. Efectivamente, por lo menos en buena parte del siglo XIX la sociedad costarricense estaba compuesta de propietarios; además, una población escasa permitió que los jornales fuesen más bien altos. La expansión de la frontera agrícola contribuyó a que la exclusión social no fuese la norma, a diferencia de los otros países centroamericanos. Dado que la exclusión étnica sólo afectó a una minoría de la población, en la Costa Rica del siglo XIX el conflicto social principal fue predominantemente económico, es decir, luchas de clases de campesinos y jornaleros.

En ese sentido, en el marco de la existencia de una centralización política efectiva y de clases populares con capacidad de resistencia a los sectores dominantes se fue creando un marco institucional que a fines del siglo XIX y a inicios del XX permitió la consolidación de un régimen republicano en el cual los resultados en las urnas empezaron a tener algún significado. Jugó un papel clave la diferenciación que surgió en el seno de las elites entre quienes dominaban económicamente, la llamada “oligarquía”, y quienes se ocupaban de la política, el denominado “Olimpo”. Además, la inserción dentro del sistema de Estados clientes de Estados Unidos se hizo sobre la presunción mutua de respeto y valoración positiva de la citada excepción. Costa Rica nunca ha sido ocupada militarmente por el imperio. El dominio del

capital extranjero en la actividad bananera fue compensado por el negocio cafetalero, como bien lo percibió Rodrigo Facio, en 1942. Aquellos fueron los tiempos dorados del liberalismo costarricense.

En la primera mitad del siglo XX, surgieron nuevos actores y nuevas luchas de clases en un contexto de declive irreversible del régimen liberal. Como sabemos, todas esas tendencias se acumularon en la década de 1940 y tuvieron como desenlace una guerra civil que abrió las puertas al Estado de bienestar moderno que todos hemos conocido, no a una contrarrevolución como ocurrió en Guatemala, por ejemplo. Hoy la excepción costarricense, por lo menos en lo que se refiere al Estado de bienestar y a la capacidad de construir acuerdos sociales y políticos, parece haberse agotado.

Conclusión

Quizás pueda resultar útil recordar las circunstancias en que Centroamérica festejó su centenario, en 1921. En ese año el modelo agroexportador centroamericano muestra signos de agotamiento tanto en relación con la producción cafetalera como en la producción bananera, al menos en el caso de Costa Rica. Pero quizás, el principal indicador es que a partir de los años 1920 empiezan a surgir fuerzas sociales democratizadoras (grupos de obreros y artesanos, círculos de intelectuales radicales, grupos de mujeres urbanas y estudiantes universitarios y de secundaria), que ponen en la agenda la cuestión social, la subordinación imperial y la demanda de apertura del sistema político. El contexto internacional ha cambiado y la revolución mexicana y la revolución rusa pasan a ser referentes.

Dicha agenda será la promesa de las guerras y revoluciones de fines del siglo XX, promesa que sabemos en qué ha terminado y que hoy culmina en la actual regresión histórica que vive la región en su conjunto. En este sentido, la diferencia entre 1921 y 2021 es la que hay entre la posibilidad de buscar nuevos caminos para la utopía y el presente distópico que hoy vivimos. Formulemos el deseo de que el tricentenario sea un momento de encuentro más con el centenario que con el bicentenario. A fines del año del bicentenario, Honduras ha iniciado un nuevo experimento democrático. Por ahora no podemos saber si se trata de una discontinuidad prometedora o de un

nuevo ciclo que se cerraría en la forma conocida de triunfo del pasado sobre el porvenir.

Referencias

Acuña, Víctor H. y Lindo, Héctor. *El Salvador y Costa Rica en la construcción imperial de Estados Unidos (1850-1921)*. San Salvador: UCA Editores, 2021.

Bulmer-Thomas, Víctor. *La economía política de Centroamérica desde 1920*. San José: BCIE, 1989.

Pérez, Héctor. *El laberinto centroamericano. Los hilos de la historia*. San José: CIHAC-UCR, 2017.

Taracena, Arturo et tal. *Etnicidad, Estado y nación en Guatemala, 1808-1944*. Guatemala, CIRMA, 2003.

Torres-Rivas, Edelberto. *Revoluciones sin cambios revolucionarios. Ensayos sobre la crisis en Centroamérica*. Guatemala: F&G Editores, 2011.

Vannini, Margarita. *Política y memoria en Nicaragua. Resignificaciones y borraduras en el espacio público*. Guatemala: F&G Editores, 2020.

LOS ESTADOS EN CENTROAMÉRICA:
DE LA INDEPENDENCIA
AL BICENTENARIO

Quizás convenga partir con una óptica retrospectiva y preguntarse qué son los Estados centroamericanos hoy en tiempos del bicentenario de la independencia. Según la caracterización del informe *Estado de la Región de 2010* son pequeños y jóvenes en cuanto a su tejido institucional, con una presencia territorial limitada, con bajo poder infraestructural, es decir, con pocos recursos financieros, técnicos y humanos para el desempeño de sus labores y, en suma, con poca capacidad para asegurar el bienestar económico y prestar servicios adecuados a su población. El mismo documento, pero del año 2016, insiste en lo que denomina las debilidades crónicas de dichos Estados. En cuanto al régimen político el *Estado de la Región de 2016* sostiene que dichos Estados sustentan democracias no consolidadas y con múltiples disfunciones. No en vano de algunos de ellos se ha dicho en la prensa y en ciertos círculos diplomáticos que son “fallidos”, noción cuya carga ideológica es conocida.

En realidad, los Estados centroamericanos del presente son “leviatanes con pies de barro” parasitados por sectores empresariales, según el decir del Instituto Centroamericano de Estudios Fiscales (ICEFI) y de acuerdo con un importante libro del politólogo

estadounidense Aaron Schneider sobre sus regímenes fiscales. De ambos estudios se colige que operan como, “un farallón desde el cual se han defendido los intereses de las elites en detrimento del bienestar de las mayorías”, en palabras del ICEFI. Además, como lo recuerda *El Estado de la Región* de 2016, algunos también han sido colonizados por poderosos grupos del crimen organizado, de modo tal que la expresión metafórica de Charles Tilly del Estado como “crimen organizado” se aplica en su caso de manera prácticamente literal.

La relación de las elites centroamericanas con sus Estados, según lo recuerda el ICEFI, se basa en el principio de maximizar ganancias y socializar pérdidas. De modo tal que estos organismos parecen corresponder muy adecuadamente a la definición leninista de Estado como comité directivo de la clase dominante. Dicha voluntad de instrumentalizar los poderes públicos de acuerdo con sus intereses es clara en relación con las políticas tributarias, diseñadas y manipuladas con el fin de pagar el menor monto posible de impuestos, obtener exenciones y exoneraciones y, cuando se ha requerido, trasladar a la colectividad costos y pérdidas de operaciones empresariales y financieras fracasadas. Si se afirma que la política fiscal expresa o es síntoma de un pacto social, el que impera en los Estados centroamericanos se basa en la dominación, la desigualdad y la falta de solidaridad y compromiso de las elites con sus compatriotas. No en vano estos países se distinguen por su baja carga

tributaria, ya que es lo que conviene a los intereses dominantes.

Como es por todos conocido, los leviatanes con pies de barro centroamericanos no pueden reivindicar en forma absoluta el atributo básico de estatalidad, el monopolio de los medios de coerción, en la medida en que hoy enfrentan en la sociedad distintos actores que les disputan esa prerrogativa con las consecuencias conocidas de violencia y criminalidad. En fin, las fuerzas de la globalización en curso y las políticas imperiales de Estados Unidos se confabulan para limitar su capacidad soberana, incluso de modo perverso en la medida en que es por designio imperial que participan en la llamada “guerra contra las drogas”, fuente principal del debilitamiento de su monopolio de la violencia legítima. En fin, esta pintura de conjunto de los Estados centroamericanos actuales no puede ignorar la realidad de que son muy diferentes entre sí; pero para comprender esa diversidad hay que remitirse a la historia.

Intentemos responder la pregunta qué han sido los Estados centroamericanos en los últimos dos siglos. Antes convendría precisar que no tienen dos siglos de vida, sino un poco menos o bastante menos. En efecto, como bien sabemos, los cinco Estados con los que se suele asociar el término Centroamérica solo empezaron a articularse como entidades políticas autónomas y diferenciadas después de la disolución de la República Federal Centroamericana, en 1838, y de la muerte del caudillo unionista Francisco Morazán en 1842. En este sentido, esos cinco Estados

nacieron del fracaso o de la desintegración de un Estado que intentó construirse.

La aceptación de dicho fracaso tardó su tiempo en ser asumida si tomamos como indicador la adopción del término “república” por parte de cada una de las entidades integrantes de la disuelta Federación, ya que se extendió desde 1847 cuando Guatemala se adelantó a tomar esa decisión y 1862 cuando Honduras por fin adoptó la misma denominación. De todos modos, es bien sabido que el llamado unionismo persistió a lo largo del siglo XIX y hasta bien avanzado el siglo XX. Además, es necesario no olvidar que Panamá y Belice que, a su manera, son también Centroamérica tienen una historia como organismos soberanos más breve, en el primer caso de un poco más de un siglo y en el otro de menos de medio siglo.

Para caracterizar lo que han sido los Estados del Istmo hay que considerar sus tres dimensiones básicas: territorialidad, fiscalidad, y burocracia y fuerzas armadas. En términos generales, la territorialidad de los Estados centroamericanos se ha distinguido por su fragmentación. En efecto, sus distintas instituciones presentan una implantación territorial muy desigual, lo cual ha tenido como consecuencia la formación de regionalismos, en donde la autoridad del poder central ha sido puesta en entredicho, y de regiones marginales, en las cuales la huella estatal ha sido prácticamente nula.

Guatemala, ejemplificada por la región de Los Altos, y Nicaragua, con la llamada Costa Atlántica,

han sido los Estados en donde los regionalismos han sido más poderosos. Una modalidad, en la cual se han fundido condición periférica con fenómenos regionalistas, ha sido la de las llamadas economías de enclave, controladas por las compañías bananeras, en las tierras bajas del Caribe y del Pacífico del Istmo. Paradójicamente, a pesar de su importancia geoestratégica Panamá fue una región periférica de Nueva Granada/Colombia en el siglo XIX.

La implantación territorial de los Estados del Istmo también ha estado condicionada por otros procesos económicos; el más relevante de ellos ha sido la colonización agrícola y el desarrollo asociado de las vías de comunicación. El fenómeno ha sido de particular relevancia en aquellos con una densidad demográfica baja al inicio de su proceso de formación en el siglo XIX, como Costa Rica y Nicaragua. En otros términos, la colonización agrícola de los enclaves contribuyó a la fragmentación espacial, mientras que la colonización agrícola interna creó condiciones para el proceso de despliegue del Estado en el territorio teóricamente sometido a su control soberano.

Históricamente, estos Estados han experimentado procesos de desmembramiento de distinta naturaleza. En efecto, al interior del espacio centroamericano algunos han ganado territorio en detrimento de sus vecinos; tal es el caso del partido de Nicoya que pasó del dominio de Nicaragua a Costa Rica y de la alcaldía de Sonsonate que pasó de Guatemala a El Salvador. Además, han mantenido conflictos fronterizos algunos de los cuales se han prolongado

hasta tiempos recientes. También han perdido territorio frente a las repúblicas que colindan con el Istmo: México se anexó la provincia de Chiapas en el mismo momento de la independencia y posteriormente la región de Soconusco, en detrimento de Guatemala, y la Nueva Granada/Colombia se apropió de territorios de Costa Rica en la región de Bocas del Toro en el Caribe y en Punta Burica en el Pacífico.

Por último, porciones del territorio del Istmo han estado controladas por potencias imperiales, como es el caso de la Mosquitia hondureña y la Mosquitia nicaragüense, por parte de Gran Bretaña, y el de la llamada Zona del Canal, enclave colonial de Estados Unidos en territorio de Panamá, a lo largo del siglo XX. En el caso de este Estado, se puede afirmar que su condición “transitista” como fenómeno de larga duración determinó su relación con la potencia imperial estadounidense, y lo convirtió de hecho y de derecho en un protectorado. De todos modos, independientemente de la situación extrema de Panamá y de la ocupación de Nicaragua por parte de Estados Unidos entre 1912 y 1933, las repúblicas del Istmo fueron integradas en un sistema de “Estados-clientes”, dominado por el imperio estadounidense, desde los albores del siglo XX.

En suma, la soberanía territorial de los Estados centroamericanos ha sido un fenómeno relativo y cambiante a lo largo de los siglos XIX y XX y lo mismo puede decirse en relación con su implantación territorial, es decir, la presencia efectiva de sus órganos administrativos y militares. Por ejemplo, es

significativo al respecto que el primer mapa sistemático oficial de Honduras fue elaborado recién en la tercera década del siglo XX. De este modo, durante buena parte de los siglos XIX y XX, en la práctica la presencia estatal solamente ha sido efectiva en la ciudad capital y en algunas ciudades menores, con sus respectivos *hinterlands*.

Como se puede suponer, el punto de partida de la fiscalidad estatal de Centroamérica y Panamá fue el sistema tributario del imperio español tal y como fue heredado de las reformas borbónicas de fines del siglo XVIII. En términos generales, la fiscalidad de estos países, como es el caso de los otros Estados latinoamericanos, se ha caracterizado por una baja carga tributaria, una hacienda débil y una lógica regresiva en la cual pagan impuestos los consumidores y los sectores de menores ingresos. En la mayor parte del siglo XIX, los ingresos estatales eran de origen colonial, es decir, las rentas del aguardiente y el tabaco y los impuestos aduaneros. Su debilidad fiscal se expresa en su dependencia de los empréstitos forzados en buena parte de ese siglo y que solo declinaron tras las reformas liberales y el ascenso de la economía agroexportadora.

A medida que se consolidó el modelo de crecimiento hacia afuera en el tránsito al XX, se pasó del erario colonial al fisco de la economía agroexportadora, basado en los impuestos al comercio exterior. En este sistema fiscal los tributos directos no tuvieron peso alguno, sino después de 1950; aunque hacia la Primera Guerra Mundial El Salvador y Costa Rica

intentaron establecer el impuesto sobre la renta. En fin, un asunto poco conocido y de gran relevancia, dada la debilidad de la hacienda pública, es la fiscalidad de las municipalidades. En efecto, no sabemos cuál era su tamaño en relación con el del poder central y tampoco podemos determinar en qué medida el gasto de los ayuntamientos contribuyó a paliar las insuficiencias estatales en la prestación de servicios al conjunto de la población.

El patrón de ingresos de los Estados centroamericanos estuvo condicionado por las presiones abiertas o indirectas de los grupos dominantes, reacios a que sus actividades económicas y sus beneficios fuesen afectados por el fisco. Además, dichos Estados usaron el régimen concesionario como política de atracción del capital extranjero, mediante el cual otorgaron exenciones y privilegios tributarios a empresas ferrocarrileras, bananeras y mineras. Por tal razón, era inevitable la debilidad de la hacienda pública, a la cual se sumaba su volatilidad, ya que como los ingresos eran dependientes del comercio exterior, en particular de las importaciones financiadas por las exportaciones, padecían las fluctuaciones de los precios en los mercados internacionales y sufrieron severamente las crisis producidas por la Primera Guerra Mundial y la depresión de la década de 1930.

En suma, la presión de los sectores dominantes, determinadas opciones de política de fomento de la inversión externa y los ciclos de la economía internacional se confabularon para hacer de estos Estados extremadamente frágiles en términos de su fiscalidad.

Aunque todos modernizaron sus sistemas tributarios después de la Segunda Guerra Mundial, cuando adoptaron el modelo llamado desarrollista, la regresividad perduró por el gran predominio de los tributos indirectos, en particular los impuestos al consumo o a las ventas, sobre los impuestos directos.

Con una base tributaria tan reducida, es normal que la capacidad de gasto de estos Estados fuese muy limitada. En casi todos ellos a lo largo de los siglos XIX y XX, sus principales rubros de gasto fueron las fuerzas armadas y los órganos de represión, el pago de la deuda y asociada a esta la inversión en infraestructura. De este modo, el gasto social, es decir, en educación y salud, representó su última prioridad. Esta tendencia se modificó, sin transformar el patrón de largo plazo, después de 1950 en el marco del desarrollismo.

El tema de la deuda interna y externa, poco estudiado hasta el presente, es de la mayor importancia para conocer la estructura del gasto de estos Estados. Como ya se señaló, hasta la década de 1870, algunos como Honduras dependieron de los empréstitos forzosos; también heredaron la parte respectiva de la deuda externa de la fallida República Federal y adquirieron nuevas obligaciones cuando intentaron construir vías férreas por su cuenta. Desde fines del siglo XIX, el endeudamiento externo era ya un problema crónico de los Estados de la región. Además, en momentos de apuro fiscal los Estados de Costa Rica y Honduras acudieron a préstamos con las compañías bananeras. En la segunda mitad del siglo XX

todos los Estados experimentaron una crisis de deuda externa superada en el marco del establecimiento de las políticas neoliberales.

Sintomático de sus falencias actuales es que algunos de estos Estados se han vuelto muy dependientes de la cooperación externa y del activismo de las ONGs que tratan de paliar la carencia de servicios públicos que sufre la mayoría de la población. En suma, los Estados del Istmo han enfocado sus gastos en satisfacer las exigencias de los inversionistas extranjeros y de la potencia imperial y en financiar sus órganos de represión y control social. De este modo, su inversión en tareas de legitimación y de satisfacción de las necesidades básicas de los habitantes han sido ínfimas, con la conocida excepción de Costa Rica.

A lo largo de los siglos XIX y XX, la mayor parte de las personas empleadas en el sector público centroamericano trabajaban para las fuerzas armadas o para otros órganos de represión. La burocracia era muy pequeña y, en términos de su implantación y como tejido institucional, eran más importantes las municipalidades y la institución eclesiástica. No en vano a lo largo del siglo XIX el poder central dependió del relevo del poder local para el cumplimiento de sus funciones básicas, por ejemplo, los reclutamientos para las fuerzas armadas. En este aspecto, su estructura institucional siguió la norma de los otros Estados latinoamericanos caracterizados por una “recaudación fiscal sin burocracia”.

Como en las otras dimensiones básicas, el panorama de su burocracia estatal fue cambiando, a partir de las reformas liberales y el auge de las economías agroexportadoras. No obstante, hasta fines de la Primera Guerra Mundial el aparato institucional de los Estados del Istmo era reducido: solo empezó a crecer en la década de 1920 y, sobre todo, como consecuencia de la crisis de 1929. Por ejemplo, el Estado moderno de Nicaragua solo se desarrolló tras el fin de la ocupación militar estadounidense y el ascenso de la dictadura de Anastasio Somoza García. Como dijimos, según el *Estado de la Región* estos Estados son pequeños por el número de sus instituciones; con la notable excepción de Costa Rica que tiene el aparato más grande tanto por la cantidad de instituciones, un tercio del total, como por su presupuesto, más del 40 % del total regional.

La evolución de las fuerzas armadas ejemplifica en forma apropiada los cambios institucionales de los Estados del Istmo. En efecto, a pesar de su peso aplastante en el gasto estatal y a pesar de su origen colonial, las fuerzas armadas centroamericanas fueron apenas algo más que milicias con un bajo nivel de profesionalización a lo largo del siglo XIX. Así, su proceso de modernización fue iniciado en el marco del ascenso de los gobiernos liberales a fines del siglo XIX; en el caso de Panamá, los gobiernos liberales de inicios del siglo XX emprendieron también similares tareas de desarrollo institucional.

En general, los ejércitos del Istmo empezaron a convertirse en organismos más modernos en las

primeras décadas del siglo XX. Así, por ejemplo, en El Salvador el desarrollo de la institución militar y de los militares como grupo corporativo ocurrió en esas décadas y se consolidó con la dictadura de Hernández Martínez. También la Guardia Nacional de los Somoza fue una herencia de la ocupación estadounidense de ese país. En suma, hasta fines de la Segunda Guerra Mundial los Estados centroamericanos tenían un aparato burocrático pequeño y poco profesionalizado y la mayoría de su personal eran militares y policías. Después de 1950 el panorama cambió y surgieron sectores medios ligados a la función estatal; aunque el organismo público por excelencia siguió siendo las fuerzas armadas, hasta los acuerdos de paz tras el fin de las guerras revolucionarias.

Las características que presentan los Estados centroamericanos en el largo plazo son indisociables de su formación. En efecto, surgieron en el marco de un proceso de independencia peculiar, más consecuencia de factores exógenos que de fuerzas endógenas. Recordemos que la independencia del Reino de Guatemala fue sin guerra, importada de México, más temida que deseada por las elites y preventiva frente a un potencial desborde popular. Como en el resto de Hispanoamérica fue decretada por los ayuntamientos lo cual imposibilitó la formación del Estado federal y dificultó el proceso de centralización política y militar de sus herederos, en algunos de manera dramática como fue el caso de Nicaragua.

En el largo plazo, su proceso de adquisición de atributos de estadidad fue lento en la medida en

que el poder público, como se dijo, delegó funciones en organismos como la Iglesia y las municipalidades. Además, dicho proceso resultó espasmódico o abortivo, cuando la centralización político-militar fue desafiada por regiones y ciudades. Solo Guatemala y Costa Rica parecen haber seguido un proceso acumulativo sin reversiones en la consolidación de los atributos de estatidad de sus poderes centrales. Además, sus procesos de consolidación estuvieron mediados por la presencia imperial indirecta o directa, en Panamá y Nicaragua. En fin, la formación de los Estados en el Istmo formó parte del proceso interconectado de formación estatal en el continente americano y fue enmarcado por las políticas imperiales de Estados Unidos para la región y para el mundo en general, por ejemplo, en la época de la Guerra Fría y en la globalización en curso.

En la larga duración son visibles algunos problemas persistentes de los Estados centroamericanos. El de la viabilidad parece ser el más antiguo, arraigado y recurrente desde la independencia hasta el momento presente. Como ya se dijo, las elites ístmicas se decidieron con bastante desgano por la independencia y después de ella tuvieron muchas dudas sobre la comunidad política, el “centro común” se decía en ese entonces, que les convenía construir. Tales dudas fueron la razón para que optaran en un principio por la anexión al imperio de Iturbide. No en vano en 1823, el guatemalteco Mariano Aycinena, reconocía que había apoyado esa decisión porque “No veía entre nosotros elementos para constituirnos

separadamente.” Se creía que lo que pronto se llamaría Centroamérica carecía de los requisitos demográficos, territoriales y materiales para, según la expresión de la época, constituirse como nación.

Tras la desintegración del imperio mexicano y la subsecuente fundación de la República Federal las dudas persistieron, alimentadas por la desconfianza de las elites provincianas en relación con el grupo dominante de la ciudad de Guatemala. Después del fracaso de la Federación, el unionismo pasó a ser invocado frente a las amenazas externas y ante los escollos para la consolidación de los distintos Estados. También, la secular cuestión de la viabilidad fue usada por las elites centroamericanas para asumir la imposición del tratado de libre comercio con Estados Unidos, a inicios del siglo XXI. Así, la conciencia de reinar sobre microestados en el marco del sistema interestatal global ha servido a estas elites para acogerse a la tutela imperial de Estados Unidos.

La duda sobre la viabilidad ha sido reforzada por la ausencia de un tejido institucional que merezca ese nombre. En el momento de la independencia, José Cecilio del Valle, aunque fue partícipe de la anexión a México, estaba convencido de que el destino de Centroamérica sería portentoso por su condición geoestratégica, entre mares y entre continentes, y complementariamente por sus riquezas naturales. El nombre del país que se estaba fundando expresaba su vocación de ser tanto el centro del Nuevo Mundo como más ampliamente el centro del mundo. En el ocaso de su vida Valle comprendió que su profecía

había sido desmentida por los hechos, ya que el Istmo no se encaminaba a convertirse en un emporio sino en un peligroso sitio de cataclismos políticos continuos a semejanza de su inestable geología. Así, estos Estados han llegado al siglo XXI con un déficit crónico para el desempeño de sus funciones y una baja institucionalización de sus sistemas políticos como bien lo refleja el ocaso democrático en curso.

En fin, en relación con los dos problemas anteriores estos Estados cargan hasta el presente una carencia importante de legitimidad en la medida que amplios sectores de sus poblaciones los miran como algo ajeno y opresor. Históricamente su fuerza compulsiva ha sido muy superior a su capacidad persuasiva. Esta realidad es consecuencia de que la invención de las naciones ha sido poco exitosa en casi todos ellos. Al respecto, es bien conocida la persistencia del problema étnico en Guatemala y también en Nicaragua. En general, se observa un hiato entre Estado y régimen político y sociedad civil, y la idea de representación política es por norma casi una ficción. Además, las sociedades civiles centroamericanas son más bien raquíticas y viven a la defensiva frente a los gobiernos. En este sentido, los Estados del Istmo han prohiado y se han beneficiado del autoritarismo y la arbitrariedad que permea toda la vida social.

Estos problemas seculares de los Estados del Istmo dan cuenta de características comunes y también de sus rasgos divergentes. En efecto, los diversos niveles de viabilidad, institucionalidad y legitimidad explican que en la región haya Estados relativamente

bien consolidados y con regímenes políticos bastante democráticos y otros que se prestan a la calificación de Estados “fallidos”. En la larga duración, tales problemas no han sido el resultado de fuerzas ciegas o deterministas, sino de desenlaces contingentes de enfrentamientos entre actores sociales y políticos, acontecidos en coyunturas críticas en las cuales era posible romper con el pasado y abrir nuevos cauces institucionales.

Esto es válido para la fase inicial de centralización política, del primer medio siglo de vida independiente, que para unos países fue temprana y sólida y para otros más bien tardía e inacabada. Lo mismo se puede decir de la dimensión y el alcance de las reformas liberales de fines del siglo XIX o de los experimentos reformistas de mediados del siglo XX. Con el paso del tiempo, hubo Estados que sumaron resultados regresivos y otros que acumularon avances hasta el periodo crucial de guerras y revoluciones de las últimas décadas del siglo XX. El fin de los conflictos y las posteriores transiciones democráticas de la década de 1990 crearon la expectativa de que estos Estados al fin romperían con su pasado. Hoy somos testigos de que el pasado no fue abolido y la larga duración ha persistido como prisión, según la expresión de Braudel, que encarcela el tiempo.

Lo dicho hasta aquí puede ser justamente criticado como meras generalidades, pero remiten a un problema real, es decir, el insuficiente conocimiento que tenemos del desarrollo histórico de los Estados centroamericanos. Por lo menos para la etapa an-

terior a 1950, no sabemos con exactitud cuántos funcionarios han tenido, el monto, origen y destino de sus finanzas públicas, el lugar en el territorio en donde han asentado sus distintas instituciones, las lógicas de desarrollo de los conflictos en su seno y otra serie de asuntos igualmente relevantes. Este déficit de conocimiento puede ser fácilmente atribuido a las debilidades en el desarrollo de las ciencias sociales en la región, debilidades que serían síntomas de la naturaleza de sus regímenes políticos.

No obstante, hay factores propiamente de historia intelectual que también explican el reducido conocimiento que tenemos de los Estados centroamericanos. Ciertamente que, como dice Pierre Bourdieu, el Estado en su abstracción y generalidad se nos presenta como un objeto impensable, un ente que vive de su invisibilidad o según sus palabras una “ilusión bien fundada”. En este sentido, entre quienes construyeron los Estados del Istmo en el siglo XIX no vamos a encontrar la idea explícita de que estaban dedicados a esa tarea. Pensaban, con mayor o menor convicción, que debían establecer un régimen republicano, es decir, encarnar la esfera ideal del derecho, racional y necesaria, en la vida de la sociedad mediante una constitución y a sus defectos y a las pasiones humanas atribuían la inestabilidad política y todas las debilidades institucionales.

La comprensión de lo que llamamos hoy centralización político-militar o monopolización de la violencia legítima era entendida bajo el término de orden. Este fue el lema a lo largo de su vida de Fruto

Chamorro, gobernante nicaragüense que se empeñó sin éxito en centralizar el poder político en su país, esfuerzo que tuvo como dudosa recompensa la llegada del filibustero William Walker. Para los políticos del siglo XIX los males que afectaban al régimen republicano, es decir, la construcción del Estado, eran las llamadas facciones, los localismos y el peregrino “derecho a la insurrección”, inscrito en las primeras constituciones. En suma, intelectuales y líderes políticos atribuían a la psicología humana la crónica inestabilidad política y posiblemente no veían con claridad que la creación de atributos de estatidad era, en última instancia, un asunto de correlaciones de fuerzas.

Algunos de los protagonistas de las luchas políticas del siglo XIX se convirtieron en historiadores y trasladaron al terreno de la historia los asuntos que se disputaban en las tribunas o en los campos de batalla. Así nació la llamada historia patria que aún persiste, historia política por excelencia, que se enfrascó en las narrativas conocidas que volvieron aún más invisible la “realidad ilusoria”; de modo que una dinámica política cambiante y volátil ocultó totalmente al Estado como categoría básica para la comprensión de la realidad. Ciertamente que, en los trabajos de historia política convencional, centrados en la trayectoria de gobernantes, es posible encontrar una parte dedicada a su obra o a sus realizaciones en donde se podría inferir el proceso de forja de los atributos de estatidad de los Estados centroamericanos. Pero lo que se puede cosechar es siempre limitado.

Si para la historia política tradicional el Estado es una entidad invisible, para la ciencia política, surgida en la región en la segunda mitad del siglo XX y que en el presente aparece como una de las disciplinas más influyentes de las ciencias sociales, no es un objeto impensable, aunque sí insuficientemente pensado porque sus practicantes se han ocupado más de los regímenes políticos, de los sistemas de partidos, de los procesos electorales, de las transiciones democráticas y de otros aspectos del funcionamiento de la vida política, sin prestar mucha atención al Estado y sus dimensiones básicas. En este sentido, la ciencia política ha dado por supuesto lo que habría que conocer.

De este mismo error de enfoque hemos participado los historiadores de tiempos recientes. En efecto, en Centroamérica una de las vías de renovación de la historia política pasó por el estudio de los procesos de invención o formación de las naciones y los nacionalismos, al cual se asoció rápidamente el análisis de los problemas étnico-raciales o, en términos más generales, el tema de las identidades. Sin duda, estos estudios transformaron la manera de entender la historia centroamericana y han sido una fuente de renovación de la disciplina. Sin embargo, quienes hemos participado en este movimiento historiográfico cometimos el error de dar por supuesta la existencia del Estado. Esto es sorprendente porque quienes hemos estudiado las naciones y los nacionalismos hemos repetido como una letanía que los Estados hacen a las naciones y no al revés, como creen

los nacionalistas y los científicos sociales que tienen una óptica primordialista de las identidades. En consecuencia, es necesario cambiar de perspectiva y proceder a fundamentar el estudio de las naciones y otras identidades con el análisis de los procesos de formación y construcción de los Estados.

Sería injusto afirmar que habría que empezar de cero, ya que contamos con estudios pioneros sobre los procesos de formación de los Estados del Istmo inscritos conscientemente en la problemática con que se abordan estas investigaciones a nivel internacional y en otros lugares de América Latina. Limitándose a los que conozco y a los elaborados por historiadoras e historiadores del Istmo, cito los trabajos de Juan Carlos Sarazúa para Guatemala, Ethel García para Honduras, Carlos Gregorio López para El Salvador, Knut Walter para Nicaragua, y Carmen María Fallas, Pablo Rodríguez y Esteban Corella para Costa Rica. Todos estos estudios, salvo el de Walter, centrados en el siglo XIX y en su etapa formativa, constituyen los primeros mosaicos en el gran mural que es necesario elaborar para saber lo que estos Estados han sido en los últimos dos siglos. Hay que estudiar el Estado en términos reales y empíricos y no en términos normativos, prescriptivos o teóricos.

Para terminar, quisiera referir brevemente una experiencia que desde hace algunos años viene realizando el Programa Estado de la Nación de Costa Rica, responsable de la elaboración del documento ya citado *Estado de la Región*, que ha consistido en detectar y caracterizar con algunas variables básicas las

instituciones actualmente existentes dentro de los Estados centroamericanos. Como dije anteriormente, este trabajo ha permitido identificar la densidad institucional de los distintos Estados y sus diferencias respectivas. A partir de esa experiencia, el Estado de la Nación ha dado un paso adicional y ha comenzado a hacer un esfuerzo de reconstrucción de la historia institucional de los Estados del Istmo en los siglos XIX y XX, actualmente en curso.

No puedo asegurar que este tipo de investigación vaya a tener impacto directo en el abordaje y en la solución de los problemas contemporáneos de los Estados centroamericanos, pero considero que es una tarea válida y útil para una mejor comprensión de la historia centroamericana de los dos últimos siglos. En fin, formulo el deseo de que los conocimientos que al respecto eventualmente se generen sirvan como recurso intelectual para quienes luchan contra las injusticias, las desigualdades, el autoritarismo y la corrupción que en el presente corroen a los Estados centroamericanos.

Referencias

Acuña, Víctor H. “La formación del Estado en Nicaragua y Costa Rica en perspectiva comparada: siglos XIX-XX”. *Anuario de Estudios Centroamericanos*. 44 (2018): 247-285.

Acuña, Víctor H. et. al. *Formación de los Estados centroamericanos*. San José: Programa Estado de la Nación, 2014. (1 archivo 4000 KB)

Coatsworth, John H. *Central America and the United States. The Clients and the Colossus*. New York: Twayne Publishers, 1994.

Corella, Esteban. *Las fuerzas armadas y la formación del Estado costarricense. 1821-1870*. Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2018.

Estado de la Región. *Informes*: <https://estadonacion.or.cr/proyectos-estado-de-la-region/>

Fallas, Carmen María. *Elite, negocios y política en Costa Rica, 1849-1859*. Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2004.

García, Ethel. *Política y Estado en la sociedad hondureña del siglo XIX (1838-1872)*. Tegucigalpa: Instituto Hondureño de Antropología e Historia, 2008.

ICEFI. *Política fiscal: expresión del poder de las elites centroamericanas*. Guatemala: Instituto Centroamericano de Estudios Fiscales, 2015.

López, Carlos Gregorio. *Municipalidades, gobernaciones y presidencia en la construcción del Estado en El Salvador, 1840-1890*. México: UAM-Iztapalapa, 2018.

Programa Estado de la Nación. *Cuarto informe Estado de la Región Centroamericana en Desarrollo Humano Sostenible 2010*. San José: Estado de la Nación, 2011.

Rodríguez, Pablo. *La cuestión fiscal y la formación del Estado en Costa Rica. 1821-1859*. San José: EUCR, 2017.

Sarazúa, Juan Carlos. *Recolectar, administrar y defender: la construcción del Estado y las resistencias regionales en Guatemala, 1800-1871*. Tesis para optar por el grado de Doctor en Historia. Barcelona: Universidad Pompeu Fabra, 2013.

Schneider, Aaron. *Construcción del Estado y regímenes fiscales en Centroamérica*. Guatemala: ICEFI, 2014.

Walter, Knut. *El régimen de Anastasio Somoza, 1936-1956*. Managua: IHNA-UCA, 2004.

VI

CRECIMIENTO ECONÓMICO Y POBREZA: CENTROAMÉRICA, 1870-1945

En este ensayo voy a presentar las características estructurales y los patrones de evolución de largo y de corto plazo de las economías centroamericanas en la etapa de auge y crisis del denominado modelo agroexportador o de desarrollo hacia afuera y del régimen liberal. Se pondrá el acento en la evolución del conjunto de la región en el indicado periodo y sólo se considerarán los casos nacionales con el fin de señalar sus especificidades en el marco de los patrones ístmicos. No obstante que el objeto de estudio va a ser la era liberal y agroexportadora será necesario considerar en forma sucinta el medio siglo que corre entre la independencia en 1821 y el ascenso de los liberales en 1871.

1.-La "larga espera" y la llegada del café:

Como resultado de la onda de choque provocada por la Independencia de la Nueva España, el Reino de Guatemala se separó de la metrópoli en el año de 1821. Tan magno acontecimiento llegó en un momento en que la región centroamericana tenía ya más de dos décadas de dificultades económicas y fiscales provocadas por el declive de la economía del añil, principal y casi único producto de exportación de esta sección marginal del imperio hispánico desde

mediados del siglo XVIII, y por el derrumbe del sistema de comunicaciones y de comercio de los españoles en América como consecuencia de las guerras europeas de la revolución francesa. El contrabando con los ingleses a través de Belice, Jamaica y Panamá apenas había paliado el retroceso constante y prolongado de la economía regional.

En tales circunstancias América Central se encontró con la independencia, coyuntura que le creaba la oportunidad de eliminar para siempre el principio del exclusivo colonial y de establecer relaciones comerciales con todas las naciones del mundo y, en especial, con la más importante de todas ellas: Inglaterra. En este sentido, 1821 marca el momento de apertura del antiguo Reino de Guatemala al comercio mundial. Así se posibilitó la llegada de mercancías, mercaderes y capitales europeos y, en particular, británicos. En los puertos del Pacífico y en las ciudades capitales se instalaron agentes de casas comerciales inglesas quienes sirvieron de intermediarios en los primeros empréstitos adquiridos por el abortado Estado federal centroamericano. Esos préstamos inauguraron una larga historia de endeudamiento externo de la región y dieron razón o excusa a la política de las cañoneras inglesas con la que también se inauguró la intervención de las potencias extranjeras en las frágiles y nacientes repúblicas centroamericanas. En suma, la liberalización del comercio internacional fue una de las principales consecuencias económicas de la independencia, pero cuyos resultados fueron más bien contradictorios.

Hay otros tres fenómenos que son atribuibles a la apertura de la economía centroamericana al flujo de los intercambios internacionales. En primer lugar, la llegada masiva de mercancías inglesas tuvo efectos desastrosos sobre las artesanías y manufacturas locales. En efecto, los textiles importados pusieron en jaque a la producción local y favorecieron su decadencia, en especial en Guatemala. En segundo lugar, con las mercancías inglesas llegó también el crédito de las casas comerciales británicas al cual quedó subordinado el capital comercial centroamericano. En tercer lugar, la liberalización del comercio internacional provocó la desarticulación de la red de intercambios de la región centroamericana, dominada por la clase mercantil asentada en la ciudad de Guatemala, capital del antiguo Reino. El capital comercial guatemalteco había sido el principal beneficiario del "pacto colonial" pues había monopolizado, o pretendido monopolizar, (el contrabando siempre existió sobre todo después de 1796) el comercio exterior del Istmo. Después de la independencia, los mercaderes de las otras provincias centroamericanas pudieron comerciar directamente con el mundo exterior, sin la incómoda y expoliadora intermediación de los negociantes de la capital del Reino y sin el temor y la ignominia de ser encartados como intérlopes. Así, de manera paradójica, la integración al comercio mundial inició el proceso de desarticulación del espacio económico centroamericano tal y como había sido legado por la época colonial y, por lo tanto, creó las condiciones que llevarían a la formación de economías nacionales y de Estados en las

circunscripciones administrativas que habían integrado el Reino de Guatemala.

La independencia y la liberación del comercio exterior no implicaron inmediatamente ni prosperidad ni cambios económicos. Por el contrario, tras un breve respiro en el primer lustro de la década de 1820, la región se hundió en un profundo marasmo económico en el que jugó un papel esencial la anarquía política que se instauró durante la era de la República Federal (1824-1838) y durante los años de la década siguiente dominados por la revancha de los conservadores y el gobierno paternal y populista de Rafael Carrera (1840-1865). Las continuadas guerras civiles de esas tres décadas tuvieron efectos destructivos sobre los capitales y la modesta infraestructura de la región; crearon una permanente inseguridad para bienes y personas y atentaron contra las potenciales inversiones, a causa del abuso de los préstamos forzosos por parte de los bandos en pugna. Igualmente destructiva fue la circunstancia de que los brazos disponibles para la agricultura fuesen enrolados, por las malas más que por las buenas, en las montoneras de los distintos caudillos y en los ejércitos de quienes decían ser los legítimos gobernantes. Este panorama desolador imperó en especial en el triángulo norte del Istmo, Guatemala, Honduras y El Salvador, cuyas historias políticas y militares en aquellos años estaban muy entrelazadas, y también en Nicaragua.

El caso de Costa Rica, en donde por su aislamiento geográfico las guerras civiles regionales tuvieron poco impacto, ejemplifica, por su temprano

despegue hacia la economía de exportación por medio del café, cómo la anarquía política fue en aquellos años uno de los principales enemigos del crecimiento económico. En efecto, Costa Rica a partir de 1830 y hasta principios del siglo XX se convertirá en el sitio en donde los otros países centroamericanos verán el espejo de su futuro. Dicha función pionera costarricense fue una de las bases de lo que sería su particularidad en el contexto de la región centroamericana.

Sería equivocado caracterizar esta etapa de la historia económica de la región únicamente como de anarquía y de estancamiento. En efecto, debemos reconocer que la victoria de los conservadores tuvo efectos importantes sobre la estructura y las tendencias de largo plazo de las economías ístmicas. En aquellos años se reestablecieron instituciones y prácticas de origen colonial que habían sido abolidas por los liberales como los fueros, los diezmos y los privilegios eclesiásticos. También se debe señalar que los conservadores adoptaron posiciones xenófobas frente a capitales e inversionistas extranjeros que probablemente fueron más convenientes para los intereses de esas naciones en formación que la postura de concesión a los foráneos de tierras y recursos naturales que habían adoptado los liberales de la época federal. De igual manera, en esos años los indígenas, sobre todo en la Guatemala de Carrera, contaron con la protección estatal de su cultura, sus instituciones comunitarias y, lo más importante, sus tierras. En suma, los gobiernos conservadores intentaron la tarea imposible

de dosificar y conducir la dialéctica cambio / continuidad, integración al mercado mundial y preservación del interés nacional.

En el decenio de 1850, a pesar de la expedición a Nicaragua del filibustero William Walker y de la llamada Guerra Nacional que los Estados centroamericanos declararon en su contra, la inestabilidad política disminuyó y con ella llegó la recuperación económica. Salvo en la madrugadora Costa Rica, la reanimación de la economía fue posible gracias al aumento de las exportaciones de productos con un pasado colonial, es decir el añil en El Salvador y la grana cochinilla en Guatemala. Hasta inicios de la década de 1870 estos dos productos tintóreos fueron los principales rubros de exportación de los citados países. Si ellos representaron la continuidad, el café significó el cambio. En efecto a partir de 1850 tanto en El Salvador como en Guatemala despegó el cultivo y la exportación de ese grano. Nicaragua y Honduras llegarían un poco más tarde a ese negocio, en el primer caso con un moderado éxito y en el segundo con ninguno. En estos países la formación de la economía agroexportadora estuvo más condicionada por factores externos, ya sea por la cuestión del canal o por la llegada masiva de capital extranjero a la actividad bananera.

En todo caso debe quedar claro que el surgimiento de las economías exportadoras en América Central fue anterior a la implantación de las reformas liberales en la década de 1870. En este sentido, las citadas reformas no fueron el punto de par-

tida sino el punto de culminación del proceso de génesis del modelo de desarrollo hacia afuera. Esto es bastante claro en el caso costarricense, país que en 1870 acreditaba ya al menos cuarenta años de expansión cafetalera y en donde las reformas liberales tuvieron sobre todo significación para la modernización de las instituciones políticas y no en términos del crecimiento económico. A la inversa, Honduras muestra como en un país en donde no había habido un desarrollo previo hacia el modelo exportador la reforma liberal fracasó totalmente.

2.-Las reformas liberales y la agroexportación:

La década de 1870 marca el regreso de una nueva generación de liberales, positivistas y pragmáticos, que vienen traídos de la mano por dictadores como Justo Rufino Barrios en Guatemala y Tomás Guardia en Costa Rica. Su misión será instaurar una época duradera de "orden y progreso" en los países centroamericanos, los que tras medio siglo de independencia y de retóricas unionistas parecen optar por la vía de la balcanización.

Debe advertirse que las reformas liberales estuvieron integradas por dos tipos de componentes que hay que distinguir. En efecto, en Centroamérica cuando se habla de liberalismo se piensa inmediatamente en anticlericalismo, pero también viene a la mente la reforma de la propiedad de la tierra de fines del siglo XIX. En otras palabras, las reformas liberales en Centroamérica representan dos programas estatales

distintos, aunque entrelazados. Por un lado, una serie de cambios institucionales, normalmente sistematizados en las nuevas constituciones, aprobadas por aquellos años, que consagraron la separación del Estado y la Iglesia, e impusieron la supremacía del primero sobre la segunda y que establecieron una cierta autonomía relativa del poder político sobre el bloque de grupos y sectores dominantes y que, por lo tanto, crearon las condiciones, que no siempre fructificaron, para una distinción funcional entre sociedad política y sociedad civil. Dicho proceso de cambio institucional es lo típico de la reforma liberal en Costa Rica y posiblemente de las reformas tardías del dictador liberal nicaragüense José Santos Zelaya.

Por otro lado, se encuentra el conjunto de medidas adoptadas por los gobiernos liberales tendientes a una reorganización total de los sistemas de tenencia de la tierra heredados de la época colonial y que implicaron una transferencia masiva, violenta y relativamente rápida de ese factor de la producción de determinados grupos sociales, indígenas y campesinos, a otros sectores sociales, en particular los empresarios y terratenientes dedicados a los cultivos de exportación. Dicha reforma agraria es indisociable de una serie de medidas estatales que intentaron regularizar el suministro de mano de obra para las nuevas actividades de exportación y que se tradujeron en el restablecimiento y actualización de los sistemas de trabajo forzoso legados por la época colonial. Tales disposiciones fueron complementadas con el mejoramiento de la infraestructura y, en particular, con la

construcción de ferrocarriles, el símbolo por excelencia del progreso para los liberales. Aquí no me ocuparé del aspecto político de las citadas reformas.

La privatización de la propiedad fundiaria constituyó una de las grandes contribuciones de los gobiernos liberales de fines del siglo XIX al proceso de formación de la economía capitalista agroexportadora. Ya se ha dicho que los gobiernos conservadores surgidos de las cenizas de la República Federal y, en particular, el régimen de Carrera en Guatemala, nacido de un levantamiento popular de indios, mestizos y campesinos, intentaron preservar las instituciones coloniales y entre ellas los sistemas de propiedad de la tierra. De esta manera, las distintas formas de propiedad comunal de ladinos e indígenas y las manos muertas eclesiásticas pervivieron a lo largo del siglo XIX hasta la llegada de los liberales en la década de 1870. Debe advertirse, no obstante, que los citados sistemas de tenencia agraria habían sufrido ya un proceso de erosión antes de las reformas liberales. Así, al igual que el despegue cafetalero, el proceso de privatización de la tierra fue anterior al año 1870. Además, la privatización no solo afectó la propiedad comunitaria, sino también los baldíos nacionales, fenómeno de relevancia en Costa Rica y también en Guatemala.

La reforma agraria liberal tuvo un impacto diverso en los distintos países centroamericanos. El Salvador representa el caso extremo de una masiva expropiación del campesinado indígena y mestizo en un periodo de tiempo relativamente corto. Según

distintas estimaciones, la legislación privatizadora emitida entre 1879 y 1882 por el gobierno liberal del presidente Zaldívar produjo un proceso de transferencia de la propiedad agraria que afectó entre el 25% y el 40% del territorio nacional. En este país la privatización de baldíos y bienes eclesiásticos fue menos importante. Lo característico de la reforma agraria liberal salvadoreña fue la creación de una inmensa masa de población desposeída que pasaría a engrosar luego las huestes de los trabajadores rurales permanentes y temporales de las fincas cafetaleras. En el caso de Guatemala, las comunidades indígenas, a pesar de importantes pérdidas en sus inmensas heredades sobre todo en las zonas aptas para el cultivo del café, lograron preservar la propiedad de la tierra al menos durante esta primera fase de la expansión agroexportadora. En dicho país, la reforma liberal concentró sus afanes en el problema del suministro de la mano de obra para la agricultura capitalista de exportación. Así, en 1879 fue emitido el reglamento de jornaleros que restableció el régimen de trabajo forzoso que había existido en la época colonial. Aunque esta legislación sufrió modificaciones e incluso formales aboliciones, en la práctica el régimen de trabajo forzado se convirtió en uno de los distintivos de la economía guatemalteca hasta la caída del dictador Jorge Ubico en 1944. En suma, expropiación y coacción extraeconómica fueron las dos contribuciones de los liberales centroamericanos al despeque definitivo de la economía de exportaciones, circunstancias que implicaron empobrecimiento y

opresión para la mayoría de la población rural ístmica. Desde su nacimiento el programa liberal de progreso tuvo ese carácter concentrador de sus frutos en reducidos sectores sociales.

Nicaragua presenta la particularidad de que la reforma agraria liberal fue iniciada y aplicada en su mayor parte por los conservadores que gobernaron desde 1858 y hasta 1893. En las décadas de 1870 y 1880 se inició el proceso de privatización de la tierra y se emitieron las primeras leyes que establecieron el trabajo forzoso, medidas continuadas por el régimen liberal de Zelaya. En Honduras no hubo ni privatización, ni expropiación del campesinado y en Costa Rica la privatización fue un proceso lento y continuo desde la década de 1830. En dicho país, por la existencia de muchos baldíos, por la escasez de población y por la debilidad relativa de la naciente burguesía agraria, el campesinado tuvo acceso a la experiencia cafetalera y a la propiedad de la tierra, gracias a la colonización agrícola, que caracterizó su historia hasta mediados del siglo XX. Para terminar, se debe advertir que el campesinado tanto indígena como mestizo no fue refractario, a priori, a los cultivos comerciales y de exportación como el café (el caso de Costa Rica prueba lo contrario), sino que como en El Salvador el gobierno y los terratenientes, consciente y expresamente, le vedaron esa posibilidad mediante el despojo de sus tierras o negándole el acceso al crédito.

Tierra y mano de obra fueron los dos factores de producción fundamentales de la expansión de la caficultura centroamericana. También hubo necesidad

de capitales lo que significó el establecimiento de un sistema bancario y de una red de relaciones financieras con casas consignatarias europeas, británicas y alemanas en particular. No obstante, aquí interesa en especial la cuestión de la infraestructura de la producción cafetalera por los efectos que tuvo sobre la historia económica posterior de la región. En efecto, como ya se dijo, la construcción de ferrocarriles fue el gran designio de los liberales tanto por lo que este medio de transporte simbolizó como emisario de la modernidad como porque era indispensable para la comunicación de las zonas productoras de café con los sitios de embarque y para la habilitación de zonas no integradas a la economía nacional, como era el caso de la costa del Caribe de América Central. En la década de 1870, los propios gobiernos centroamericanos intentaron tender vías férreas recurriendo para ello a empréstitos extranjeros y, como regla general, en ese intento fracasaron. Además, hipotecaron las finanzas públicas pues la secuela de tales empréstitos, que solo se invirtieron en una porción mínima en la obra ferroviaria, ya que la mayor parte se esfumó entre comisiones, prebendas, fraudes y estafas, fue la formación de una pesada deuda pública externa.

Así la vergüenza nacional del fracaso de la construcción de los primeros ferrocarriles y el agobio y el apremio del endeudamiento externo que dejaron, fueron los padrinos de la inversión extranjera que terminó estableciendo las economías bananeras de enclave en la región centroamericana. En efecto, so pretexto de un arreglo de la deuda externa y de la

continuación de paralizadas o abandonadas obras ferroviarias algunos inversionistas terminaron apoderándose de esas vías de comunicación y obteniendo jugosas concesiones de inmensas cantidades de baldíos nacionales y de sitios costeros para instalaciones portuarias. Así nacieron las economías de enclave centroamericanas. El modelo de tales concesiones fue el contrato Soto-Keith firmado en 1884 entre el gobierno costarricense y el capitán de empresa estadounidense Minor C. Keith, socio fundador en 1899 de la United Fruit Company. Aquí de nuevo Costa Rica estableció una pauta que en las décadas siguientes sería seguida por los otros países centroamericanos, en particular Honduras y Guatemala y en menor grado Nicaragua. En fin, la otra gran contribución de los liberales centroamericanos, en nombre del progreso, fue el régimen concesionario que llevó a la formación de las economías de enclave y socavó la autonomía de los respectivos Estados nacionales y comprometió seriamente el ejercicio de sus derechos de soberanía.

En suma, entre 1870 y 1900 los liberales sentaron las bases estructurales del patrón de crecimiento agroexportador, característico de la región hasta mediados de la década de 1940. Es indudable que café y banano generaron bonanza económica, pero es igualmente cierto que tal tipo de crecimiento condujo al atraso y al subdesarrollo tanto por la dependencia que produjo, como por las deformaciones de la estructura productiva que introdujo y por la desigual distribución de la riqueza que instauró.

3.-Crecimiento y auge de la economía agroexportadora:

En 1913, cuarenta años después del ascenso de los liberales, Centroamérica ya se había especializado como suplidora para el mercado mundial de dos productos de sobremesa: café y bananos. En ese año dichos artículos representaban más del 50% de las exportaciones en cada uno de los países centroamericanos. Tres lustros después, en 1929, en la antesala de la crisis, esos dos artículos ascendían a más del 70% del valor total de las exportaciones en cada uno de los distintos países. Las cifras son elocuentes sobre la hiperespecialización y el monocultivo que caracterizaba a las economías del Istmo. Debe indicarse que había variaciones entre las economías. Honduras era el país bananero por excelencia en el que la producción de café era marginal. Por el contrario, El Salvador era el país del café pues en él por razones ecológicas, la producción bananera no se implantó. El contraste entre estas dos repúblicas tuvo una particular significación económica y política ya que El Salvador fue el lugar en donde la influencia del capital extranjero y la injerencia geopolítica de Estados Unidos fueron menores, aunque allí también fue determinante en particular en sus finanzas públicas, mientras que Honduras fue el estado centroamericano que más se ajustó al estereotipo de la "banana republic". Costa Rica y Guatemala compartieron el rasgo de ser países cafetaleros y bananeros, lo que brindó un mayor

margen de maniobra a sus respectivas clases dominantes y Estados. En fin, también Nicaragua produjo café y tuvo enclaves bananeros, mineros y madereros en el Caribe, pero su historia quedó sobredeterminada por su potencial canlero y, en consecuencia, por la sombra de los intereses estratégicos de Estados Unidos que llevaron a la ocupación de dicha república a partir de 1912 y hasta 1933.

Conviene detenerse en algunas de las debilidades de este patrón de crecimiento económico. En primer lugar, debe indicarse que está basado en una utilización depredatoria de los principales factores de producción que utiliza. No hay aquí una constante revolución de las fuerzas productivas y la aplicación de innovaciones tecnológicas es de reducida importancia. Así, el incremento de la producción se alcanza mediante la adición de más tierra y más trabajo, antes que por un creciente uso intensivo del capital. Para comprender esta afirmación se debe recordar el papel del trabajo forzado en la caficultura centroamericana y, en general, la miseria en que vegeta la población rural. También debe decirse que en la producción cafetalera ístmica los avances tecnológicos durante este periodo se concentraron más en la fase de beneficiado que en la etapa propiamente agrícola. Así, en un país como Costa Rica, en donde el despegue cafetalero fue temprano, hacia 1930 las plantaciones estaban envejecidas y sus rendimientos eran bastante exigüos, en un contexto de destrucción de la capa boscosa.

Empero, es en la plantación bananera donde el carácter depredatorio de este tipo de crecimiento

económico se hace más manifiesto. En efecto, como lo han mostrado insistentemente estudiosos y críticos del enclave en América Central, el banano es un cultivo cíclico en donde la prosperidad deja como resultado final inmensos cementerios de bananos a consecuencia del agotamiento de las tierras o de epidemias que atacan a la planta. Las empresas bananeras estadounidenses resolvieron este tipo de problemas mediante el traslado de las plantaciones hacia tierras vírgenes libres de ambos males, pero donde tiempo después el mismo ciclo se repetía. Ese patrón de uso del factor tierra sin adecuado recurso a la ciencia y la técnica muestra el ya indicado costo ambiental de este tipo de crecimiento. Algo similar puede decirse respecto a la utilización de la mano de obra en los enclaves fruteros. Ser bananero no era una profesión para toda la vida pues las compañías siempre preferían los obreros jóvenes por el rápido desgaste que producía el trabajo en esta actividad. Además, las condiciones sanitarias y laborales determinaban que las tasas de mortalidad entre la población adulta fuesen más altas que el promedio nacional. Los bananales no solo agotaban los suelos, sino que también se tragaban a sus trabajadores.

El crecimiento agroexportador tuvo muy limitados efectos de diversificación en las economías centroamericanas ya que los llamados enlaces hacia adelante y hacia atrás fueron casi inexistentes, en especial en el caso de la producción bananera; con la excepción de Honduras en donde las empresas invirtieron en agroindustria, industria y banca en la costa norte.

No hubo en la región ni una industrialización inducida por la exportación, ni un proceso de sustitución de importaciones en las fases en las que se perturbaron las relaciones con los mercados exteriores, como por ejemplo durante la Primera Guerra Mundial. La falta de diversificación también estuvo condicionada por la forma exigua con que fue remunerado el factor trabajo lo que inevitablemente provocó el estrangulamiento del mercado interno. La hiperespecialización también provocó una caída y un déficit estructural en la producción de subsistencias. Así, y aunque parezca inconcebible un rubro importante en las importaciones de los países centroamericanos fueron los alimentos.

Asociado a este tipo de crecimiento encontramos un patrón de gastos y de ingresos estatales en donde predominan los impuestos indirectos y no se gravan ni la inversión extranjera ni los intereses criollos agroexportadores y en donde los mayores rubros del gasto son el servicio de la deuda pública y las partidas para las instituciones militares y represivas. El comportamiento fiscal es indisociable del destino del comercio exterior caracterizado por un constante superávit, contrarrestado por un déficit en la balanza de pagos en el que las obligaciones de la deuda externa y las remesas de capitales al exterior son fundamentales. Por otra parte, los ingresos estatales dependen totalmente del comercio exterior porque su principal rubro son los derechos sobre las importaciones.

En fin, como se concluye de lo ya señalado, este crecimiento fue esencialmente empobrecedor: los liberales despojaron a los campesinos centroamericanos de sus tierras, les redujeron su abastecimiento de alimentos y los obligaron a trabajar por la fuerza. En este sentido, tienen razón quienes, como Bradford Burns, afirman que la llegada de los liberales fue una catástrofe para la mayoría de la población centroamericana que había gozado de mejores condiciones de vida durante la época de los conservadores. Esta es una conclusión herética e inaceptable para los historiadores centroamericanos herederos conscientes o inconscientes de la historiografía liberal, pero cierta para quienes se remitan a un descarnado balance de pérdidas y ganancias de lo que fue el crecimiento hacia afuera.

4.-Crisis y estancamiento del modelo agroexportador:

Conviene reconocer que el organismo sobre el que se abatieron la crisis y la depresión de 1930 mostraba previamente síntomas de agotamiento. En efecto, hacia mediados del segundo lustro del decenio de 1920 había signos de saturación en los mercados internacionales de café y banano. Por otra parte, el estancamiento técnico en la actividad cafetalera era ya manifiesto y la producción bananera estaba ya en retirada tanto en Costa Rica como en Nicaragua. La necesidad de diversificación de la producción y de las exportaciones no podía ser más evidente y al respecto ya se escuchaban algunas voces en varios de los países.

Como era de esperarse en economías tan abiertas y dependientes como las del Istmo, la crisis se desencadenó en el sector externo es decir en el comercio exterior. Empezó con un descenso abrupto en los precios internacionales de los productos de exportación. En este aspecto conviene señalar una diferencia entre el banano y el café ya que la caída en el precio de ese grano fue mayor que el de la fruta. Esto tiene relación con la circunstancia de que mientras los países centroamericanos no tenían ninguna capacidad de controlar la oferta mundial de café, las empresas estadounidenses, por su posición monopólica en el mercado internacional, sí tenían la posibilidad de regular los suministros y en consecuencia de intentar mitigar la caída del precio mediante una reducción de la oferta. Por el contrario, los productores centroamericanos reaccionaron al desplome de los precios incrementando la producción, acción que sin embargo no fue suficiente para contrarrestar el descenso en el valor de las exportaciones cafetaleras.

Las importaciones cayeron violentamente lo que produjo una gran contracción interna tanto porque los ingresos fiscales dependían de ellas como porque contenían importantes artículos de consumo popular. La debacle del comercio exterior fue seguida, por tanto, por una depreciación de la moneda y por una crisis fiscal. Así durante el periodo más agudo de la depresión, el déficit fiscal fue la norma de los gobiernos de la región, pero no porque estuviesen aplicando políticas anticíclicas sino simplemente por lo exiguo de sus ingresos. Dentro de las capas populares

una de las respuestas a la contracción fue el retorno a la economía de subsistencia. Los efectos sociales de la crisis son bastante conocidos: desempleo, reducción de los salarios de los empleados públicos y carestías de artículos básicos de consumo que afectaron a la población de obreros y artesanos de las ciudades. La crisis social se convirtió en descontento y este finalmente fue resuelto por el ascenso represivo y sangriento de las dictaduras de Hernández Martínez en El Salvador, de Ubico en Guatemala, de Carías en Honduras y de Somoza en Nicaragua.

A mediados de la década de 1930 los embates más fuertes de la crisis habían pasado: los gobiernos habían recuperado el equilibrio fiscal y las importaciones se habían reactivado. No obstante, la economía centroamericana permaneció en una fase de estancamiento de la que no logrará salir sino después de la Segunda Guerra Mundial. En esos tres lustros no surgió una alternativa al modelo agroexportador y a diferencia de otros países latinoamericanos, los centroamericanos no se enrumbaron por la vía de la industrialización por sustitución de importaciones. Esto posiblemente se explica por el peso abrumador de los intereses cafetaleros y también por la ortodoxia económica y fiscal liberal de los gobiernos centroamericanos. En casi todos los países hubo importantes programas de construcción de obras públicas y vías de comunicación, pero no se trataba de conscientes políticas keynesianas.

No obstante, debemos reconocer que fue en la década de 1930 y luego durante los años de la Segunda

Guerra Mundial que se iniciaron las primeras experiencias de intervencionismo estatal en América Central. En esos años hubo importantes reformas monetarias y financieras que dieron como resultado la creación de facto o de jure de los primeros bancos centrales. También en la década de 1930 nacieron las primeras instituciones públicas o semipúblicas responsables de regular y supervisar la economía cafetalera. Tímidos atisbos de mayor injerencia estatal encontramos en las contrataciones bananeras de la década del 30 que permitieron a las compañías abandonar agotadas o enfermas plantaciones del Caribe para trasladarse a la costa pacífica, como ocurrió en el caso de Costa Rica y Guatemala.

El respiro vivido después de mediados de la década de 1930 se acabó en 1939 con el inicio de la guerra y sobre todo después de 1941 tras el ataque japonés a Pearl Harbor. A pesar del pacto cafetalero interamericano con el que Estados Unidos aseguró a sus aliados del Istmo la compra a un precio constante del café que ya no tenía acceso a los mercados europeos, las repúblicas centroamericanas conocieron problemas inflacionarios, carestías de productos importados y un alza en el costo de la vida para la población urbana tanto de clase media como de clase trabajadora.

En síntesis, las economías centroamericanas volvieron a experimentar fenómenos ya padecidos en el decenio anterior y agravados por el alto costo de la vida. Fue en este contexto económico que las dictaduras instauradas en los albores de los años 30

sufrieron la prueba de la protesta popular: unas cayeron y otras sobrevivieron. En un contrapunto con ritmos distintos según los países, la lucha antidictatorial se confundió con la lucha por la reforma social. De nuevo fue Costa Rica el país en donde los acontecimientos se adelantaron gracias a que la crisis de 1930 no produjo el ascenso de una dictadura. Así, en 1940 llegó a la presidencia el Dr. Rafael Ángel Calderón Guardia y en su gobierno fueron establecidos el Seguro Social, las Garantías Sociales y el Código de Trabajo. En fin, a mediados de la década de 1940 emergieron en Centroamérica fuerzas sociales, actores políticos y sistemas de ideas capaces de proponerse la tarea de superar el viejo modelo agroexportador, cuyo agotamiento era manifiesto y cuyos débitos eran claros. Tres cuartos de siglo de dominación liberal habían dejado un saldo de modernización con pobreza y de crecimiento con dependencia. Quedaba por delante la meta de alcanzar al fin el desarrollo y la justicia social.

Referencias

Acuña, Víctor H. (Editor). *Las repúblicas agroexportadoras. Historia general de Centroamérica*. (Tomo IV). Madrid: Flacso-Quinto Centenario, 1993.

Pérez, Héctor. *Breve historia de Centroamérica*. Madrid: Alianza Editorial, 2018 (Nueva edición).

Segovia, Álex. *El gran fracaso: 150 años de capitalismo ineficiente, concentrador y excluyente en Centroamérica*. Guatemala: F&G editores, 2021.

Soluri, John. *Culturas bananeras: producción, consumo y transformaciones socioambientales*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2013.

Torres-Rivas, Edelberto. *Interpretación del desarrollo social centroamericano*. San José: Educa, 1971.

VII

NICARAGUA EN LA LARGA DURACIÓN: DEL FUTURO AL PASADO

En la coyuntura actual por la que atraviesa Nicaragua algunas veces se escucha la idea de que la historia se repite y que la dictadura actual es lo mismo que la dictadura de la dinastía de los Somoza. Es cierto que ambos regímenes autoritarios comparten en común algunos rasgos, en particular su carácter familiar o dinástico, pero es igualmente cierto que son bien distintos. La diferencia más evidente y la que tiene mayores consecuencias ideológicas y políticas es que el gobierno actual funda su legitimidad en la memoria y en la supuesta filiación en relación con un proceso revolucionario que gozó de un gran apoyo popular, sobre todo en sus inicios, y de una gran simpatía a nivel internacional. No obstante, la idea, implícita en la comparación de ambas dictaduras, según la cual la historia de Nicaragua es cíclica o de continuos retornos merece ser considerada.

Una manera de abordar esta cuestión y al mismo tiempo de trascender esa visión cíclica es intentar identificar algunos elementos estructurales que han condicionado la historia de Nicaragua desde la época de la independencia, en la larga duración. El intento no es nuevo ya que, desde mediados del siglo XIX, distintos observadores han tratado de dar cuenta de las particularidades de Nicaragua en relación con los otros países centroamericanos y en

especial con Costa Rica mediante cotejos y comparaciones. En tales ejercicios se han invocado una multiplicidad de factores o condicionantes: lo que se considera la herencia colonial; lo que se define como determinadas características psicosociales de las clases dominantes; o elementos más propios de las ciencias sociales como aspectos socioculturales, rasgos particulares de la estructura social, composición étnica de la población o, en fin, el peso de los factores geoestratégicos, dado el potencial del país como paso interoceánico.

En este abanico de factores algunos pueden ser retenidos y otros desechados; unos podrían ser considerados más determinantes y otros más bien secundarios o derivados; además, el peso y la relevancia de cada uno de ellos ha sido cambiante con el paso del tiempo; de modo que, por ejemplo, un determinado factor que pudo haber gravitado en el siglo XIX, haya perdido fuerza en el transcurso del siglo XX y toda eficacia en el presente. De todas maneras, la identificación de los condicionantes pertinentes de cualquier proceso histórico siempre queda inacabada porque es propio de una ciencia social, como la historia, encontrar las causas necesarias de un fenómeno, pero nunca las suficientes; tanto porque todo análisis supone una perspectiva, como porque la propia experiencia histórica hace tomar conciencia de elementos que previamente no habían sido considerados. Por último, advertencia capital, cualquier reflexión sobre las particularidades de Nicaragua y sobre las similitudes de la situación actual con otras

coyunturas del pasado debe tomar nota que la investigación histórica sobre ese país es aún muy limitada; de modo tal que toda interpretación siempre enfrenta la dificultad de contar con una sustentación empírica frágil y, por tanto, será provisional y aproximada. En consecuencia, las ideas que aquí se proponen no pueden ser más que hipótesis por comprobar.

Como es obvio, el problema del autoritarismo persistente en su historia no es exclusivo de Nicaragua, sino que lo comparte con los otros países centroamericanos, salvo Costa Rica, y con muchos países latinoamericanos. En este sentido, hay factores estructurales o de larga duración en América Latina que han condicionado que sus Estados y regímenes políticos tengan problemas persistentes de consolidación e institucionalización. Además, al fin de cuentas, a escala global la democracia es una realidad que apenas se generalizó tras el fin de la Segunda Guerra Mundial en algunos lugares del planeta y en el presente está amenazada en esos mismos sitios, de lo cual somos testigos. Por tal razón, es ilusorio pensar que los procesos de institucionalización y de democratización de los regímenes políticos sean algo irreversible y definitivo.

Como tantos fenómenos históricos, dichos procesos por más consolidados que se encuentren siempre llevan en su seno elementos inconclusos o precarios. Por tal razón, cabe hablar de institucionalización y democratización como un devenir continuo, como procesos con altos y bajos, siempre contingentes e inacabados. Dicho eso, es innegable que

existen las inercias históricas e institucionales; de modo que parece obvio que en un país en donde el autoritarismo tiene gran arraigo habría más dificultades para establecer un marco institucional estable que en otro en donde haya una experiencia acumulada de democratización. Precisamente, están asociadas a este fenómeno la idea de larga duración, lo mismo que la noción de *path dependence*. Cabe agregar que existe la posibilidad de que en tales lógicas de largo plazo se identifiquen puntos de partida, coyunturas críticas o momentos de discontinuidad que variarían según los análisis o los enfoques. En todo caso, en lo que respecta a la historia centroamericana la coyuntura de independencia y la Federación parecen imponerse en el análisis como punto de giro a partir del cual se establecieron estructuras o tendencias de larga duración en los planos social y político.

Desde la ciencia política, la pregunta sobre cómo ocurren las transiciones del autoritarismo a la democracia ha sido muchas veces abordada y la respuesta se ha centrado principalmente en el corto plazo y en cuestiones o asuntos predominantemente políticos e institucionales. Si la misma interrogante se formula desde la Historia en una perspectiva de larga duración necesariamente debe ocuparse de las distintas esferas de la realidad social que se consideren más relevantes y que encuadren los procesos de formación de los Estados y de sus regímenes políticos. También es bastante obvio que existen regímenes políticos autoritarios de distinto tipo, cuyas moda-

lidades de ejercicio del poder político y cuyos proyectos de sociedad son muy diferentes.

Así, por ejemplo, si pensamos en la Centroamérica de hace un siglo, a fines de la Primera Guerra Mundial, casi todos sus regímenes políticos eran autoritarios, pero con modalidades distintas; por ejemplo, no era lo mismo la dictadura personal y despótica de Estrada Cabrera en Guatemala que el gobierno dinástico de los Meléndez-Quinonez en El Salvador, basado en algún asiento institucional. Sobra decir que en esa época Costa Rica transitaba ya hacia un régimen relativamente democrático, aunque no estuvo exenta de un interludio dictatorial precisamente entre 1917 y 1919. Por su parte, en aquel entonces Nicaragua se había convertido en un protectorado *de facto* de Estados Unidos con el beneplácito de las elites conservadoras. Sirvan estas consideraciones para conservar en mente las particularidades del caso nicaragüense.

Es posible que la especificidad de Nicaragua radique, en primer lugar, en sus procesos de formación de Estado. En efecto, si se compara con Costa Rica, donde el proceso de formación del Estado ha tenido un carácter acumulativo desde la independencia, en Nicaragua, por el contrario, dicho proceso ha sido espasmódico o abortivo, para emplear dos expresiones no muy felices. En otras palabras, desde tiempos de la independencia y hasta la llegada de los Somoza, los intentos de centralización política en Nicaragua no han cristalizado o han llegado a un determinado nivel de consolidación para ser luego

revertidos. Así puede ser caracterizada la historia de Nicaragua en los primeros cuarenta años de vida independiente en donde no hubo prácticamente Estado; pero también la época desde la caída de Zelaya, en 1909, hasta el ascenso de Somoza, en 1936, fue un periodo en que se revirtió el proceso de centralización política. Por tanto, habría que subrayar que una especificidad de Nicaragua en relación con los otros países centroamericanos ha sido la dificultad para consolidar un proceso de centralización política irreversible. El único país del Istmo que ha compartido parcialmente este rasgo ha sido Honduras, sobre todo en el siglo XIX.

En este sentido, durante el primer siglo de vida independiente no existió en Nicaragua de manera duradera un organismo con la capacidad de consolidar y mantener los atributos básicos de estatalidad, y entre ellos el más básico: el monopolio de la coerción legítima. En tales circunstancias, en ausencia de un Estado constituido se torna inevitable que la vida política transite por cauces no institucionales y la disputa por el poder se base en la deslegitimación *a priori* del adversario y en distintas formas de uso de la fuerza. En consecuencia, el determinante de los sucesivos regímenes dictatoriales que han jalonado la historia de Nicaragua ha sido este peculiar proceso espasmódico de formación del Estado. Así, tras cada desmantelamiento o tras cada refundación estatal en determinado momento ha alzado vuelo alguna forma de ejercicio autoritario del poder.

Fue solo después del ascenso de los Somoza que por primera vez un Estado se consolidó en Nicaragua y con él un nuevo gobierno autoritario. No obstante, el Estado somocista por el tipo de régimen político que estableció sentó las bases para su posterior desmantelamiento por parte de la revolución sandinista. Así, en 1979, Nicaragua volvió a encontrarse con su tendencia de largo plazo de fundar y refundar el Estado, con lo cual la experiencia somocista de formación de Estado resultó no ser irreversible. Aunque del Estado revolucionario poco quedó tras la derrota electoral de 1990 y la famosa “piñata”, es posible afirmar que solo después de 1979 es que en Nicaragua se ha consolidado un organismo estatal. Además, en el presente, no parece que haya fuerzas o actores que estén dispuestos o tengan capacidad para poner en entredicho el monopolio de la fuerza por parte del Estado. Tal circunstancia señalaría una potencial discontinuidad en la historia de ese país y establecería condiciones para que eventualmente se consolidasen instituciones democráticas al final de la dictadura actual, sin un colapso total del Estado.

No obstante, no deja de resultar sorprendente que los avances democráticos de la Nicaragua del periodo revolucionario y posrevolucionario hayan sido totalmente revertidos a tal punto que permita a algunos comparar el régimen de los Ortega-Murillo con la dictadura de la familia Somoza. De este modo, el proceso de formación estatal que arrancó con la revolución sandinista, cuyo fin parecía anunciar la transición hacia un régimen democrático ha culmi-

nado en el presente con un nuevo sistema autoritario. Es como si la centralización política y el desarrollo democrático no alcanzasen a confluir en la evolución histórica de Nicaragua. Por el contrario, la consolidación estatal se convierte en recurso y ocasión para que algunos individuos y grupos establezcan un régimen dictatorial. En este sentido, se produce un proceso de retroalimentación en el cual la formación abortiva del Estado favorece la débil institucionalización y ésta sienta las condiciones para que el Estado vuelva a ser desmantelado, usualmente por medio de las armas.

Si la historia de Nicaragua se presenta, en apariencia y sólo en apariencia, como un proceso cíclico en el cual, por decirlo de alguna manera, el pasado alcanza y coloniza al futuro sería necesario hacer una distinción entre aquellos factores que desde 1979 maduraron y se consolidaron para tener como resultado el desenlace actual, de aquellos condicionantes que en el largo plazo actuaron como marco o contexto de esa lógica de desarrollo de las últimas cuatro décadas. Además, en el futuro próximo es muy posible que si Nicaragua quiere establecer un régimen político democrático será inevitable refundar el Estado y desmantelar algunas de sus principales instituciones para luego ponerlas sobre nuevas bases. En ese sentido, como se acaba de adelantar, en la historia de Nicaragua los recurrentes autoritarismos han conspirado para hacer de la construcción del Estado un proceso reversible y no acumulativo.

Así como los procesos de formación del Estado han sido reversibles, en la historia de Nicaragua

los intentos de democratización han sido más bien raros, a diferencia de Costa Rica, obviamente; pero también de los otros países centroamericanos, los cuales en algunas coyunturas ensayaron experimentos democráticos. Debe advertirse que, en general, en ningún país del Istmo cabe hablar de procesos de democratización en el siglo XIX, periodo dominado por los llamados gobiernos oligárquicos, aunque en todos hubo formas o mecanismos para subordinar o integrar a las clases populares y a los distintos grupos étnicos. En este sentido, al hablar de democratización hay que remitirse al siglo XX, cuando intelectuales, grupos medios, sectores de obreros y artesanos urbanos, grupos rurales y sectores indígenas empezaron a plantear demandas de ampliación de la base social del sistema político.

Si en Nicaragua ni la centralización política ni la institucionalización de los procesos políticos han tenido capacidad para consolidarse y volverse realidades irreversibles, habría que tratar de indagar sobre sus razones. Se podría empezar señalando como factor las interacciones y las formas de articular el poder de los sectores dominantes, quienes al fin y al cabo son los protagonistas hegemónicos de la vida política. Aparentemente, en el caso de Nicaragua las clases dominantes nunca han terminado de convencerse plenamente de la conveniencia para sus intereses de disponer de un Estado como un ente con un mínimo de consistencia y continuidad institucional y con alguna capacidad para colocarse en una posición relativamente autónoma en relación con sus distintas

facciones. Por el contrario, cuando la centralización política ha alcanzado un determinado umbral ha terminado siendo el instrumento de un grupo o facción y no del conjunto de los grupos dominantes.

Así, en Nicaragua, el Estado no ha tendido a ser el instrumento de las clases dominantes en su conjunto, según la expresión leninista, sino el brazo de una facción, partido o grupo familiar. Esto no significa que los otros sectores hayan quedado totalmente excluidos porque para eso han existido los famosos pactos a lo largo de la historia del país. Ni qué decir que el Estado como lugar de negociación entre los grupos dominantes y el resto de la sociedad, como han sido muchos Estados en la época de los llamados regímenes de bienestar, es algo desconocido en Nicaragua. La excepción fue la revolución sandinista, pero su programa de reformas sociales fracasó por la guerra impuesta por Estados Unidos y por errores de su dirigencia. La dictadura actual pretende presentarse como un régimen de bienestar, pero en la práctica es más bien un gobierno que administra y manipula redes asistenciales clientelistas, una práctica ya establecida por la dinastía somocista. Así lo que deberían ser derechos de las personas y deberes del Estado, se presentan como dádivas o favores de los gobernantes.

A lo largo del siglo XIX, la dificultad para lograr la centralización política y el establecimiento de un gobierno republicano, para utilizar una expresión de aquel tiempo, fueron atribuidos a los localismos, es decir, a las disputas entre las ciudades de León y Granada, atribución reiterada desde siempre por

periodistas, ensayistas e historiadores aficionados o profesionales. En el siglo XX, ya no fueron propiamente los localismos sino las divisiones y rivalidades entre sectores dominantes separados entre liberales y conservadores, aunque sus divisiones ideológicas fueran más bien secundarias. Todo parece indicar que tales grupos no han establecido una relación necesaria entre promoción de sus intereses económicos y orden político consolidado con su respectivo funcionamiento institucional. En apariencia, según las clases dominantes de Nicaragua para hacer negocios no les resulta necesario ni un Estado debidamente organizado, ni mucho menos un régimen político basado en una competencia política democrática, ni una nación en donde se comparta algún sentido de nosotros con el resto de la sociedad. Las relaciones que ha mantenido el sector privado con la actual dictadura hasta el estallido de la crisis presente, al respecto son elocuentes.

En tales circunstancias, la pregunta sería por qué esos grupos actúan de tal manera. La respuesta podría ser que dado que, en general, las clases dominantes latinoamericanas no son portadoras de democracia, aunque sí de centralización política bajo determinadas condiciones sociales y en determinados contextos históricos; en el caso de Nicaragua los sectores dominantes nunca han producido en su seno grupos democratizadores de peso, ni tampoco se han visto forzados por otros grupos sociales a asumir la existencia de un Estado y sobre todo de un sistema institucional democrático. Al respecto habría que

decir que la continuidad de estos grupos en el plano puramente dinástico o de continuidad de familias y parentelas, así como su permanencia en las esferas de poder, actúan en el sentido de reforzar y reproducir determinadas interacciones políticas, es decir, maneras de ejercer la dominación y de relacionarse entre pares en la esfera social y política, en donde lealtades e inquinas tradicionales tienden a prevalecer.

Ciertamente que grupos de migrantes o individuos procedentes de los sectores subalternos se han filtrado o han podido ascender a los grupos dominantes; pero al hacerlo se han mimetizado en relación con sus ideas y comportamientos. De modo tal que no han sido una fuerza democratizadora o renovadora del régimen político. Una vez más, el Gobierno actual es un buen ejemplo al respecto, pues se trata de un grupo de personas surgido de una revolución popular que se ha convertido en una facción del gran capital. Por tanto, la continuidad ideológica y de sus prácticas políticas caracteriza a los grupos dominantes en Nicaragua, a pesar de los procesos de inserción y cooptación de sectores sociales en ascenso. Tal continuidad o esa falta de renovación, en términos de personas o familias y en términos ideológicos, han constituido un obstáculo a la centralización política y un impedimento para la institucionalización del poder político.

Si este argumento es válido, el problema de Nicaragua es que no ha tenido grupos sociales subalternos y capas medias, en especial, con capacidad para imponer la centralización política y la demo-

cratización a los sectores dominantes. Esto puede deberse a una debilidad numérica de tales grupos o también a la existencia de determinadas formas de relacionarse con los sectores dominantes. Posiblemente, distintas formas de vínculos de dependencia de tipo clientelista o de subordinación a cambio de algunas ventajas hayan constituido el marco de las relaciones sociales en el cual se realizan los procesos de interacción política entre los distintos actores.

En Nicaragua, como se sabe, las elecciones no han sido el medio más utilizado como mecanismo de acceso al poder, aunque los comicios se han celebrado con regularidad a lo largo de su historia. En su lugar las asonadas, las montoneras y los cuartelazos, llamados alegremente revoluciones, han sido los recursos empleados, junto con una modalidad que deriva de estos y de los simulacros de procesos electorales, es decir, los ya citados pactos, mediante los cuales se intenta darles un mínimo de funcionamiento a los órganos del Gobierno, una adecuada satisfacción a las facciones y a sus caudillos, y se regula el reparto y el disfrute patrimonial de los recursos públicos.

Los grupos subalternos siempre han estado presentes en tales juegos de acceso al poder como auxiliares y comparsas, pero también tratando de hacer valer sus propios intereses. Sin embargo, con excepción del levamiento de Sandino y de la revolución sandinista, el conjunto de los sectores populares y de las capas medias nicaragüenses se ha insertado en los citados patrones de interacción política y no han sido una fuerza democratizadora. Tanto porque proba-

blemente no han tenido una fuerte inclinación a los principios democráticos, sea por adhesión a formas tradicionales de hacer política, sea por la convicción de sus dirigencias en principios supremos como la revolución con mayúscula (como fue el caso de los sandinistas) o el progreso como fin metasocial (como fue el caso de los liberales en tiempos de Zelaya).

En tales condiciones, los derechos de las mayorías pueden y deben ser postpuestos; sobre todo porque, supuestamente, las clases populares en realidad no son capaces de reconocer cuáles son sus verdaderos intereses y más bien pueden ponerlos en peligro; sobre todo si son víctimas de sus creencias religiosas. De este mal son especialmente susceptibles las mujeres, como lamentaban los políticos liberales. En suma, las personas “comunes”, hombres y mujeres, nunca están suficientemente preparadas para ejercer derechos

Esta cuestión nos remite al tema del papel de la sociedad civil en la historia de Nicaragua. Dado el nivel de nuestros conocimientos al respecto se podría adelantar que en dicho país la sociedad civil ha sido históricamente débil y conforme ha tenido alguna existencia ha sido cooptada o subordinada por el Estado y el régimen político. Tal fue el caso en tiempos de la dictadura de los Somoza cuando coqueteó con el movimiento obrero-artesanal; también fue así durante la revolución sandinista, cuyo lema en relación con este asunto resulta muy significativo, “Dirección Nacional ordene”. Manifiestamente tal es la situación en el momento presente, pues el Estado-régimen-

partido ha secuestrado a todas las organizaciones que supuestamente le son afines y ha marginado o proscrito a toda expresión de la sociedad civil que le sea adversa. Esta disposición a hacerle el juego a regímenes autoritarios es también cierta en el caso de los partidos políticos. Como ya se dijo, el llamado “pactismo” es un recurso muy propio de las elites políticas nicaragüenses para convivir con un gobierno autoritario y para extraerle ventajas y beneficios. De todos modos, cuando ha habido fuerzas o agentes democratizadores el recurso a la represión ha sido también un medio eficaz para eliminarlos (el régimen actual no ha tenido contemplación alguna al respecto). En suma, en la larga duración el conjunto de la sociedad nicaragüense ha padecido una situación deficitaria de ciudadanía.

En la historia de Nicaragua se ha sumado a este particular patrón de relaciones políticas internas la presencia determinante de fuerzas externas que establecen un encuadre para los actores internos, pero que también les ofrecen recursos de negociación y de poder en sus disputas intestinas; de este modo, acudir a la ayuda imperial para vencer a un rival forma parte de las reglas de la interacción política. La subordinación imperial también ha sido determinante en el proceso abortivo de la formación estatal y en la recurrencia de gobiernos autoritarios. Sin embargo, sería un error sostener que ambos fenómenos sean solo producto de la perversión y la malevolencia del imperio estadounidense porque este ha tenido como ideal el orden y la estabilidad en sus protectorados o

Estados clientes para asegurar su dominio. De esta manera, en principio, un Estado funcional y un Gobierno institucional serían la opción imperial preferida en ciertas circunstancias. Así fue, sin éxito, durante la época del protectorado y claro está que tal no fue el caso en tiempos de la Guerra Fría.

La dificultad para consolidar el Estado, democratizar el régimen político y liberar, si cabe la expresión, a la sociedad civil tiene en última instancia como fundamento una forma de existencia material y cultural del conjunto de las clases populares y de los distintos grupos étnicos en su seno. A lo largo de la historia, la población rural nicaragüense ha experimentado formas de coacción extraeconómica en las relaciones laborales y una continua precariedad material, condición que ha dado sustento a un natural no conocimiento de sus derechos por parte de los sectores dominantes, inclinados a tener una perspectiva más bien estamental de las jerarquías sociales. A esto debe agregarse, la discriminación étnica como componente de las relaciones entre los de arriba y los de abajo. Así, la violencia combinada con el paternalismo y el clientelismo han sido los fundamentos de las relaciones sociales en el mundo rural.

Sin embargo, el mundo rural también ha respondido a esas relaciones de dominación mediante la rebelión o en el levantamiento, un medio más directo para hacer avanzar sus reivindicaciones, aunque no necesariamente siempre el más eficaz. Pero, posiblemente, la idea de tener derechos que puedan ser inscritos en un marco institucional, un contrato social

aceptado por los sectores dominantes y validado por el Estado, no ha tenido mayor sustento en la historia de Nicaragua, en particular a lo largo del siglo XX y hasta el presente. En suma, determinadas formas de interacción al interior de los sectores dominantes; determinadas formas de relación entre dichos sectores y los grupos medios y el conjunto de los sectores populares han tenido como resultado que lo institucional sea más bien frágil en la vida política de Nicaragua, en la larga duración.

También está de por medio el tema de la invención de la nación en Nicaragua. En efecto, en un Estado que no termina de construirse en forma definitiva y con un régimen político con bajos niveles de institucionalización, las condiciones para crear una comunidad política, a la cual imaginariamente todas las personas pertenecen y son iguales, han sido adversas. Así, en lugar de homogenizar al conjunto de la sociedad como hacen para bien y para mal las naciones, los sucesivos proyectos de Estado y los respectivos gobiernos han reproducido y han agudizado las separaciones étnicas y territoriales en Nicaragua. Además, como ya se dijo, en sus relaciones con el conjunto de la sociedad las clases dominantes nicaragüenses se comportan como un grupo estamental que preserva y reproduce sus privilegios y utiliza distintas formas de discriminación para mantener subordinados a los grupos subalternos.

Por lo tanto, si la mayoría de la sociedad no integra la nación, si la minoría se concibe como un linaje aparte, no parece tener mucho sentido

ocuparse de los derechos de esa mayoría; ni tampoco considerar si el Estado debe tomar en cuenta sus necesidades o si esa mayoría debe tomar parte, en forma real, no ilusoria, en los procesos de toma de decisión política. Posiblemente, el gran apoyo popular de la revolución sandinista en sus inicios fue consecuencia de una ruptura de ese patrón de interacción política entre clases dominantes y clases populares, así como del proyecto de construir al fin una nación en Nicaragua. En forma cínica y oportunista, el actual régimen dictatorial recurre a la memoria de ese proyecto de nación y con gran demagogia sostiene que está construyendo una sociedad inclusiva.

En conclusión, en esta mirada centrada en el largo plazo, el presente parece quedar subsumido en una especie de historia inmóvil. No obstante, esa visión es errada porque en la historia de Nicaragua ha habido intentos de ruptura que, aunque no hayan fructificado se han sumado como experiencia y memoria a los señalados factores estructurales de larga duración. Por tanto, no puede decirse que la historia de Nicaragua sea cíclica, ya que el presente es resultado tanto de lo que no ha cambiado como de lo que se intentó cambiar. No se puede negar, como ya ha sido señalado por destacados opositores al régimen actual, que Nicaragua no solo debe encontrar el camino para deshacerse del gobierno actual, sino que necesariamente va a tener que refundar instituciones claves del Estado como la policía, el ejército, el poder judicial y los organismos electorales.

En este sentido, como en etapas anteriores de su historia, el Estado actual tendrá que ser sustituido por uno nuevo en donde quizás al fin se consolide un régimen republicano y un estado social de derecho, condiciones que permitirían desarrollar una formación estatal irreversible y duradera. Si en el presente Nicaragua ha transitado del futuro al pasado también es posible que próximamente se encamine del pasado al futuro.

Epílogo (2023)

El endurecimiento del régimen despótico en Nicaragua que ha culminado con la supresión de cualquier forma de organización social independiente, incluso las más inocuas en términos políticos, da sustento a las hipótesis de este ensayo. Quizás convendría agregar que Nicaragua en el presente se inscribe en una coyuntura de consolidación de gobiernos autoritarios en distintas partes del mundo frente a una especie de impotencia de las fuerzas democratizadoras que los desafían; por ejemplo, en Rusia, Bielorrusia, Turquía, Siria, Venezuela, Cuba, El Salvador; también están proliferando gobiernos de extrema derecha en varios países de Europa occidental. Es evidente que la democracia atraviesa en el presente una crisis global. Sin embargo, habría que plantearse la cuestión de cuánto la actual dictadura nicaragüense es heredera de una concepción leninista y estaliniana del poder, característica ya de los años de la revolución sandinista, la cual fue asumida por las izquierdas latinoamericanas, después de la revolución bolchevique, y que ha persistido hasta el presente en el régimen surgido de la revolución cubana de 1959 y en grupúsculos que hasta el presente mantienen su apoyo al Gobierno de los Ortega-Murillo en nombre del “antiimperialismo”.

Referencias

Acuña, Víctor H. "Autoritarismo y democracia en Centroamérica: la larga duración (siglos XIX-XX)". En: *Ilusiones y dilemas de la democracia en Centroamérica*. Klaus D. Tangermann (Compilador). San José: FLACSO-Costa Rica, 1995, 63-97.

Baldizón, Abelardo. *Conflicto político e ideología en Nicaragua (1821-1933). De "timbucos y calandracas" a "las partidas de políticos"*. Managua: 400 Elefantes, 2018.

Esgueva, Antonio. *Elecciones, reelecciones y conflictos en Nicaragua (1821-1963)*. Managua: IHNCA-UCA, (2 tomos), 2011.

Gobat, Michel. *Enfrentando el Sueño Americano. Nicaragua bajo el dominio imperial de Estados Unidos*. Managua: IHNCA-UCA, 2010.

Gould, Jeffrey L. *Orgullo amargo. El desarrollo del movimiento obrero nicaragüense (1912-1950)*. Managua: IHNCA-UCA, 1997.

Kinloch, Frances. *El imaginario del canal y la nación cosmopolita: Nicaragua, siglo XIX*. IHNCA-UCA, 2015.

Pérez, Andrés. *Entre el Estado conquistador y el Estado nación. Providencialismo, pensamiento político y estructuras de poder en el desarrollo histórico de Nicaragua*. Managua: IHNCA-UCA, 2007.

VIII

EL SALVADOR Y COSTA RICA EN LA HISTORIOGRAFÍA DE LORENZO MONTÚFAR: CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO E INVENCIÓN DE LA NACIÓN

Introducción:

La *Reseña Histórica de Centro-América* de Lorenzo Montúfar es posiblemente la obra más extensa que se ha escrito sobre la historia del Istmo hasta el presente. Comprende aproximadamente 4650 páginas distribuidas en siete tomos.¹ Como se podrá suponer, la mayor parte de ese material son documentos de diverso tipo, transcritos de manera integral. La obra fue publicada en Guatemala entre 1878 y 1888, y fue dedicada por su autor al presidente Justo Rufino Barrios, con quien, no obstante, tuvo discrepancias que lo llevaron al exilio. Montúfar es la figura emblemática del liberalismo centroamericano, nacido en Guatemala en 1823 y fallecido en esa misma ciudad en 1898. No obstante, prefería definirse como centroamericano y el exilio lo llevó a vivir en El Salvador, en Costa Rica y en Estados Unidos. En Costa Rica residió alrededor de veinte años y aquí desempeñó importantes cargos públicos: Magistrado

¹ Lorenzo Montúfar. *Reseña Histórica de Centroamérica*. Guatemala: Tipografía “El Progreso” y Tipografía “La Unión”, 7 volúmenes, 1878-1888.

de la Corte de Justicia, Ministro de Relaciones Exteriores, de Juan Rafael Mora en la época de la guerra contra Walker, y Ministro de Relaciones Exteriores y Ministro de la Guerra de Tomás Guardia, de quien terminó distanciándose. En este sentido, Montúfar fue ante todo un hombre público centroamericano, un influyente político en Costa Rica y en Guatemala y, como es sabido, el máximo representante del liberalismo radical en Centroamérica. Desde el principio hay que tomar nota que Montúfar era un hombre de acción y no un simple erudito, pero debe decirse que fue Rector de la Universidad de Santo Tomás de Costa Rica en dos ocasiones y fue Rector de la Universidad de San Carlos de Guatemala.

La *Reseña* forma parte de una extensa y variada obra que incluye alegatos y obras jurídicas filosóficas, un manual de economía política, un libro sobre Morazán, una colección de discursos políticos, una obra sobre masonería y una autobiografía. En fin, debe agregarse a esa producción la edición de varios periódicos en Guatemala y en Costa Rica. No obstante, Montúfar es recordado sobre todo por su *Reseña* que ejerció una notable influencia dentro de la historiografía centroamericana hasta bien entrado el siglo XX y que estableció el canon de la interpretación liberal de la historia del istmo. Por esta misma razón es una obra a la que se refieren tanto los liberales como sus adversarios. La *Reseña* mantiene su interés hasta el presente, a juzgar por la circunstancia de que el extensísimo volumen VII, titulado *Walker en*

Centroamérica, fue reeditado en el año 2000 en Costa Rica.

El problema:

En esta ponencia me he propuesto tratar de determinar si es posible, por medio de la lectura de la *Reseña*, acercarse al proceso de formación de los Estados-naciones centroamericanos en el siglo XIX. En efecto, la obra recorre la historia política y militar del Istmo desde 1828, año en que se detiene el relato del *Bosquejo* de Alejandro Marure, hasta 1860, cuando William Walker es fusilado en Trujillo, Honduras. Desde ya debe recordarse que Montúfar era un unionista militante de modo que para él la nación era y tenía que ser la América Central en su conjunto y que el problema de la formación del Estado, como proceso de centralización política o como proceso de monopolización de los medios de coerción, no era una cuestión de la que fuera consciente, salvo en su condena sistemática del localismo. En su opinión, el único Estado posible, por razones de viabilidad política, económica y geopolítica era una república para todo el Istmo. De este modo, el título de esta ponencia expresa las preocupaciones del ponente y no una problemática explícitamente planteada en la *Reseña*.²

²Víctor H. Acuña. “La historiografía liberal centroamericana: la obra de Lorenzo Montúfar (1823-1898)”. *Historia y Sociedad* (Medellín). 12. 2006, 29-59. También publicado en: *Anales de la Academia de Geografía e Historia de Guatemala*. LXXXII, 2007, 97-132.

Mi objetivo consiste en ver si a partir de esta obra es posible determinar la aparición de algunos rasgos distintivos de las comunidades políticas nacidas de la independencia y del fracaso del proyecto federal, y de las cuales surgieron las cinco repúblicas. Mi intención ha radicado en tratar de establecer si Montúfar atribuye características específicas a los pueblos de los cinco Estados que integraron la Federación y en particular a los de El Salvador y Costa Rica. Me interesa conocer la génesis de ciertos atributos que luego fueron usados por los Estados liberales con fines de invención nacional. Se puede adelantar que en la *Reseña* se expresa de manera recurrente una animadversión hacia la Guatemala conservadora y una simpatía y admiración por El Salvador y por Costa Rica. Nicaragua y, sobre todo, Honduras parecen haber despertado un menor interés en el historiador guatemalteco.

En suma, en esta ponencia, voy a tratar de identificar los atributos que Montúfar otorga a El Salvador y a Costa Rica como pueblos o sociedades y como comunidades políticas, en el contexto centroamericano. Así, a partir de la *Reseña* se intentará comparar los sistemas y los regímenes políticos del Istmo en el siglo XIX, en la etapa en que se iniciaron los procesos de construcción estatal y de invención nacional. Conviene anotar que la *Reseña* fue escrita en la época del ascenso de los liberales al poder en Guatemala y en los otros países centroamericanos, con excepción de Nicaragua, y, en ese sentido, se ubica en el periodo en que todos los Estados centroamericanos eran ya

repúblicas formalmente independientes y transitaban por una vía propia.

Los atributos de El Salvador:

Nadie se va a sorprender si digo que en esta obra El Salvador es presentado como el Estado y el pueblo que son la cuna y el bastión del liberalismo y del unionismo en Centroamérica. En su opinión, este pueblo ha expresado una vocación clara por la libertad desde el año de 1811. También en este Estado se encuentran los más fieles seguidores de Morazán y los máximos defensores de su proyecto unionista. Aunque se ha señalado que el proceso de adscripción de estos atributos como propios de la nación salvadoreña se sitúa en la época liberal³; puedo decir que, en la *Reseña* aparecen bien cimentados, es decir, desde fines de la década de 1870. Además, se puede agregar que el autor de la *Reseña* señala que su pariente Manuel Montúfar y Coronado en sus *Memorias de Jalapa*, publicadas en 1832, reconoce ya el patriotismo del pueblo salvadoreño.

Veamos algunos ejemplos de la mirada de Lorenzo Montúfar sobre El Salvador: “El pueblo salvadoreño ha sido considerado uno de los más liberales de la América Central y su historia es brillante en los

³ Carlos Gregorio López Bernal. “Héroes y tradiciones nacionales inventadas”. En, Oscar Martínez Peñate. (Coordinador). *El Salvador. Historia General*. San Salvador: Editorial Nuevo Enfoque, 2002, 271-290.

primeros años de nuestra emancipación de España.” (*Reseña*, VII, 1888, p. 54) A los salvadoreños los distingue un “espíritu democrático y eminentemente liberal” (*Reseña*, IV, 1881, p. 458) y “una vitalidad progresista” (*Reseña*, IV, 1881, p. 312) porque ellos se caracterizan por ser muy laboriosos. Por supuesto, que el liberalismo de los salvadoreños incluye el unionismo: “Hace honor a los salvadoreños su insistencia por la unidad de Centro América y la constante lucha que por ella mantuvieron siempre con el partido reaccionario” (*Reseña*, V, 1881, p. 268).

Como se ha dicho, los atributos cívicos del pueblo salvadoreño han sido labrados en los campos de batalla desde el año de 1811. Así, a lo largo de la *Reseña*, en distintas ocasiones, el autor recuerda los hechos de armas en los cuales El Salvador ha probado su espíritu liberal: “La patria de aquellos ciudadanos que en 1811 levantaron la voz contra los Borbones; la patria de aquellos guerreros que en 1822 murieron combatiendo contra la monarquía; la patria de los valientes que hicieron huir a los nobles en Milingo y que los obligaron a rendirse en Mexicanos”. (*Reseña*, IV, 1881, p. 312)

Esta otra cita ilustra la trayectoria histórica de los salvadoreños como pueblo que ha luchado por la libertad y contra la reacción:

“El año de [1]823, los salvadoreños resistiendo a Filísola defendían la independencia, la libertad, la república, la honra nacional, contra un puñado de traidores que, para continuar llamándose

nobles, hollaban el suelo de la patria con las plantas de soldados extranjeros. En 1827 y 28, los salvadoreños no combatían contra un imperio porque ese imperio, no pudiendo existir en el mundo de las Repúblicas, se había despedazado; pero combatían contra la aristocracia imperial cuyos estragos veían.” (*Reseña*, I, 1878, p. 343-44)

Es evidente la simpatía que siente Montúfar por el pueblo salvadoreño desde su perspectiva liberal. Aunque la *Reseña* es esencialmente una narrativa de historia política y militar y en ella son raras las interpretaciones propiamente dichas, esto no significa que en ella no se encuentre un conjunto de ideas que le dan coherencia al texto, ideas que, por supuesto, proceden de la ideología liberal. Así, la historia de Centroamérica después de la independencia se explica por el peso de la herencia colonial, por el lastre clerical y aristocrático y por la inercia de las masas indígenas sumidas en la ignorancia; y, está dominada por una lucha continua entre el partido liberal y el partido “servil”. Esta interpretación es válida para entender las peculiaridades del pueblo salvadoreño. Oigamos de nuevo al autor de la *Reseña*:

“La sublevación [de Carrera] no podía hacer en El Salvador los mismos estragos que en Guatemala. El Estado del Salvador, pequeño en territorio, está muy poblado, sus ciudades, villas y caseríos distan muy poco

unos de otros. Allí no existen los inmensos desiertos de Guatemala. El pueblo salvadoreño ha tomado parte en los asuntos públicos desde antes de la independencia, y no puede ser fácilmente engañado por clérigos audaces y nobles ambiciosos. Los salvadoreños no habían tenido obispo, ni canónigos, ni frailes, ni monjas; por una excepción de la regla general, habían tenido curas como don Matías Delgado, don Nicolás Aguilar y don Isidro Menéndez; así es que el año de 37 los revolucionarios de Guatemala solo pudieron contar en San Salvador con algunas hordas de indios, a quienes fácilmente pudo dominar el general Morazán. Guatemala se hallaba bajo diferentes condiciones.” (*Reseña*, II, 1878 (1879), p. 421).

La ausencia de un clero fanático y de una aristocracia reaccionaria y la casual presencia de sacerdotes liberales junto con la experiencia de participación política acumulada desde 1811 dan cuenta del liberalismo del pueblo salvadoreño. Es interesante agregar que además de estos factores la distribución y la densidad de la población son un factor importante en su civilidad; pero implícito en el texto, el factor étnico juega un papel clave: en El Salvador no hay tantos indígenas como en Guatemala.

En este fragmento, se pone de manifiesto un elemento esencial de la definición de atributos que el autor hace para El Salvador: la comparación con

Guatemala. En efecto, la relación y la comparación con el Estado vecino son fundamentales en el discurso de la *Reseña*: si El Salvador es el bastión del liberalismo, su opuesto es Guatemala, la trinchera de lo que se denomina, para escarnio de sus adversarios, el “servilismo”. Según Montúfar, en Guatemala había durante esa época una actitud de rechazo y de desprecio hacia los salvadoreños y los miembros del partido “servil” difundían en el pueblo guatemalteco la especie de que los salvadoreños querían destruir su país por envidia de sus grandezas. Así, refiriéndose a la guerra de 1828 y a la invasión de tropas guatemaltecas a El Salvador, señala lo siguiente:

“Entonces los serviles trabajaron con empeño por hacer creer al pueblo que los salvadoreños no aspiraban a restablecer las autoridades caídas el año de 26, ni a que reapareciera el Congreso Federal, ni a que la conducta de Arce fuera juzgada por los legítimos representantes de Centro América, sino a destruir a Guatemala. En arengas a la tropa, los jefes serviles señalaban los edificios de la Catedral y San Francisco, de Santo Domingo y la Merced, presentándolos como maravillas del arte y como el objeto de una vivísima envidia de los salvadoreños. Se aseguraba al ejército, que no pudiendo aquellos hombres trasladar a su país tan suntuosos templos, se habían empeñado en demolerlos para que Guatemala no pudiera gloriarse de ellos. Muchos de los

serviles hacían befa públicamente de la pronunciación, del vestido, de las maneras, de las costumbres y de cuanto había en el Estado vecino, para que fuera cada vez más odioso al pueblo de Guatemala. Estos rudos ataques a los salvadoreños han tenido una grande influencia en la suerte de Centro América.” (*Reseña*, I, 1878, p. 48-49)

Puede ser ilustrativo de la xenofobia atribuida por Montúfar de los guatemaltecos hacia los salvadoreños, el siguiente texto:

“Al hacerse a la vela [del puerto de Acajutla] el bergantín General Hidalgo, algunos de los guatemaltecos [que eran expatriados por Morazán] insultaron a los salvadoreños, por todo el tiempo que estos podían oír sus voces desde las lanchas en que verificaron el embarque y regresaban a tierra. Los llamaron *pirujos*, nombre que se daba a los partidarios del general Morazán. Les decían *guanacos*, denominación con que se distingue en Guatemala a los hijos de los otros Estados de Centro América, y con la cual se pretende muchas veces ofender a todos los que han nacido fuera de las garitas de la capital. Los más exaltados que iban a bordo, injuriaban a los liberales gritando: *pirujos, guanacos, herejes, pronto volveremos a castigarlos* [en cursiva en el original].” (*Reseña*, I, 1878, p. 158)

La xenofobia guatemalteca contra los salvadoreños tenía un fundamento ideológico, el que oponía a liberales y conservadores, pero según Montúfar, los “serviles” guatemaltecos alimentaban miras más siniestras para el Estado vecino, su desmembración como Polonia:

“En el Estado del Salvador se hacía sentir la falta de recursos. Algunos salvadoreños se atrevían a escribir señalando la causa de sus males. Se dijo que El Salvador no tenía puertos en el mar Atlántico; que era tributario de Honduras, mandado entonces por Ferrera, quien no hacía más que complacer a la aristocracia guatemalteca; y de Guatemala, que se hallaba bajo el régimen de la misma aristocracia; que esos dos Estados habían subido los derechos a las mercancías que por sus puertos entraban para ir al Salvador y que esa alza destruía el comercio salvadoreño.

“La situación geográfica del Salvador era una de las esperanzas de los serviles. Ellos procuraban hacer todos los días más difícil y penoso el comercio de aquel Estado, para encaminar el país a su ruina. El pensamiento era que El Salvador siguiera la

suerte de la Polonia y varias veces llegó a enunciarse esta idea en los círculos aristocráticos, como un pensamiento benéfico para Centro América.

“Un progreso, que puede llamarse universal, vino más tarde a librar a los salvadoreños de ese insoportable pupilaje: el ferrocarril de Panamá.” (*Reseña*, IV, 1881, p. 56.)

En la perspectiva del autor de la *Reseña*, los males de El Salvador provienen siempre de la Guatemala servil. Dichos males son resultado principalmente de que ambos países sean vecinos, ya que los problemas de Guatemala con facilidad repercuten en El Salvador y la influencia nefasta guatemalteca ha impuesto a ese pueblo liberal gobernantes “serviles”, en distintos momentos. En esta circunstancia geopolítica estriba la diferencia de destino entre el Salvador y Costa Rica.

Los atributos de Costa Rica:

La idea de preparar esta ponencia surgió basada en el supuesto de que en múltiples dimensiones Costa Rica y El Salvador son los que más se prestan a análisis comparativos entre los países centroamericanos. Además, se supuso que dicha condición tenía que ser evidente para Lorenzo Montúfar y que en su obra sería posible encontrar tales comparaciones.

Esta premisa resultó falsa porque a lo largo de los siete tomos de la obra no aparece ninguna comparación explícita entre ambos países. Por el contrario, al igual que para el caso del Salvador, Montúfar compara Costa Rica sobre todo con Guatemala.

La lectura de la *Reseña* confirma que la invención de las peculiaridades de Costa Rica como comunidad política ocurrió en la primera mitad del siglo XIX, peculiaridades retomadas por Montúfar a lo largo de su obra.⁴ Ciertamente que hay que reconocer que el autor de la *Reseña* manifiesta una profunda admiración por este país y cabe insistir en que ahí vivió durante muchos años. Montúfar nos recuerda que los costarricenses son pacíficos, morigerados, laboriosos, neutrales frente a los conflictos de sus vecinos, respetuosos de las leyes y propietarios, casi todos. Además, cuestión fundamental, la población costarricense es “homogénea”. Hay que decir que a lo largo de la *Reseña* hay una mayor insistencia en señalar las peculiaridades de los costarricenses que las especificidades de los salvadoreños. En ese sentido, Montúfar se sentía muy intrigado por lo que consideraba un fenómeno atípico en la América española. Como dijimos, su parámetro de comparación es Guatemala: “Costa Rica difiere mucho de Guatemala. Más de las dos terceras partes de la población guatemalteca se compone de indios, y la población de Costa Rica es homogénea.

⁴ Víctor H. Acuña. “La invención de la diferencia costarricense, 1810-1870”. *Revista de Historia* (UNA-UCR). 45. 2002, 191-228.

Casi todos son propietarios y el grande asunto que los mueve es el cultivo de la tierra y el trabajo de todas clases.” (*Reseña*, IV, 1881, p. 394)

Es interesante señalar que las virtudes de los costarricenses son cívicas, la paz; son económicas, el progreso y la laboriosidad; y son raciales, un pueblo homogéneo. Sin embargo, Montúfar no atribuye a este pueblo un profundo sentimiento liberal, virtud que reserva a los salvadoreños. En este sentido, se puede decir que para el autor los costarricenses son sobre todo ideológicamente pragmáticos, mientras que los salvadoreños son, si se me permite un término contemporáneo, más politizados. De esta manera: “Los costarricenses, eminentemente laboriosos, huyen de las revoluciones y de los trastornos.” (*Reseña*, V, 1881, p. 338).

Me permito poner otro ejemplo sobre la cuestión étnico-racial como un factor distintivo básico de Costa Rica porque me parece que es ilustrativo en relación con las explicaciones que Montúfar propone para comprender la especificidad de Costa Rica. A propósito de los factores que provocaron el levantamiento popular contra Morazán en Costa Rica en septiembre de 1842, nos dice lo siguiente:

“Los soldados en guarnición entregados al ocio, se divertían de mil maneras poco recomendables y las mujeres honradas no podían pasar enfrente de sus cuarteles, sin experimentar chanzas de mal gusto y aún ultrajes. [...] Los soldados de Morazán admiraron la

blancura y la belleza de las mujeres del pueblo de Costa Rica y fueron para ellos el predilecto objeto de sus aspiraciones.” (*Reseña*, III, 1879, p. 639)

Para explicar la peculiaridad de Costa Rica en el contexto centroamericano, el autor aplica el mismo esquema que ha utilizado para dar cuenta de las virtudes salvadoreñas: la herencia colonial, cuyos ingredientes nefastos son el clero, la aristocracia y los indígenas sumidos en la ignorancia. La suerte de Costa Rica nace de su lugar en el territorio del Reino de Guatemala: su mayor lejanía y marginalidad respecto de la capital. Escuchemos, lo que dice al respecto:

“Costa Rica por la distancia a que se halla de Guatemala estaba menos expuesta a las maquinaciones del partido servil. Durante el régimen colonial Costa Rica estuvo abandonada. Ese abandono, si bien no le permitió que le quedaran palacios, grandes templos y murallas, tampoco dio lugar a que los españoles imprimieran allí su índole y sus costumbres. Por lo mismo los costarricenses han estado siempre más dispuestos que otras secciones de la América Latina a aceptar los progresos compatibles con las circunstancias del país.” (*Reseña*, I, 1878, p. 56)

En este otro fragmento se expresa en forma aún más explícita la interpretación de Montúfar sobre la especificidad de Costa Rica:

“Costa Rica es un país excepcional en lo que se llama América Latina. Su población es homogénea. No hay allí rivalidad de razas. [...] No vemos en Costa Rica millares de indios bárbaros dominados por curas sanguinarios y fanáticos. No existen las costumbres inveteradas y oscurantistas que encarnaron los Gobiernos de la casa de Austria y de Borbón en las capitales de los Virreinos y de las Capitanías Generales que se hallaban bajo la Corona de Castilla. [...]

“En Costa Rica no hubo condes ni marqueses. Jamás se conoció allí la nobleza titulada. Toda la aristocracia consistía en tres o cuatro familias de Cartago, que estando al nivel de las demás, se entretenían en contar anécdotas insignificantes en que hacían consistir la alcurnia de sus mayores.

“No hubo allí alto clero. El primer prelado eclesiástico era un Vicario sujeto al obispo de León de Nicaragua.” (*Reseña*, VI, 1887 (1888), p. 108)

En suma, según la *Reseña* las peculiaridades de El Salvador y Costa Rica en el contexto centroamericano radican en su particular herencia colonial que hizo menos nefastas las consecuencias del

trinomio: aristocracia, clero e indígenas. Ahora bien, aunque Montúfar no lo haga explícitamente, se puede intentar comparar El Salvador y Costa Rica.

El Salvador y Costa Rica en el espejo de Guatemala:

En el pensamiento de Montúfar, Costa Rica y El Salvador comparten la característica de ser más “modernos” que los otros países centroamericanos y sobre todo que Guatemala. Las ventajas que Costa Rica exhibe frente al Salvador son su supuesta “homogeneidad racial” y su posición geográfica en relación con Guatemala. Esta circunstancia la ha salvado de muchas desgracias que sí ha tenido que padecer el Estado del Salvador, escenario de conflictos militares instigados o importados desde los países vecinos sobre todo desde la Guatemala conservadora.

En este sentido, los conflictos políticos y militares que Costa Rica también conoció en el siglo XIX han tenido consecuencias menos desastrosas. En sus *Memorias Autobiográficas*, Montufar afirma: “Costa Rica es una de las secciones del continente americano en que se ha derramado menos sangre en luchas fratricidas, pero su historia nos presenta la guerra que sostuvo contra Walker en la cual tanto se distinguió.”⁵

⁵ Lorenzo Montúfar. *Memorias autobiográficas*. San José: Libro Libre, 1988 (1898), 264.

A pesar de esta evaluación positiva de la historia política de Costa Rica y de las virtudes que le atribuye a su pueblo, Montúfar no piensa exactamente lo mismo de sus elites. La Costa Rica de mediados del siglo XIX, la de los gobiernos del Doctor Castro Madriz y de Juan Rafael Mora, en su opinión, estaba dominada por círculos políticos proclives a violentar la Constitución y a hacer uso del golpe de Estado para dirimir sus diferencias. Por el contrario, pareciera considerar que, sobre todo en el periodo posterior a 1845, luego de la caída de Francisco Malespín, El Salvador era un país donde imperaban “paz, tranquilidad y orden” y el estado de derecho, y en donde se respetaba la Constitución. (*Reseña*, V, 1881, p. 370) En ese sentido, se podría decir que, para Montúfar, al menos en esa época El Salvador era un Estado más “democrático” que Costa Rica. Aquí conviene transcribir un fragmento de sus citadas *Memo-rias*:

“Barrios era entonces [1849] gobernador del Departamento de San Miguel. El me visitó un día en San Salvador y me dijo: ‘Aquí lo mortifica a usted mucho Vasconcelos, vámonos para San Miguel. Allá no manda él y yo le proporcionaré a usted algunas clases retribuidas para que pueda vivir cómodamente.’ Me hallaba escasísimo de fondos y esta manifestación me agradó infinito.

“Vasconcelos mandaba en todo el Estado, pero en absoluto como Carrera, sino

con las limitaciones que le imponían la Constitución y las leyes. Barrios tenía atribuciones que le eran propias y de las cuales no podía ser despojado por el Presidente. En la órbita de ellas estaban los ofrecimientos que me hacía.”⁶

⁶ Ídem, 186.

Conclusiones:

Como ya se dijo, la problemática de la formación de los Estados y de la invención de las naciones centroamericanas tal y como la entendemos los historiadores en la actualidad eran, obviamente, ajenas a las preocupaciones de Lorenzo Montúfar. Estas cuestiones eran para él un punto ciego porque construir el Estado y crear la nación en su perspectiva liberal eran una y la misma cosa. Su problema era la dificultad reiterada para fundar un Estado nacional en el conjunto del espacio centroamericano y no en cada uno de los Estados de la desaparecida Federación; proceso del cual fue testigo e incluso protagonista, pero que consideró inaceptable, ilegítimo y suicida.⁷

No obstante, a partir de la lectura de la *Reseña* se puede confirmar la existencia de una conciencia de la particularidad costarricense, bien arraigada ya a mediados del siglo XIX; del mismo modo que en esa misma época es posible que ya existiera una conciencia salvadoreña por oposición y por confrontación con Guatemala. Quede claro que lo que aquí estamos sugiriendo se refiere solamente a las elites de ambos

⁷ A propósito de la idea liberal de nación que dominó en Centroamérica hasta mediados del siglo XIX y que era la de Montúfar, el siguiente texto es ilustrativo: “Entonces [1838] se tenían diferentes ideas acerca de lo que debe constituir una nación. Se pensaba que un pequeño país con muy poca población no debía aspirar a inscribirse en el catálogo de las naciones.” (*Reseña*, III, 1879, 273)

países, porque a partir de la *Reseña* no es posible inferir lo que pensaban los sectores populares. Se podría formular la hipótesis de que la diferencia entre El Salvador y Costa Rica se refiere al *tempo* de la definición de su respectiva viabilidad como Estados-naciones. Como sabemos, en el primer país el unionismo era una tendencia poderosa, mientras que en el segundo era una idea con una mucho menor capacidad de convocatoria.

Habría que decir que la cuestión de la viabilidad de El Salvador es planteada de manera muy pertinente por el propio Montúfar en relación con su situación geográfica y con la circunstancia de no tener costas en el mar Caribe, a diferencia de los otros Estados del Istmo. Al respecto dice lo siguiente:

“Acontecimientos que no son centroamericanos libraron al Salvador de esta tutela.[La dependencia de su comercio exterior de los puertos de Honduras y Guatemala] Inaugurado el Ferrocarril de Panamá casi todo el comercio de la América Central se hizo por el mar Pacífico, en cuyas costas los salvadoreños tienen magníficos puertos.” (*Reseña*, IV,1881, p.298).

Esta circunstancia incrementó las condiciones de viabilidad del Salvador como Estado-nación ya que hizo posible el despegue del cultivo del café,

hecho que ha sido señalado por Héctor Lindo,⁸ y permitió al Estado salvadoreño en formación mayores márgenes de maniobra frente a su incómodo vecino. Por último, de la lectura de Montúfar se puede inferir que a mediados del siglo XIX, el proceso de formación del Estado, de centralización del poder político y militar y de construcción del aparato institucional, estaba bastante más avanzado en Costa Rica que en El Salvador.⁹

⁸ Héctor Lindo-Fuentes. *La economía de El Salvador en el siglo XIX*. San Salvador: Concultura, 2002.

⁹ Véase: Héctor Lindo-Fuentes “Los límites del poder en la era de Barrios”. En Arturo Taracena y Jean Piel. (Compiladores). *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica*. San José: EUCR, 1995. 87-96.

IX

CLASE OBRERA, PARTICIPACIÓN POLÍTICA E IDENTIDAD NACIONAL EN EL SALVADOR (1918-1932)

Introducción:

Esta ponencia tiene un carácter exploratorio y sistematiza preliminarmente una serie de información periodística sobre la historia social y política de El Salvador en la década de 1920. Se pretende llamar la atención sobre la presencia de un actor social y político popular en ese país que en aquellos años se autodenominó clase obrera, obrerismo, o simplemente artesanos. La idea de mostrar la existencia de algo puede parecer corta de miras o, en este caso, un lugar común. No obstante, creo que aun no se ha valorado suficientemente que la historia centroamericana de la primera mitad del siglo XX no se puede entender sin admitir la presencia y la incidencia de esta heteróclita constelación social de artesanos y obreros de sus principales núcleos urbanos. En lo que respecta a El Salvador, mostrar el protagonismo de este grupo social tiene como objetivo subrayar los orígenes o fundamentos urbanos de la insurrección campesina e indígena de 1932.¹

¹ En el presente esta ausencia ha sido subsanada con varios estudios, en particular dos recientes de Héctor Lindo: *1921. El Salvador en el año del centenario de la independencia*. San

Sería insuficiente hablar de algo como meramente existente. Por tal razón, se intentará describir el rostro de esta llamada clase obrera apelando a las expresiones que dejó en el escenario social y político salvadoreño de esa década. El lugar de mira serán las instituciones que forjó, es decir, sus agrupaciones sociales y gremiales. En dichas asociaciones participaban tanto pequeños patronos como asalariados y en ellas los primeros tenían el liderazgo.

También se le tratará de conocer por medio de sus formas de comportamiento colectivo y de protesta social y política. Aparte de explorar el rostro de estas multitudes, se intentará ver cómo se insertaron y fueron insertadas en la arena política dominada por la elite económica y política salvadoreña. De igual manera, se analizará la evolución del discurso sobre la nación en ese país en esos años y la forma en que los sectores obreros artesanales adoptaron y adaptaron ese imaginario. Finalmente, se intentará sacar algunas conclusiones sobre el condicionante urbano y obrero de la insurrección y la matanza de El Salvador en 1932.

En esta tentativa la fuente principal será el *Diario del Salvador* entre 1918 y 1932. Editada en la ciudad de San Salvador, esta publicación resultó particularmente rica en esta materia porque durante todo el periodo en estudio dio un seguimiento

Salvador: Editorial Delgado, 2021 y *El alborotador de Centroamérica: El Salvador frente al imperio*. San Salvador: UCA Editores, 2019.

cotidiano a las actividades de las agrupaciones obrero-artesanales y en general al fenómeno asociativo que parece haber sido muy efervescente en ese país en aquellos años. Con gran constancia el citado periódico publicó una sección o columna titulada *Gremios y Corporaciones* donde se daba cuenta de las actividades de las agrupaciones obreras y de sectores de clase media y se publicaban actas de las sesiones de sus juntas directivas y de sus asambleas generales, invitaciones, convocatorias, manifiestos, reportes de sus actividades recreativas y otros tipos de documentos. A la luz de esta fuente, el sector obrero-artesanal existía como actor social y político en El Salvador y su existencia era considerada legítima, necesaria y deseable, al menos mientras no se desbordó por las veredas del radicalismo social. La colección consultada es bastante completa salvo para el año 1922. También se ha revisado el *Diario Oficial* de El Salvador para los años 1920-1929, pero en este estudio no se ha incluido su información que consiste básicamente en estatutos de agrupaciones tales como clubes sociales, clubes deportivos, asociaciones obrero-artesanales y de sectores medios.

Por último, el periodo escogido se ubica entre el Congreso Obrero de 1918, celebrado en la localidad de Armenia ubicada en el Occidente salvadoreño, que representó un intento por federar todas las agrupaciones obreras salvadoreñas y que dio por resultado duradero la creación de la Unión Obrera

Salvadoreña (UOS).² El cierre en 1932 parece obvio porque en ese año acaba en forma abrupta este proceso de expansión de las formas de sociabilidad popular modernas en El Salvador, característico de los años 1920.

I.-Las asociaciones obrero-artesanales:

Como ya se dijo, leyendo el *Diario del Salvador* en la década de 1920 se constata la existencia de múltiples sociedades obrero-artesanales en San Salvador y en diversos centros urbanos de ese país. Por esta razón, se ha sistematizado dicha información periodística por medio de un listado y una contabilidad anual de las agrupaciones obreras sobre las cuales aparece alguna noticia en ese medio informativo. Evidentemente, este procedimiento conlleva múltiples riesgos y sesgos algunos de los cuales conviene señalar.

Para empezar, hay más información sobre la capital que sobre el resto del país, aunque este diario tenía corresponsales en las distintas ciudades salvadoreñas que con frecuencia enviaban noticias sobre las sociedades obreras de sus respectivas localidades. Esto es particularmente cierto, para el periodo que va hasta mediados de los años 1920. No obstante, considero que la información disponible sobre la ciudad de Santa Ana, la segunda de El Salvador en esos años

² *Diario de El Salvador* (en adelante *DES*), 6 de junio de 1918, p. 2.

y con una población no muy inferior a la de la capital, posiblemente subestima el número de asociaciones que allí existía. Tal vez el *Diario del Salvador* no informaba mucho sobre Santa Ana porque allí había una prensa diaria importante.

En segundo lugar, es posible que el citado medio brindara más información sobre las agrupaciones más importantes, más conocidas o más respetables como era el caso de la venerable Sociedad de Artesanos La Concordia, expresión de una clase media en formación. Por otra parte, sospecho que a medida que se fue radicalizando el sector obrero dirigido por la Federación Regional de Trabajadores de El Salvador (FRTS), que terminó siendo controlada por los comunistas, este periódico dejó de conceder espacio en sus columnas a sus diversas actividades. Quizás por eso por medio de la lectura de dicha publicación no es fácil conocer el número exacto de agrupaciones que integraban la FRTS.

Un problema adicional que presentan estas informaciones periodísticas es la fluctuación de los nombres que se le adjudican a las agrupaciones, imprecisión atribuible a familiaridad y a un descuido involuntario de los gacetilleros. En este sentido, ha sido necesario un arduo y lento trabajo de cotejo de nombres para hacer un espulgue de las organizaciones y para constituir una lista y una cifra que pareciera menos incierta. En todo caso se ha preferido pecar por subestimación que por sobreestimación para no inflar en forma artificial el fenómeno en estudio. Sirvan

estas advertencias para relativizar los datos que a continuación se ofrecen y se comentan.

Cuadro 1
EL SALVADOR:
SOCIEDADES OBRERO-ARTESANALES (1918-1931)
(distribuidas por ciudades)

Año	San Salvador	Santa Ana	Otras	Total
1918	13	9	29	51
1919	22	4	20	46
1920	29	6	19	54
1921	20	4	16	40
1922	05	2	01	08
1923	08	2	15	25
1924	15	5	13	33
1925	13	7	11	31
1926	14	0	15	29
1927	19	4	18	41
1928	12	1	06	19
1929	18	2	06	26
1930	11	0	18	29
1931	10	4	02	16

Fuente: Noticias del *Diario del Salvador*: 1918-1931.

Nota: se omite en esta versión el listado de las noticias que apoyan estos datos.

Para poder sacar algún provecho a este cuadro se debe explicar a qué se refiere. En primer lugar incluye los diversos tipos de agrupaciones gremiales tales como mutuales, sindicatos, cooperativas, sociedades de ahorro y organismos de segundo grado de esas agrupaciones, tales como federaciones o confederaciones. Las pocas sociedades de trabajadores del campo identificadas, vinculadas a la FRTS, han sido incluidas en estas cifras.

Excluye expresamente las agrupaciones electorales que con el nombre de "comité obrero pro" tal candidatura florecían en la coyuntura de las elecciones nacionales. Tampoco considera otro tipo de agrupaciones como las surgidas durante los años de fiebre unionista de 1920 y 1921, las Ligas Antiimperialistas de los años 1926 y 1927 y los partidos obreros fundados a inicios de la década de 1930, incluido el Partido Comunista.

Al criterio estrictamente gremial se ha agregado otro de tipo social más difícil de delimitar, ya que las asociaciones registradas en el cuadro son las propiamente de obreros y artesanos. De este modo, las organizaciones de los sectores de clase media en formación tales como las asociaciones de empleados públicos y de empleados de comercio no han sido contabilizadas. Da fundamento a este criterio la circunstancia de que tales sociedades casi nunca mostraron interés en vincularse a las actividades y a las instancias federativas de los sectores obrero-artesanales.

Una mención aparte merecen los sectores del magisterio que sí estuvieron vinculados a los procesos de agrupación federada de los obreros, al menos entre 1918 y 1925. No obstante, no se han incluido porque a medida que se radicalizó el proceso político salvadoreño se colocaron a distancia y porque al fin y al cabo eran empleados públicos. Tampoco se han considerado las asociaciones de estudiantes que florecieron en la segunda mitad de los años 1920 y que fueron un factor clave en el proceso de incremento de la tensión social y política, en el tránsito de la década de 1920 a la siguiente

En el cuadro se presentan las asociaciones obreras distribuidas por ciudades y asentamientos urbanos y no por divisiones de tipo territorial. Esta opción tiene por objetivo mostrar el predominio cuantitativo del fenómeno en la ciudad capital, pero también la importancia de la ciudad de Santa Ana y la presencia del movimiento asociativo en las otras ciudades de provincia de El Salvador. Estos datos no parecen acuerpar la hipótesis de la importancia de Santa Ana, pero, como ya dije, pienso que es un sesgo de la información que solo podría ser corregido si se consulta la prensa de aquella ciudad. Se insiste en mantener esta hipótesis porque Santa Ana fue una especie de foco de ideas de avanzada. Por ejemplo, el 1° de Mayo se celebró por primera vez en El Salvador en la ciudad de Santa Ana, en el año de 1923.³ Luego al año siguiente la festividad se celebró en San Salvador.

³ *DES*, 2 de mayo de 1923, p. 1 y *DES*, 4 de mayo de 1923, p. 1.

De igual manera, el fenómeno asociativo parece haber sido más importante en el Occidente que en el Oriente de El Salvador y no es casual que en esa región los comunistas alcanzaran mayor fuerza. Quizás sea significativo que la primera vez que se encontró en el *Diario del Salvador* una noticia sobre "propaganda comunista en una organización obrera" fue en 1925 y la asociación señalada fue la Sociedad Sindicalista Federada de Chalchuapa.⁴

En relación con el proceso asociativo en provincias en general, El Salvador parece ser el país centroamericano donde es menor la supremacía de la capital en términos cuantitativos. A diferencia de Costa Rica y de Guatemala, en múltiples pequeñas ciudades y en las cabeceras de Departamento existieron durante estos años asociaciones de carácter obrero-artesanal. La población salvadoreña de esos años mostró una gran disposición hacia diversos tipos de sociabilidad, pues no solo se multiplicaron las formas organizativas señaladas, sino también los centros sociales, los casinos, los clubes deportivos, etc. El fenómeno parece haber afectado a todas las clases sociales y, como parece sugerirlo el cuadro, las más diversas localidades del país.

No sería muy prudente tomarse demasiado en serio los valores absolutos de este cuadro con el fin de determinar las coyunturas de evolución del proceso organizativo obrero salvadoreño por el tipo de fuente que ha servido para construir sus datos. No obstante,

⁴ *DES*, 8 de octubre de 1925, p. 4.

es posible formular algunas hipótesis tentativas. Para empezar, las cifras para el cuatrienio 1918-1921 no están demasiado alejadas de la realidad por varias razones. En primer lugar, se dispone de datos bastante aceptables respecto a las agrupaciones que participaron en el Congreso Obrero de Armenia de 1918, cuando se fundó la Unión Obrera Salvadoreña (UOS). Las cifras de los años inmediatamente posteriores parecen ser bastante próximas a la realidad porque durante ese periodo el *Diario del Salvador* concedió particular relieve a las noticias relativas a las agrupaciones obreras, en consonancia con la política de cooptación y coqueteo con el movimiento obrero-artesanal del gobierno del presidente Jorge Meléndez.

En suma, es plausible afirmar que tras el Congreso Obrero de Armenia hubo un auge de las organizaciones laborales salvadoreñas que fue prohiado por el Estado y por los gobernantes. Recuérdese que el citado Congreso fue iniciativa de Arturo Araujo, el futuro efímero presidente salvadoreño, imbuido de ideas laboristas aprendidas en Gran Bretaña. Además, en esos años el Estado y las clases dominantes salvadoreñas habían asumido como inevitable la masificación de la política y pretendían ampliar las bases sociales del régimen político acudiendo al llamado obrerismo. Es conocido que en esa coyuntura también apareció la Liga Roja, instrumento del Partido Nacional Democrático, el de la dinastía gobernante de los Meléndez-Quiñonez.

Aunque se ha advertido que los datos para el año 1922 son parciales ya que corresponden única-

mente a los últimos cuatro meses, es posible afirmar que en ese año y el siguiente hubo un repliegue del proceso asociativo obrero-artesanal y en él intervinieron varios factores: el día 28 de febrero de 1921 hubo una manifestación popular en contra de una reforma monetaria del gobierno relativa a la moneda fraccionaria; dicha manifestación terminó con varios muertos y con la instauración del estado de sitio.⁵ En tales circunstancias, las relaciones del gobierno con las asociaciones obreras se agriaron. La fiebre unionista también parece haber jugado un papel en ese sentido pues se multiplicaron las acciones y movilizaciones obreras en favor de la proyectada unión centroamericana de 1921, en detrimento de la vida gremial. La campaña electoral de 1922 parece haber dividido a los sectores obreros lo cual fue agravado por la masacre de una manifestación del partido de oposición acontecida el 25 de diciembre de 1922. Según un manifiesto conjunto de la Confederación de Obreros de El Salvador y de la Unión Obrera Salvadoreña, publicado a fines de 1923, "muchas agrupaciones se han visto en la penosa situación de suspender sus labores" y el problema es atribuido a "los odios que engendra la política partidista".⁶

Las cifras posteriores son demasiado erráticas como para que puedan ser base para una interpretación sólida. Apenas se podría decir que después de 1924 hubo una recuperación del número de

⁵ *Diario Oficial*, 2 de marzo de 1921, p. 321.

⁶ *DES*, 13 de diciembre de 1923, p. 2.

agrupaciones que coincide con la fundación de la FRTS a fines de ese año y con los procesos de radicalización ideológica que empiezan a aparecer el año siguiente. La propia radicalización hace estas cifras menos confiables pues el *Diario del Salvador* se fue alineando rápidamente en una óptica anticomunista, de manera que no parece ser la mejor fuente para establecer el número de agrupaciones de la FRTS. Este supuesto es confirmado por la cifra de 1927, la más alta del quinquenio 1925-1930 que ha sido construida complementando la información del citado medio con datos de los primeros cinco números, únicos que disponemos gracias al diligente trabajo de inteligencia de la Legación de Estados Unidos en El Salvador, de *El Martillo*, publicación gremial de la FRTS.⁷ En fin, tal vez se le pueda otorgar algún crédito a la reducida cifra para el año de 1931 cuando ya el gobierno salvadoreño había iniciado una política sistemática de erradicación de la amenaza comunista, en especial en el Occidente del país.

II.-Patrones de participación política y social de la clase obrera:

La cifras presentadas y comentadas permiten hablar de la existencia de un movimiento obrero-artesanal en El Salvador que muestra una cierta visibilidad en el escenario social y político. Ahora se intentará señalar sus formas de integración a la política.

⁷ U.S. National Archives, Department of State 813.00 B 4.

Para entender la forma de la política del mundo obrero-artesanal salvadoreño de esos años conviene detenerse brevemente en sus patrones culturales. Se podría afirmar que estos grupos sociales son herederos directos de la Ilustración y de la Modernidad tal y como fue adoptada por los liberales centroamericanos en el siglo pasado. Ellos creen en la superación por la educación, en el fomento de las letras, en la evolución y en el progreso. Sus dirigencias piensan que la clase obrera debe ser moralizada y sus diversos vicios y defectos superados. Esta concepción moralista fue típica de las sociedades mutuales, pero fue mantenida por los sindicatos influidos por los comunistas y los anarquistas. A inicios de los años 20 el moralismo obrero llegó a tal punto de establecer la "ley seca" en sus festejos. Como anécdota jocosa se puede referir que en 1925 la Sociedad de Artesanos de Quezaltepeque presentó formal protesta porque la Cantina N° 4 de la localidad fue bautizada con el nombre de "Casino Estímulo Obrero".⁸

Tal vez convenga distinguir entre las formas en que las agrupaciones se integran al sistema político y la manera en que sus miembros se integran a los procesos de competencia electoral. En efecto, pareciera existir una paradoja pues en todos los estatutos de las sociedades obreras se establece expresamente que en su seno se prohíbe tratar asuntos de política y de religión. No obstante, dichas agrupaciones muestran una actitud de deferencia hacia las autoridades

⁸ *DES*, 28 de julio de 1925, p. 5.

del Estado y buscan sistemáticamente su protección. Tal actitud deferente es congruente con su cultura liberal-ilustrada.

Un mecanismo ampliamente utilizado es nombrar socio honorario de las agrupaciones al Presidente de la República, a sus ministros o a políticos connotados. Ya se dijo que Arturo Araujo fue el promotor del Congreso de Armenia de 1918. En consonancia con esta actitud deferente o respetuosa las asociaciones obreras rinden culto a los próceres liberales de la patria como el general Gerardo Barrios y el general Francisco Menéndez. En los años en estudio hubo al menos tres agrupaciones que se denominaron "Gerardo Barrios" y otra denominada "José Matías Delgado".

Tal vez no sea exagerado afirmar que para los sectores obrero-artesanales salvadoreños de esos años participación política es sinónimo de alguna forma de clientelismo político. Esto es igualmente cierto para los sectores de clases medias en formación como los empleados de comercio, los empleados públicos y el magisterio. Esta definición puede ser virtud, pero es también necesidad por la naturaleza autoritaria del sistema político salvadoreño de ese periodo. Las masacres de 1921 y 1922 fueron la respuesta del régimen a un movimiento popular que había traspasado los marcos de la deferencia, el paternalismo y el clientelismo político.

En el seno de las agrupaciones no se podía hacer política militante, pero sí estaba permitido rendir culto al régimen dominante y a sus representantes.

No obstante, durante las campañas electorales aparecían los "comités obreros pro" tal o cual candidatura. Aquí se ve claramente que el régimen requería de los grupos obreros para darle un contenido de masas a la competencia electoral y que éstos estaban dispuestos a participar en dicho juego por razones de conveniencia y también por razones de necesidad.

Ahora bien, a partir de 1927, con la llegada de Pío Romero Bosque a la presidencia, hubo un intento serio de apertura del régimen lo que posibilitó lo que podríamos llamar una especie de *destape* salvadoreño. En efecto, en estos años los sectores obrero-artesanales intentaron emanciparse de las redes del clientelismo mediante formas de política más autónoma y más reivindicativa. Contribuyó al nuevo fenómeno el ascenso de los sectores estudiantiles dentro del escenario social y político salvadoreño y la penetración de ideas y activistas radicales venidos del extranjero. En esa coyuntura ocurrió la radicalización de la FRTS que terminó siendo controlada por los comunistas a partir de 1929. La clave de la incapacidad del sistema para abrirse consistió en que no pudo procesar la eventual emancipación de la población rural. Así, se puede proponer que el fundamento último de la naturaleza de los sistemas políticos en América Central se encuentra en el patrón de relaciones sociales y culturales en que están insertos los sectores populares rurales. Según Jefferson Caffery, encargado de la Legación de Estados Unidos en El Salvador, en 1927 la FRTS había sido sometida a un estricto control de las autoridades policiales porque

había andado distribuyendo volantes comunistas entre los trabajadores agrícolas.

Un fenómeno interesante de señalar es que la huelga parece ser bastante marginal en los patrones de comportamiento de los sectores obrero-artesanales. Con base en la fuente consultada, entre 1919 y 1931 hubo apenas doce huelgas de asalariados en El Salvador, lo que hace un promedio de menos de una huelga por año. Cabe agregar que la mayoría de huelgas ocurrió después de 1925, lo cual estaría vinculado a los procesos de radicalización del movimiento obrero-artesanal. Por el contrario, las manifestaciones callejeras parecen haber sido un expediente de lucha mucho más frecuente.

En esta radicalización o en este *destape* de la época de Romero Bosque se encuentran los orígenes de la tragedia de 1932 y lo que he denominado sus fundamentos urbanos. En efecto, la radicalización de los estudiantes y de algunos sectores obreros llevó a la penetración de las ideas comunistas y esto fue definido como inaceptable para el liberalizado régimen salvadoreño, ya que desde el principio el comunismo fue definido como un mal que había que extirpar por cualquier medio y a cualquier costo. Frente al nuevo fenómeno no hubo en El Salvador ningún mecanismo específicamente político para neutralizarlo o cooptarlo. Hay aquí una semejanza con lo que ocurrió en Guatemala en esos años y una diferencia con Costa Rica en la década de 1930 y 1940.

Es posible que el factor determinante de esta incapacidad para neutralizar institucionalmente el

"peligro comunista" haya sido la circunstancia de que este empezó a penetrar en el mundo rural en el Occidente del país. Hay indicios de que en esa región aparecieron brotes de malestar rural y rumores de influencia comunista en ellos desde el año de 1929; tales brotes se agudizaron el año siguiente. Por ejemplo, en agosto de 1930 se publicó la siguiente noticia: "Conventículo de comunistas disuelto en Izalco".⁹ Así, hubo un proceso de difusión de la radicalización urbana hacia el mundo rural. Esta sería una de las particularidades del movimiento obrero-artesanal salvadoreño frente a los otros países centroamericanos: su penetración dentro de sectores del campo. Así el levantamiento de 1932 no fue una ciega *jacquerie*, sino un movimiento sin duda con componentes mesiánicos, pero alimentado y alentado por ideas e instituciones de la política radical obrera.

En síntesis, se puede afirmar que los patrones de participación social y política de los sectores obrero-artesanales salvadoreños y de otros grupos de las clases subalternas pasaron de la deferencia y la cooptación a una actividad más autónoma y reivindicativa y que dicha mutación no pudo ser asimilada por el sistema político salvadoreño, a pesar de la apertura política de Romero Bosque. De este modo, no fue una simple casualidad la circunstancia de que a medida que se fue radicalizando la vida política salvadoreña, el Ejército como institución y los militares como corporación fueron subiendo su perfil. El

⁹ *DES*, 13 de agosto de 1930, p. 1.

Círculo Militar, agrupación fundada en 1922,¹⁰ con propósitos bastante similares a los de los gremios de clase obrera y clase media, a fines de esa década se convirtió en una institución que comenzó a hablar como si ella encarnase no el interés de un grupo sino el interés general y en particular el del orden institucional.

III.-Clase obrera y discurso nacional:

Según Arturo Araujo la meta última del Congreso de Armenia, donde se intentó federar a las agrupaciones obreras de El Salvador, era la Federación de la América Central. De este modo, la unificación de todos los trabajadores salvadoreños sería el peldaño inicial para la unión de todos los países del Istmo. Tal criterio parece haber sido compartido por los delegados obreros que asistieron a dicho evento en 1918. Sobre la base de un discurso similar y en el marco del intento unionista de 1921 se fundó la Confederación Obrera Centroamericana (COCA) en 1921.

Por la fuente consultada se puede afirmar que el discurso unionista parece haber tenido mucha acogida entre los sectores obrero-artesanales salvadoreños del periodo en consideración. Por el contrario, resulta menos fácil determinar cómo se vinculaba esa

¹⁰ Sus primeros estatutos aparecen en el *Diario Oficial* del 7 de febrero de 1922, p.169-171.

perspectiva unionista con la identidad nacional salvadoreña en la conciencia de estos grupos sociales. Se puede sostener que desde 1924 distintos sectores sociales y el propio gobierno promovieron consciente y sistemáticamente un discurso sobre la identidad nacional salvadoreña. En el año 1926 este fenómeno alcanzó niveles auténticos de estridencia a tal punto que se fundó una sociedad llamada Cuscatlán cuyo lema era "El Salvador para los salvadoreños".¹¹ Además, se intentó desatar una auténtica fiebre de "cuscatlanofilia" mediante el rescate del folklore, el amor al paisaje y la idealización de las costumbres salvadoreñas. Esta parece haber sido la respuesta de las élites y de ciertos intelectuales frente al fracaso unionista de 1921.

Ahora bien, la invención de la nación salvadoreña no solo comportó este aspecto romántico sino que vino acompañada de una actitud de xenofobia y racismo contra los inmigrantes chinos. Tal xenofobia puede haber tenido si no origen por lo menos eco entre los sectores populares, ya que se argumentaba que los chinos se habían apoderado del pequeño comercio desplazando a las mujeres salvadoreñas que en él tradicionalmente se habían empleado. Un discurso similar circuló en la prensa de mediados de los años 1920 en contra de los otros centroamericanos que radicaban en ese país y que se empleaban en el gobierno. Así, por ejemplo, se propuso que solo podía enseñar la historia de El Salvador en las escuelas y

¹¹ *DES*, 7 de junio de 1926, p. 3.

colegios las personas salvadoreñas por nacimiento o por naturalización.¹²

En suma, se podría formular la hipótesis de que a medida que la agitación social fue en aumento, se incrementó la promoción de la identidad nacional salvadoreña en oposición a la tradicional perspectiva de la Patria Grande. En el discurso oficial siempre se dijo que los propagadores del comunismo no podían ser salvadoreños. De igual manera, fue con un discurso nacionalista salvadoreño que se intentó extirpar el comunismo inmediatamente antes e inmediatamente después de los sucesos de enero de 1932.

No obstante, es menos claro cómo asumieron los sectores obrero-artesanales la recién promovida “salvadoreñidad”. Un fenómeno que llama la atención es que durante todo el periodo en estudio no consta que se ejecutara el Himno Nacional de El Salvador en las ceremonias oficiales de las asociaciones obreras; ni que se rindiera un homenaje particular al pabellón nacional en esos mismos eventos. La norma era que el evento se iniciase con algún número de orquesta o marimba que en muchas ocasiones era el Himno de la agrupación en cuestión. En los mismos años en que se inició la propaganda nacionalista salvadoreña se extendieron las concepciones antiimperialistas en El Salvador, surgidas a inicios del siglo

¹² La invención de la nación salvadoreña fue muy bien analizada después de la redacción de este estudio por Carlos Gregorio López en su libro *Tradiciones inventadas y discursos nacionalistas. El imaginario nacional de la época liberal en El Salvador, 1876-1932*. San Salvador: Editorial Universitaria, 2007.

XX, de modo tal que una organización como la FRTS parece haber tenido más acentos antiimperialistas e internacionalistas que nacionalistas salvadoreños.

En todo caso, durante el periodo en estudio el fervor unionista de los círculos obreros en 1921 no encuentra ningún parangón con expresiones análogas de adhesión a la identidad cuscatleca. Por lo demás, en este punto difieren Costa Rica y El Salvador pues en 1921 mientras los grupos salvadoreños luchaban en favor de la unión del Istmo los sectores obrero-artesanales costarricenses se manifestaban predominantemente en contra de ella. En síntesis, no se podría sostener que la clase obrera salvadoreña estuviese exenta de un sentido de identidad nacional salvadoreña, pero se debe admitir que esta estaba condicionada por otros sentidos de pertenencia, como la nostalgia unionista. En esta óptica, como ya se dijo, los círculos obrero-artesanales de El Salvador eran buenos discípulos del liberalismo de su país del siglo XIX.

En fin, se puede afirmar que el nacionalismo salvadoreño se convirtió en un asunto de masas solamente tras los sucesos de enero de 1932. En esa coyuntura aparecieron las Guardias Cívicas y otras agrupaciones de extrema derecha que atrajeron a las capas medias. También en esa coyuntura represiva las viejas agrupaciones gremiales como la Sociedad de Artesanos "La Concordia", la Sociedad de Obreros de El Salvador Federada y la Confederación de Obremos de El Salvador se adhirieron a posiciones anticomunistas nacionalistas.

Conclusiones:

El Salvador en la década de 1920 parece presentar los rasgos de una situación de construcción de hegemonía que aborta por la presión del conflicto social o si se prefiere por el predominio de juegos de suma cero entre diversos actores sociales y políticos. En ese periodo se observa un complejo proceso de crecimiento de la sociedad civil y de auge de los espacios públicos, fenómenos cuyo origen remontan a 1900, como bien lo ha mostrado Héctor Lindo. Hay sin duda una eclosión de las formas modernas de sociabilidad que afecta tanto a ricos como a pobres, a ciudadanos y campesinos, a hombres y mujeres. Empero, la expansión de la sociedad civil y el ascenso de la participación ciudadana encontró límites precisos. Por un lado, el sistema no pudo asimilar la fuerza antisistema representada por los comunistas y los sectores sociales por ellos influidos. Por otro lado, en El Salvador liberal se daba por supuesto que la política moderna, como negociación, concesión y aceptación de la humanidad del adversario, no podía ni debía penetrar el mundo de los peones agrícolas y de los indígenas, que a pesar del mito salvadoreño del mestizaje seguían existiendo. En fin, por encima del compromiso de Pío Romero Bosque en favor de la competencia democrática, sus hijos predilectos, los militares, demasiado atareados como corporación, no tuvieron tiempo para asumir el compromiso democrático que su mentor proponía. Por último, hubo un personaje

que no estuvo a la altura de las circunstancias: Arturo Araujo y la constelación social y política que le dio el triunfo en las elecciones de 1931.

LA FORMACIÓN DE LOS SECTORES
MEDIOS URBANOS EN EL SALVADOR:
LA SOCIEDAD DE ARTESANOS
“LA CONCORDIA” (1872-1940)¹

Introducción:

En la historia de América Central la caída de las dictaduras en Guatemala y El Salvador, en 1944, ha sido relacionada con el ascenso social y político de las llamadas clases medias urbanas. De igual manera, los conflictos sociales y políticos de Costa Rica en la década de 1940 se han vinculado con un nuevo protagonismo de grupos medios urbanos, cuya primera expresión organizativa y política fue el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales, una de las fuentes del Partido Liberación Nacional de José Figueres Ferrer.²

¹ El autor agradece a la fundación BUNTSFIFT de Alemania por el apoyo que le dio para la finalización de este trabajo. También reconoce su deuda con Gabriela Villalobos y con Carlos Gregorio López quienes colaboraron en la recolección de información. Especial mención merece el recordado Guillermo Nañez Falcón de la Latin American Library de Tulane University donde esta investigación fue iniciada.

² Edelberto Torres-Rivas. *Interpretación del desarrollo social centroamericano*. San José: Educa 1971, 166 ss.

Curiosamente, a pesar del consenso existente en torno de esta interpretación son pocos los estudios históricos que se ocupen de analizar el proceso mediante el cual esos grupos emergieron en la estructura y en la vida sociales de los países centroamericanos en las décadas previas a la Segunda Guerra Mundial. Aún no sabemos cuando se formaron, que tipo de ocupaciones tenían, cuales habían sido sus relaciones con los gobiernos liberales de las primeras décadas del siglo XX y cuales vínculos habían tenido con los grupos obreros receptores de las ideas socialistas y revolucionarias.

El caso centroamericano no parece ser excepcional en el contexto latinoamericano porque son pocas las investigaciones históricas existentes, con adecuada base empírica, sobre la formación de las capas medias en el subcontinente.³ Aunque se debe reconocer que son menos escasos los ensayos sociológicos inspirados en las muy difundidas tesis de Johnson⁴ sobre el papel de las clases medias en el desarrollo político de la región.⁵

³David S. Parker. "White-Collar Lima, 1910-1929: Commercial Employees and the Rise of the Peruvian Middle Class". *Hispanic American Historical Review*. 72,1. 1992, 47-72.

⁴John J. Johnson. *Political Change in Latin America. The Emergence of the Middle Sectors*. Stanford University Press, 1958

⁵ Entre los más conocidos se encuentra "La crisis de las clases medias" de Jorge Graciarena, incluido en su libro *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1972.

Para El Salvador tenemos el estudio de Wilson⁶ que intenta dar una visión de conjunto sobre la formación de los sectores medios urbanos en la década de 1920, basado en las ideas de Johnson; y el trabajo de Parkman⁷ quien retoma el de Wilson y evalúa el papel de esos grupos en la caída de Maximiliano Hernández Martínez, en 1944. Estos estudios son excepcionales por su acento en las clases medias de ese país. No obstante, aunque aportan elementos, dejan aún muchas zonas de penumbra sobre el origen y la composición de estos sectores sociales, más allá de su insistencia en su carácter urbano.⁸

Este es el tipo de preocupaciones que han orientado esta monografía sobre la *Sociedad de Artesanos del Salvador “La Concordia”*, agrupación de vieja trayectoria en ese país que, por sus prácticas y sus discursos, y por su gran visibilidad en los espacios públicos durante el periodo liberal, parece haber sido muy representativa de los intereses de ciertos grupos medios y de su relación clientelista con el Estado y las

⁶ Everett A. Wilson. *The Crisis of National Integration in El Salvador, 1919-1935*. Tesis de Doctorado, Stanford University, 1970.

⁷ Patricia Parkman. *Nonviolent Insurrection in El Salvador. The Fall of Maximiliano Hernández Martínez*. Tucson: University of Arizona Press, 1988.

⁸ Tras la redacción de este trabajo, se publicó el importante libro de George I. García *Formación de la clase media en Costa Rica. Economía, sociabilidades y discursos políticos (1890-1950)*. San José: Editorial Arlekin, 2014.

elites económicas y políticas.⁹ Esta investigación se basa en la consulta del *Diario del Salvador (DES)* del periodo 1918-1932, disponible en microfilm en la Biblioteca Latinoamericana de la Universidad de Tulane.¹⁰ También se ha consultado el *Diario Oficial (DO)* de El Salvador, sistemáticamente en la década de 1920 y en forma puntual en el resto del periodo en estudio. *La Concordia* aún existe y en su local, ubicado en el centro de la ciudad de San Salvador, se localizaron los libros de actas de la junta directiva y de la asamblea general y fragmentos de su correspondencia, para el periodo 1909-1940. Pero también, hay documentación de su vida interna hasta el presente.¹¹

Además de *La Concordia* hubo otras asociaciones de categorías ocupacionales de los sectores medios urbanos, como los empleados públicos, los empleados de comercio y los maestros; y sociedades de artesanos, similares en la propia capital y en otras ciudades como Santa Ana, San Miguel y Santa Tecla.¹² En fin, durante las tres primeras décadas del

⁹ Una cuidadosa y detallada monografía similar a ésta, realizada con posterioridad, es la investigación de Luis Rubén González *Sociabilidad y organizaciones artesanales-obreras: la Sociedad de Artesanos El Porvenir de Santa Tecla, 1902-1932*. Tesis de Licenciatura, Universidad de El Salvador, 2012.

¹⁰ (Ver supra p. 186-187).

¹¹ Advierto que esto era cierto en 2004 y hoy ignoro si esta asociación aún existe.

¹² *Memoria de los trabajos de la Sociedad de Artesanos "El Porvenir" verificados desde el día 15 de junio de 1902 hasta la fecha*. Santa Tecla: Tipografía Católica, 1903. Usualmente los estatutos de estas sociedades aparecían publicados en el *Diario Oficial*,

siglo XX y sobre todo desde finales de la Primera Guerra Mundial hubo en El Salvador un notable desarrollo de las sociedades de obreros y artesanos, en comparación con los otros países centroamericanos.¹³ Este desarrollo asociativo afectó tanto a los sectores de trabajadores como de propietarios de pequeños talleres y manufacturas de las principales ciudades. En este sentido, al inicio tanto patronos como asalariados formaron parte de las mismas agrupaciones.

Fue sobre todo en la década de 1920 en que se produjo un proceso de diferenciación ideológica y social de las asociaciones, de manera que algunas mutuales se convirtieron en sindicatos, de nombre o de facto, que se radicalizaron ideológicamente bajo la influencia de las ideas anarquistas y comunistas, mientras que otras reafirmaron su orientación tradicional mutual y se enfrentaron a las nuevas formas de radicalismo obrero. Simultáneamente, otras agrupaciones subrayaron su carácter de asociaciones de sectores medios, leales al orden social y político imperante. Este fue el caso de *La Concordia*. Todas estas transformaciones constituyeron el contexto de la formación y ascenso de la Federación Regional de Trabajadores de El Salvador (FRTS), a mediados de los años 1920, y del nacimiento del Partido Comunista, en marzo de 1930. Cabe agregar que el fenómeno

véase, por ejemplo, “Estatutos de la Sociedad de Artesanos de San Miguel”, *DO*, 15 de enero de 1895.

¹³ Ver *supra*, Cuadro 1, p. 190.

asociativo fue principalmente urbano, aunque no exclusivo de las ciudades principales, y solo penetró en el campo a fines de los años 1920, por iniciativa de la FRTS y de los comunistas.¹⁴

Historia de *La Concordia*:¹⁵

Esta asociación de artesanos fue fundada en 1872 bajo los auspicios del gobierno del mariscal Santiago González y todo parece indicar que fue la primera agrupación artesanal de carácter mutual fundada, no simplemente en El Salvador sino en Centroamérica. No obstante, es interesante señalar la existencia de un antecedente. En efecto, el 22 de enero de 1860 se reunieron en el salón de la Universidad en San Salvador 213 maestros artesanos, invitados por el gobierno del general Gerardo Barrios. En dicha reunión fundaron la Sociedad de Artesanos de El Salvador y nombraron su primera Junta directiva. Es claro que la iniciativa de fundar la asociación provino de las autoridades. Aparentemente, esta

¹⁴ Erick Ching. "In Search of the Party: The Communist Party, The Comintern, and the Peasant Rebellion of 1932 in El Salvador". *The Americas*. 55:2, 1998, 204-239.

¹⁵ La información disponible permite conocer con detalle la historia de *La Concordia* en las cuatro primeras décadas del siglo XX; por el contrario, los datos de sus tres primeros decenios son bastante fragmentarios.

agrupación de vida efímera fue una predecesora de *La Concordia*.¹⁶

Los estatutos de 1899 permiten conocer la naturaleza de la sociedad. El artículo 2 señala: “La Sociedad se propone el mejoramiento moral, intelectual y material de sus miembros, y en especial de toda la clase obrera, fomentando la instrucción, mejorando las costumbres, ejerciendo la beneficencia y cultivando la amistad.” En el artículo 3 se dice que la sociedad tendrá una caja de ahorros, una biblioteca y sala de lectura y una escuela nocturna. En el artículo 5 se señala que la sociedad organizará concursos o certámenes industriales. Como consta, se trata de una típica mutual, integrada por artesanos, posiblemente patronos o trabajadores por cuenta propia. Al respecto, es significativo que en el artículo 20 se dice que el presidente, vicepresidente y vocales serán artesanos. Esta disposición ya no aparece en la nueva versión de los estatutos de 1918 posiblemente porque en las primeras décadas del siglo XX la sociedad fue acogiendo en su seno a militares, profesionales y educadores.¹⁷

¹⁶ Miguel Ángel García. *Diccionario histórico-enciclopédico de la República de El Salvador*. Tomo 2. San Salvador: Imprenta Nacional, 1954, 44-46.

¹⁷ *DO*, 21 de noviembre de 1899. También se localizaron los estatutos reformados de 1884, 1907, 1918 y 1941; véase: *DO*, 29 de abril de 1884; 18 de noviembre de 1907; 31 de julio de 1918 y 4 de enero de 1941.

En 1874, *La Concordia* abrió una escuela nocturna y otra diurna para artesanos.¹⁸ La situación de la sociedad fue más bien precaria en sus primeros años. Así, en 1878, el presidente convocó a la asamblea general para “reorganizar” la sociedad.¹⁹ y en 1886 su secretario, Francisco A. Funes, luego destacado político salvadoreño, solicitó el apoyo del gobierno para imprimir la papelería en la Imprenta Nacional con el fin de “organizar de manera formal y definitiva la referida sociedad”.²⁰ Desde su creación la agrupación tuvo un edificio propio el cual fue destruido por un terremoto en 1873; en 1883 el gobierno salvadoreño determinó financiarle la construcción de una nueva sede.²¹ Sucesivos terremotos dañaron este edificio; por eso, a lo largo del periodo en estudio una actividad constante fue la reparación y el mantenimiento del local. Contaba con una sala de sesiones, una sala de lectura y un aula para la escuela nocturna. En la década de 1930, la administración del edificio fue casi la única razón de ser de la asociación.

¹⁸ *Informe que la Comisión Directiva de la Escuela Nocturna de Artesanos dió a la Junta General de la Sociedad de Artesanos de San Salvador, en la sesión del 3 de enero de 1875, sobre la fundación y estado de las escuelas nocturna y diurna durante el año de 1874, 3° de la Sociedad.* San Salvador: Imprenta Nacional, 1875.

¹⁹ *DO*, 1° de diciembre de 1878.

²⁰ Miguel Ángel García. *Diccionario* op. cit. Tomo 3, 92-93.

²¹ Dr. Rafael Zaldívar. *Recopilación de documentos históricos relativos a su administración.* Tomo II, San Salvador: Ministerio de Educación, 1977, 132-33.

En febrero de 1904, *La Concordia* acordó fusionarse con otras sociedades artesanales de San Salvador, la “Excelsior”²² y la Unión de Obreros, pero luego en marzo de ese año revocó su decisión. No obstante, a consecuencia de esa fallida unión la sociedad perdió su local, situación que la llevó a un largo litigio con la denominada *Sociedad de Artesanos del Salvador*, entidad surgida de la abortada fusión. El litigio se resolvió en forma favorable para *La Concordia* en 1913.²³ En la década de 1910 se ubica la etapa de mayor esplendor de *La Concordia*. En 1911 tomó la iniciativa de hacer un monumento y rendir culto patriótico al ex-presidente Francisco Menéndez y participó activamente en las conmemoraciones del centenario del “Primer Grito de Independencia”.²⁴ En general, la agrupación gozó del apoyo de los gobiernos de la dinastía de los Meléndez-Quiñónez. Al recuperar el local en 1914 abrió una biblioteca y reactivó la escuela nocturna de artesanos. En 1915 y 1916

²² “Estatutos de la Sociedad de Artesanos ‘Excelsior’”, *DES*, 25 de julio de 1901.

²³ Archivo General de la Nación (San Salvador), Sección Indiferente # 7, Documento 3, 1913: Juicio civil ordinario promovido por la Sociedad de Artesanos La Concordia contra la Sociedad de Artesanos del Salvador, a efectos de que le restituya unos bienes (Cámara de tercera instancia, San Salvador, 12 de diciembre de 1913).

²⁴ *Álbum del Centenario*. San Salvador: Imprenta Nacional, 1912, p. 214 ss. Véase también “Reglamento del Comité Central “General Francisco Menéndez”, *DO*, 28 de febrero de 1912 y el folleto *Francisco Menéndez. El por qué de la estatua*. San Salvador: Imprenta y Encuadernación de José B. Cisneros, 1912.

la sociedad patrocinó certámenes y exposiciones industriales, que tuvieron gran resonancia en la prensa salvadoreña. En 1916, pagó publicidad para figurar en el *Libro Azul*.²⁵ En esos años era considerada como la sociedad de artesanos más antigua, más respetable y más influyente del país. Su dinamismo en este periodo es atribuible en gran medida al liderazgo del coronel Salvador Ciudad-Real, primero secretario y luego presidente del Consejo Directivo.²⁶

En la década de 1920 *La Concordia* atravesó un periodo de reflujo. Por lo menos entre 1922 y 1927, hubo poca participación de sus asociados en la vida de la agrupación y tuvo un perfil más bien bajo en el escenario nacional.²⁷ A partir de 1927, con la llegada a la presidencia de la República de Pío Romero Bosque, la agrupación encontró un segundo aliento. Así, por ejemplo, tomó la iniciativa de la declaratoria del “Día del Maestro”, celebración que hizo coincidir

²⁵ L. A. Ward. (Compilador y Editor). *Libro Azul de El Salvador*. San Salvador: Bureau de Publicidad de la América Latina, 1916, p. 352. Aquí aparece una composición fotográfica cuyo título es: *Primera exhibición de la Sociedad de Artesanos “La Concordia”*.

²⁶ Sociedad de Artesanos del Salvador “La Concordia”. *Actas de la Junta General, 1911-1915*, 189 folios, *Correspondencia, 1909-1916*, 191 folios y *Actas del Consejo Directivo, 1914-1928*, 299 folios.

²⁷ En 1922 *La Concordia* era considerada la “decana de las agrupaciones obreras salvadoreñas.” *DES*, 25 de setiembre de 1922.

con la fiesta consagrada a Francisco Menéndez, el 22 de junio.²⁸

No obstante, fue en la década de 1930, en particular después de la matanza de 1932 y el ascenso de la dictadura de Maximiliano Hernández Martínez cuando la agrupación perdió toda presencia en la vida nacional; la escuela nocturna fue cerrada y la biblioteca también. A diferencia de todos los presidentes que lo precedieron, incluido el efímero Arturo Araujo, el dictador nunca participó en acto alguno de *La Concordia*. De todos modos, la junta directiva de la sociedad no sesionó durante la mayor parte de 1932, por razones obvias. Su decadencia no se puede atribuir a la represión porque después de ese año funcionó sin mayor interferencia de la dictadura y su pérdida de vigencia fue resultado más bien de una cierta indiferencia que el dictador mostró frente a ella. Así, la sociedad se convirtió en un pequeño grupo que administraba un local, ubicado en un sector empobrecido de la capital, en donde, sobre todo después de 1936, se realizaban bailes populares.²⁹ En

²⁸ Sociedad de Artesanos del Salvador “La Concordia”. *Actas del Consejo Directivo, 1928-1940*, 135 folios y *Actas de la Junta General, 1928-1931*, 200 folios. En general, las actas de las asambleas generales son más ricas en información que las actas de las sesiones de la junta directiva y desgraciadamente no se encontró el libro de actas de las asambleas generales para la mayor parte de la década de 1920. La carencia se compensó parcialmente con la información localizada en el *Diario del Salvador*.

²⁹ Sociedad de artesanos del Salvador “La Concordia”, *Actas de la Junta General, 1931-1938*, 141 folios e *Ídem, 1938-1940*, 151 folios.

la actualidad [2004] es un centro social de artesanos y profesionales que ya no tiene el brillo de antaño, pero que preserva con mucho orgullo el distintivo de ser una institución muy antigua. Es interesante señalar que su historia ha sido reinventada, ya que afirma haber sido establecida en 1860, cuando en realidad todas las sucesivas versiones de sus estatutos dicen claramente que fue fundada en 1872. Quizás, esta confusión esté en relación con el intento de fundación ya indicado de 1860.

Composición social:

La Concordia agrupaba a unas decenas de personas, probablemente alrededor de una cincuenta y no más de una centena, por lo que se puede inferir del número de asistentes a las asambleas generales anuales, donde había militares, educadores y algunos profesionales, pero en ella predominaban los propietarios de talleres artesanales o, si se prefiere, los pequeños industriales. Esto parece bastante evidente al menos en la década de 1910.³⁰ Por ejemplo, en el ya citado *Libro Azul*,³¹ texto de publicidad en donde el

³⁰ Lamentablemente no se pudo encontrar en la documentación de la agrupación una lista de sus asociados y de sus ocupaciones en ningún momento del periodo en estudio; aunque sí se dispone de los nombres de los integrantes de sus sucesivas juntas directivas y de las personas que participaron en las asambleas generales en que estas fueron electas. Por tanto, su composición social se ha abordado con materiales dispersos e incompletos.

³¹ Ward. *Libro Azul* op. cit, 182, 249, 265, 271 y 278.

anunciante tenía que pagar, encontramos a las siguientes personas integrantes de *La Concordia*:

- Francisco A. Funes, abogado, periodista y político, secretario de su junta directiva en 1886.

- Leopoldo Cuéllar González, propietario de la Gran Peluquería y Perfumería “El Comercio”, fue regidor de la Municipalidad de San Salvador y tesorero de la sociedad en 1916.

- Alberto Casati, propietario de un taller de platería, francoparlante, tesorero de la asociación entre 1921 y 1923.

- Manuel Bertrand, propietario de un taller de sastrería, presidente de *La Concordia* en el periodo 1913-14.

- Joaquín Mancia Varela, propietario de un taller de sastrería.

Mención especial merece Salvador Ciudad Real, presidente de *La Concordia* en varias ocasiones en las décadas de 1910 y 1920, de gran ascendiente en la agrupación. En 1927 publicó en San Salvador un folleto titulado *Industria de la seda (Sericultura)*, impreso por la Subsecretaría de Industria y Comercio, folleto que fue distribuido gratuitamente por el gobierno con la intención de “despertar la iniciativa industrial en los habitantes de la República”. (p. I) y con la esperanza de que El Salvador “llegue a ser en no lejano tiempo, la Bélgica de Centro América, por su producción industrial.” (p. II) Ciudad Real tenía una finca cerca de San Salvador en la que sembró la morera e instaló una industria en su casa de habitación. Mostró sus productos en los dos certámenes que *La*

Concordia organizó en 1915 y 1916. Sin embargo, según se dice en el folleto citado, “vino un señor Bartan Osigian al país, de origen turco, en el año 1921, y protegido por el Director General de Agricultura de aquel tiempo, vendió árboles de morera y explotando a muchos agricultores del país, hizo quebrar la industria ya establecida y se marchó con buena cantidad de colones.”

En 1917, Ciudad Real era el presidente de *La Concordia* y el periodista Alejandro Bermúdez lo describía en los siguientes términos: “Ciudad Real es herrero, tenedor de libros, oficinista, agricultor y soldado. En todas esas capacidades ha sabido descollar.”³² Durante el gobierno de Romero Bosque alcanzó el grado de general de la fuerza de reserva y en la dictadura de Hernández Martínez ocupó varios cargos políticos y militares entre ellos el de gobernador de Sensuntepeque, Sonsonate, Cojutepeque, Ahuachapán y San Vicente.³³ En la década de 1930, aunque siguió perteneciendo a la agrupación, Ciudad Real se alejó de ella. Es interesante señalar que, en 1932, Ciudad Real ingresó a la Sociedad Cooperativa “Gerardo Barrios 29 de agosto”, agrupación parecida

³²Alejandro Bermúdez. *El Salvador al vuelo*. San Salvador, 1917, 176-77. Una foto de Salvador Ciudad-Real aparece en la página contigua a la 166, no numerada, de esta obra.

³³Jorge Ramírez Chulo. *Tres contactos para una superación en el Coronel Salvador Ciudad Real*. Sonsonate: Imprenta y Editorial Excelsior, 1943. Se trata de una breve semblanza escrita por un educador. Desgraciadamente, el texto es más bien pobre en información.

a *La Concordia*, pero en la que parecen haber predominado militares.³⁴ Hay que indicar que algunos miembros de *La Concordia* también eran integrantes de otras asociaciones como el Ateneo, las agrupaciones magisteriales³⁵ u otras organizaciones mutuales o culturales.

También pertenecieron a *La Concordia* tipógrafos e impresores que, como es frecuente, eran a su vez aficionados a las letras. Tal es el caso de Juan Antonio Solórzano, periodista del *Diario del Salvador*, fallecido en 1921, y a quien ambas instituciones le organizaron unos funerales solemnes. El poeta Solórzano, “incansable obrero de la inteligencia”, compuso himnos tanto para su propia agrupación como para varias sociedades obreras de El Salvador.³⁶

Adrián Meléndez Arévalo, tipógrafo, literato aficionado y propietario de imprenta fue una de las figuras más influyentes de la agrupación, como Salvador Ciudad Real, desde inicios de la década de 1910 y hasta fines de la década de 1930. Estuvo muy relacionado con la dinastía de los Meléndez-Quiñónez y fue alcalde y regidor de la Municipalidad de San

³⁴ Gerardo Barrios. *Órgano de la Sociedad Cooperativa “Gerardo Barrios 29 de agosto”*. San Salvador, 29 de agosto de 1932.

³⁵ *Estatutos de la Sociedad Filotécnica “Los Veintiuno” de San Salvador, C.A.*, folleto sin pie de imprenta, 1928. En esta asociación de educadores figuran varias personas integrantes de *La Concordia*: Francisco R. Osegueda, Marco Tulio G. Terezón y Napoleón D. Cañas.

³⁶ *DES*, 12 de marzo de 1921 e *Ídem* 14 de marzo de 1921.

Salvador y diputado en el Congreso.³⁷ En la campaña electoral de 1918 Meléndez Arévalo editó *El Aventino. Semanario Político. Órgano del Comité Central de Obreros Quiñonistas*.³⁸ Publicó varias novelas; fungió como una especie de orador oficial de *La Concordia* y escribió su historia a fines de la década de 1920.³⁹ En junio de 1939, la agrupación organizó un homenaje en honor de Meléndez Arévalo, con la asistencia de delegados de distintas asociaciones obrero-artesanales, en el cual el orador principal afirmó: “Meléndez Arévalo debe servir de ejemplo al obre-rismo pues es una persona que por sus propios méritos y amor al trabajo ha logrado destacarse.”⁴⁰

En 1919, un miembro de la directiva denunciaba “el proletariado de levita” que vivía del presupuesto nacional. Empero, a finales de la década de 1920, los sectores magisteriales adquirieron influencia dentro de *La Concordia*. Así, en 1928, en sesión celebrada el 4 de marzo, la junta directiva acordó:

³⁷ Ward. *Libro Azul*, op. cit, 275.

³⁸ Se encontró el número 12 de esta publicación, fechado el 15 de agosto de 1918.

³⁹ Para dar un ejemplo, Meléndez Arévalo escribió el mensaje en el homenaje que *La Concordia* ofreció en los obsequios del ex-presidente Carlos Meléndez, véase: *Ateneo de El Salvador. Revista de Ciencias, Letras y Artes*. VII, 72-73, 1919, 1383-1384. Entre sus obras podemos citar, *El 63: episodios nacionales histórico-novelescos*. San Salvador: Imprenta Arévalo, 1916. El héroe de esta novela es precisamente Gerardo Barrios. Desgraciadamente no se pudo localizar su historia de *La Concordia*.

⁴⁰ Sociedad de Artesanos del Salvador “La Concordia”. *Actas de la Junta General, 1938-1940*, folio 69.

“Pedir a la Asamblea Nacional que decrete el día del maestro el 22 de junio, fecha en que se culminó la revolución del General Francisco Menéndez”.⁴¹ Para este efecto se creó un comité pro Día del Maestro. La asociación participó en esos festejos durante los años de 1929 y 1930.

En suma, en *La Concordia* predominaban los pequeños patronos industriales, “artesanos” e incluso “obreros” eran llamados en la época, pero en la que tuvieron cabida sectores profesionales, militares, magisteriales y empleados del Estado. Se trataba de personas procedentes de grupos ocupacionales que tomaron auge en El Salvador en el periodo liberal, a fines del siglo XIX y a inicios del siglo XX, y que usualmente son englobados en la categoría de sectores, grupos o clases medias urbanos. Aunque las fuentes no permiten saber su proporción, ciertamente que en *La Concordia* también participaron artesanos no propietarios, posiblemente en una posición subordinada.⁴²

Ideas sociales y políticas

Como era frecuente entre los círculos obreros y artesanales centroamericanos, el liberalismo era su matriz ideológica implícita, aunque no siempre

⁴¹*DES*, 7 de marzo de 1928.

⁴²En efecto, en las Actas hay acuerdos de dar una pequeña ayuda pecuniaria a socios que se encuentran en un estado de mucha pobreza.

verbalizada, y tal fue el caso de *La Concordia*. Así, se debe decir que en su documentación son más bien raros los pronunciamientos ideológicos explícitos, fenómeno que está en relación con la circunstancia de que sus estatutos, como los de todas las mutuales y asociaciones similares del periodo, prohibían la discusión de temas políticos y religiosos en su seno. En 1882, dos delegados suyos, invitados por el gobierno, participaron en las ceremonias de inauguración del primer ferrocarril de El Salvador, que unió Acajutla con Sonsonate. Pascual Monterrosa, uno de los delegados, pronunció un discurso en donde dijo, entre otras cosas: “Hace algún tiempo en el Salvador se libra una gran revolución, la del progreso, llevando por bandera la paz y por objetivo el trabajo.”⁴³

En 1919, en el acto de toma de posesión de la nueva directiva, el socio Adrián Meléndez Arévalo hizo una alocución, distribuida en el acto en forma impresa. Aquí se expresan las ideas claves de la organización, tributarias del liberalismo: el mejoramiento moral y material del obrero, mediante el propio esfuerzo, la superación por la educación y una visión evolutiva de la sociedad. Pero, además, este es el único texto disponible en donde se expresa una posición ideológica definida por parte de la agrupación, en el cual se denuncia el comunismo apoyándose en el cristianismo, hecho curioso porque las agrupaciones obrero-artesanales del periodo eran bastante laicas, y *La Concordia* no fue una excepción:

⁴³ DO, 9 de agosto de 1882.

“He ahí por qué, señores, los miembros de la institución en cuyo nombre hablo, no pertenecen a la falanje (sic) demoledora que, al sangriento fulgor de la bandera roja, predica el amor libre y la comunidad de intereses; ese procedimiento es un socialismo brutal que, por el mismo hecho, no descansa o, mejor dicho, no es un corolario de las doctrinas que tuvieron su sanción hace veinte siglos en el Monte Calvario.”⁴⁴

En 1919, la asociación solicitó al gobierno la protección para “los obreros tejedores contra la enorme competencia de una fábrica de tejidos que en esta capital ha monopolizado esa industria y que tiene a aquellos en indignancia por no poder contrarrestarla”. Proponía que se solicitaran “pequeñas máquinas al exterior, que se vendan a esos industriales a precio de costo” o que se restringiera “la fabricación de telas que puedan hacerse por nuestros tejedores.” Posteriormente, la directiva de *La Concordia* acordó crear una comisión permanente “para el estudio del

⁴⁴ *DES*, 17 de setiembre de 1919. En marzo de 1914 durante una asamblea de *La Concordia*, Meléndez Arévalo “pronunció una disertación escrita por él, en la que patentizó la actitud imperialista del gobierno yanqui y la manera de conjurar el mal. Fue muy aplaudido al concluir su lectura por la concurrencia.” Esta sería una de sus pocas tomas de posición política radicales. Sociedad de Artesanos del Salvador “La Concordia”. *Actas de la Junta General, 1911-1915*, folio 95 vuelta.

fomento de las pequeñas industrias.”⁴⁵ En dichas iniciativas proteccionistas se manifiestan en forma explícita preocupaciones muy propias de los artesanos propietarios.

Antes y después de la matanza de 1932, *La Concordia* mostró firmemente su posición anticomunista.⁴⁶ También algunos de sus miembros se sumaron a la cruzada emprendida por la dictadura de Hernández Martínez. Por ejemplo, el profesor Francisco R. Osegueda, presidente de la agrupación en el periodo 1928-29, en febrero de 1932 pronunció un discurso radiofónico sobre el campesinado y las “doctrinas disociadoras” comunistas.⁴⁷ Durante la década de 1930, como fue el caso en los decenios anteriores, *La Concordia* fue muy deferente con el gobierno, pero la dictadura, como se dijo, se mostró indiferente con la agrupación.

En suma, se puede afirmar que *La Concordia* compartía los ideales liberales e ilustrados de mejoramiento moral del obrero por medio de la educación

⁴⁵ *DES*, 7 de octubre de 1919 e *Ídem*, 22 de diciembre de 1919.

⁴⁶ *La Concordia* no estuvo sola en su lucha contra el comunismo; así, en 1931, la Sociedad de Zapateros Propietarios anunció que se propondría “contrarrestar las exigencias de los asalariados y las doctrinas comunistas.” *DES*, 30 de mayo de 1931.

⁴⁷ “Observaciones sobre la vida del campesino salvadoreño de otros tiempos y la del campesino actual. Estudio leído por su autor Don Francisco R. Osegueda, en la radio difusora de esta capital, después de los sucesos comunistas del mes de enero del presente año”, *Revista del Ateneo de El Salvador*. XX, 143, 1932, 11-15.

y la superación personal.⁴⁸ Las ideas sociales radicales siempre le fueron totalmente ajenas. Este sería otro indicio del carácter de representante de sectores medios de la agrupación, carácter que en un par de ocasiones fue enunciado por sus mismos integrantes. En efecto, en 1918, en un artículo publicado en el *Diario del Salvador*, el ya citado Ciudad Real decía: “Así, el artesano salvadoreño marcha con paso firme por el sendero que la civilización señala, hasta colocarse en el puesto que ocupar debe en el concierto de las modernas sociedades. Con sus cajas de ahorro y bancos populares, día llegará en que se bastarán a sí mismos para sostenerse y hacerse respetar de la burguesía.”⁴⁹ En este texto, Ciudad Real brinda ejemplos de los procesos de movilidad social ascendente vividos por los artesanos desde la llegada de los liberales y desde la fundación de su asociación. Así, los artesanos “han logrado ocupar honoríficos e importantes puestos en la Administración Pública”.

No obstante, hay otro testimonio aún más explícito de la conciencia de clase media de las personas que participaban en *La Concordia*. En efecto, en 1929, en el acto de toma de posesión de la nueva directiva, el presidente, Bachiller Domingo Melara, pronunció un discurso en el cual sostuvo:

⁴⁸ En 1920 *La Concordia* participó con otras sociedades mutuales y con el respaldo del gobierno en la creación del “Comité permanente pro-moralidad pública” para combatir los vicios del alcoholismo, el juego y la prostitución. *DES*, 12 de enero de 1920.

⁴⁹ *DES*, 8 de mayo de 1918.

“...me siento íntimamente satisfecho de pertenecer a esta agrupación de la llamada clase media. Clase media, no porque sea incapaz de elevarse a las alturas del pensar y a las excelsitudes del sentimiento; clase media no porque sea incapaz de descender hasta las obscuridades de la miseria, en que pululan y gimen los de abajo [...] clase media, repito, señores, porque en la lucha por la vida pone igualmente a contribución su brazo y su cerebro, porque recurre al mismo tiempo al nervio y al espíritu. Y precisamente porque la supervivencia le ha impuesto la necesidad de disciplinar todas sus facultades, es la clase media la llamada a manejar un día los destinos del mundo.

“Pero para esto se necesita organizarla, compactarla sobre las bases de la armonía y el orden.”⁵⁰

En octubre de 1932, meses después de la matanza, *La Concordia* envió una circular a las otras sociedades obreras de El Salvador manifestándoles su disposición a colaborar y mantener relaciones cordiales con ellas. Esta fue una respuesta típica de la agrupación durante todo el periodo en estudio. En

⁵⁰ *DES*, 17 de setiembre de 1929. En esa ocasión Romero Bosque atribuyó a *La Concordia* “el impulso que tiene el obrerismo en la actualidad.”

efecto, trató de mantener relaciones cordiales con las asociaciones obreras y apoyó algunos de sus esfuerzos conjuntos. Por ejemplo, envió un representante al congreso obrero de Armenia de junio de 1918, en el cual la mayoría de las agrupaciones salvadoreñas se confederaron. Empero, nunca se integró en un organismo federativo y siempre mantuvo su independencia organizativa en relación con las otras asociaciones de trabajadores.

La Concordia sostuvo un vínculo más permanente y cotidiano con las asociaciones obreras por medio del préstamo o alquiler de su local, tanto para que sus juntas directivas sesionaran como para la realización de eventos sociales como bailes y fiestas. En general, siempre accedía a la solicitud, pero en algunas ocasiones la denegó por motivos ideológicos. En marzo de 1931 la directiva aprobó un reglamento para el uso de su local por parte de otras asociaciones obreras cuyo artículo II decía lo siguiente: “En el local de la sociedad no se aceptan ni se toleran propagandas comunistas, ni huelgas, ni ningún otro trabajo que comprometa sus intereses sociales.”⁵¹

La Concordia, las clases dominantes y el Estado

En 1930, en un contexto de conflictividad social y política creciente, *La Concordia* publicó una aclaración diciendo que no tenía participación en la

⁵¹ Sociedad de Artesanos del Salvador “La Concordia”, *Actas de la Junta General, 1928-1931*, folios 197-98.

política militante, lo cual era, en efecto, formalmente congruente con sus estatutos. Dicha prohibición no significa que la agrupación no haya tenido vinculaciones con el Estado, la clase política y la clase empresarial. Por el contrario, sus miembros estaban ávidos de respetabilidad y reconocimiento social y los grupos dominantes estaban interesados en encontrar bases de legitimidad social. Así, hubo un encuentro entre ambas partes en donde se estableció una relación de paternalismo del poder y deferencia de estos sectores medios en formación; situación en donde la respetabilidad se conseguía a cambio de la subordinación y el sometimiento.⁵² El clientelismo fue un rasgo muy propio de la política salvadoreña durante el periodo de los Meléndez-Quiñónez, aunque se observa una diferencia en la manera de relacionarse con las élites de los grupos urbanos frente a los sectores rurales, diferencia que se expresa en la circunstancia de que los grupos urbanos de artesanos, obreros, empleados y burócratas se sentían más próximos y podían tener un contacto más directo con quienes controlaban el poder político, aunque, obviamente, siempre desde una posición subordinada. La participación activa de estos grupos en los procesos electorales y en la vida política en general brindaba una

⁵²Las relaciones entre grupos sociales desiguales pueden ser de conflicto, deferencia, cooperación y apatía. Véase R. J. Morris, *Class and Class Consciousness in the Industrial Revolution, 1780-1850*. Studies in economic and social history, London: MacMillan, 1979, 31.

fachada democrática a estos gobiernos y les otorgaba cierta legitimidad.⁵³

Los presidentes de la república asistían o enviaban delegados a la toma de posesión anual de la directiva de la sociedad. Así, en 1929, el presidente Pío Romero Bosque inauguró una nueva ala de su edificio.⁵⁴ En esta ocasión se brindó con champaña. Romero Bosque era, además, presidente y socio honorario de la organización, recurso que *La Concordia* utilizó con frecuencia, tanto con otros gobernantes como con políticos y empresarios. Durante el periodo en estudio todos los presidentes salvadoreños, incluido Hernández Martínez fueron socios honorarios de la asociación. En el salón de honor de su edificio había una galería de retratos en donde se codeaban los más distinguidos miembros de la agrupación con personalidades como los mandatarios de la república. También los gobernantes apoyaban a la asociación con subvenciones y ayudas para su escuela nocturna o para reparaciones de su local. *La Concordia*, por su parte, sabía agradecer. Así, como se dijo, participó activamente en los funerales del expresidente Carlos Meléndez, quien había sido su “socio y decidido protector”. Esto posiblemente se prestó a malas interpretaciones y la obligó a justificar su conducta por la prensa.⁵⁵

⁵³ Eric Ching. *Authoritarian El Salvador: Politics and the Origins of the Military Regime, 1880-1940*. Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press, 2014.

⁵⁴ *DES*, 17 de setiembre de 1929.

⁵⁵ *DES*, 4 de noviembre de 1919.

Aunque los estatutos prohibían a la sociedad inmiscuirse en la política militante, esto no impedía que sus miembros a título personal lo hicieran. Así en la campaña electoral de 1918, en el Comité Central de Obreros Quiñonistas participaron los siguientes miembros de *La Concordia*: Manuel Bertrand, Emilio Sánchez, Liberato Galindo, Adrián Meléndez Arévalo y Domingo Melara.⁵⁶ Es evidente que estos sectores medios urbanos estaban insertos en las redes de clientelismo político de los Meléndez-Quiñónez y figuraban como actores en sus representaciones teatrales del juego democrático.

Una relación parecida mantuvo la Concordia con algunos de los hombres más ricos del país. Este fue el caso de Miguel Dueñas, de quien recibió distintas donaciones, entre ellas, un terreno para que se construyera una escuela de artes y oficios. Dueñas fue honrado por *La Concordia* con el título de “Protector de la clase obrera salvadoreña”.⁵⁷ Arturo Araujo y el magnate David Bloom también recibieron similar denominación. En síntesis, esta agrupación, como muchas mutuales de la época, tuvo un comportamiento de deferencia hacia el Estado y los grupos dominantes. Su particularidad radicó en que alcanzó una gran respetabilidad y era tratada con mucha consideración por ser, según se reconocía y se subrayaba, la asociación obrera más antigua de Centroamérica.

⁵⁶ *El Aventino. Semanario Político. Órgano del Comité Central de Obreros Quiñonistas*. I, 12, 15 de agosto de 1918.

⁵⁷ *DES*, 21 de junio de 1920.

Los rituales de *La Concordia*

Los miembros de esta organización mostraron una gran predilección por el ritual y las ceremonias que servían para expresar y también para construir su diferencia frente a los otros sectores subalternos de la sociedad salvadoreña y para testimoniar su deferencia en relación con los sectores dominantes del país. El ceremonial expresaba y elaboraba la condición social de sectores medios de los integrantes de esa agrupación. El ritual, aquí tenía un valor de distinción, de modo que antes que la función de la solidaridad, frecuente en las sociedades obreras y artesanales, lo que expresaba era la exclusividad y la respetabilidad del grupo social agrupado alrededor de la asociación.⁵⁸

Entendemos el ritual como conjuntos de prácticas codificadas o formalizadas que tienen un valor simbólico. En este sentido, se trata de actos y eventos que trascienden el sentido puramente pragmático del procedimiento para construir espacios de significación social. El ritual y el ceremonial no son simplemente un reflejo de las relaciones sociales sino una reflexión sobre ellas. Debemos agregar que entendemos que en estos universos de sentido se

⁵⁸ Pierre Bourdieu. "Espace social et pouvoir symbolique". En del mismo autor: *Choses dites*. Paris: Les Editions de Minuit, 1987, 147-166. Este artículo sintetiza y explicita las tesis del conocido estudio del autor titulado *La distinción*.

producen luchas y conflictos constantes puesto que el poder simbólico es esencial a todo poder. Así, tales reflexiones son objeto de disputa.⁵⁹

El gusto por el ritual de esta asociación se manifestaba en distintos niveles. En primer lugar, en su preocupación por los símbolos de la asociación, símbolos que incluían un escudo o estandarte, insignias, himnos y marchas que músicos miembros o amigos de la asociación compusieron para ella. También el ritual se expresaba en los actos de toma de posesión de las juntas directivas que, en sus años de mayor esplendor, se realizaban según un programa estricto que incluía la intervención de una banda militar, cedida por el gobierno salvadoreño, la presencia del presidente de la República o de alguno de sus ministros y la asistencia de delegaciones de otras agrupaciones obreras, artesanales o mutuales. En general, el ritual enmarcaba las relaciones de *La Concordia* con sus “benefactores” de las clases dominantes a quienes sabía rendir homenaje con respeto y buenas maneras. Dentro de la inclinación hacia el ritual debe mencionarse la preocupación constante de la agrupación por solidarizarse material y moralmente con los miembros que fallecían. Quizás, no era tanto en la vida como en la muerte que la asociación hacía sentir su existencia a cada uno de sus miembros. En efecto, una queja constante de las juntas directivas era la poca participación de sus asociados en la vida de la

⁵⁹ Martine Segalen. *Rites et rituels contemporains*. Paris: Éditions Nathan, 1998.

organización. El ritualismo se manifestaba también en un cierto legalismo expresado en una preocupación constante por conformar sus acciones y decisiones a lo que disponían sus estatutos. Este formalismo se materializaba en las actas, tanto de las juntas directivas como de las asambleas generales. El ritualismo jurídico tenía, claro está, un sentido práctico, pero también era muestra de la respetabilidad de la sociedad.

El formalismo era también un mecanismo para asegurar la exclusividad de la agrupación ya que los estatutos establecían un procedimiento detallado para la aceptación de nuevos miembros. En principio, se ingresaba mediante recomendación de dos miembros y tras un estudio de las calidades del solicitante. El legalismo incluía también un celoso escrutinio de las actuaciones de quienes administraban los fondos de la agrupación. En ocasiones los procedimientos no fueron respetados y algunos de sus tesoreros incurrieron en desfalcos. El ritualismo en su vida interna tendió a desaparecer a medida que la agrupación fue declinando.

La Concordia y el ceremonial cívico:

En la historia de esta asociación donde mejor se manifiesta su gusto por el ritual es en la organización de eventos y ceremonias cívicas. Se puede afirmar que *La Concordia* fungió como un verdadero productor de espectáculos patrióticos. Hubo en ella una voluntad consciente de inventar tradiciones, de

crear o promover efemérides y de santificar héroes y próceres. Según el artículo 42 de sus ya citados estatutos de 1899: “La única fiesta de la Sociedad que habrá de celebrarse con participación en ella de todos los socios, es el día de fiesta nacional en que la Patria celebra su independencia. Su objeto es altamente noble, pues la Corporación celebrará la idea de que el artesano busca la luz y bienestar emancipándose de la ignorancia.”

La asociación jugó un papel clave en la liturgia nacional que los liberales y el Estado salvadoreños fueron elaborando, en particular en las primeras décadas del siglo XX.⁶⁰ Participó, como se dijo, en la inauguración del primer tramo del ferrocarril de El Salvador en 1882. También tuvo un papel protagónico en los festejos de 1911 del centenario del llamado “Primer Grito de Independencia”, en las fiestas de adopción de la nueva bandera salvadoreña en 1912 y en el centenario de la Independencia en 1921. Además del 15 de setiembre, día en que tomaba posesión la nueva junta directiva, *La Concordia* festejaba el 12 de octubre, llamado Día de la Raza.

El héroe nacional de *La Concordia* fue el General Francisco Menéndez de cuyo culto se convirtieron en los principales campeones. En 1913, a iniciativa de la agrupación y del Comité Francisco

⁶⁰ Este proceso es analizado por Carlos Gregorio López en su libro *Tradiciones inventadas y discursos nacionalistas: El imaginario nacional de la época liberal en El Salvador, 1876-1932*. San Salvador: Editorial Universitaria, 2007.

Menéndez, creado bajo su impulso, la Asamblea Legislativa acordó otorgar fondos para levantarle un monumento, el cual nunca llegó a construirse. Como ya se dijo, a fines de los años 1920 la agrupación instituyó el *Día del Maestro*, en asocio con la conmemoración de Menéndez. Pero es interesante señalar que nunca adoptó la fiesta del Primero de Mayo.⁶¹ El interés por el ritual y por el ceremonial cívico muestran de nuevo la naturaleza paternalista y clientelista de la relación de *La Concordia* con los sectores dominantes.

⁶¹ El Primero de Mayo fue celebrado por primera vez en El Salvador en la ciudad de Santa Ana en 1923, organizado por la Alianza Obrera Occidental. *DES*, 2 de mayo de 1923 e *Ídem*, 3 de mayo de 1923. Al año siguiente la festividad se celebró en San Salvador.

Conclusiones:

Las clases medias se expandieron en América Central a la sombra del crecimiento del aparato del Estado, del desarrollo de la vida urbana y de la demanda de determinados servicios y funciones de la economía agroexportadora. Desde el inicio estos sectores fueron heterogéneos puesto que tanto incluían a militares y burócratas como a artesanos y pequeños industriales. *La Concordia* fue un organismo que articuló los intereses y las ideas de un sector de las clases medias, aparentemente el sector productivo o industrial de la ciudad de San Salvador. Tuvo un lugar central en el conjunto de relaciones entre el Estado y las clases altas y la llamada clase obrera salvadoreña, sobre todo en el periodo 1910-1930. Frente al Estado y a las clases dominantes mostró una relación de respetuosa deferencia y frente al movimiento obrero-artesanal mantuvo una posición de preeminencia por el trato que recibía de los sectores dominantes y por el prestigio que sacaba de ser la asociación obrera más antigua de El Salvador. En algún sentido, *La Concordia* logró ocupar una posición en medio de los arriba y los de abajo.

Sus valores eran la respetabilidad, de ahí su preocupación por la moralización y la educación de los obreros; la movilidad social, de ahí su visión evolucionista de la sociedad; y lo que podríamos llamar el patriotismo, de ahí su culto de las efemérides y de los héroes nacionales. Por esta razón, el ceremonial y el ritual de *La Concordia* no eran meramente un

aditamento sino la razón de su misma existencia, ya que fabricaban distancia frente a los otros sectores de las clases populares y acortaban distancia, no la abolían, frente a los sectores dominantes. El ceremonial expresaba su deferencia frente al Estado y a los sectores dominantes y su diferencia frente a los grupos subalternos de la sociedad salvadoreña. En este sentido, mayor no podía ser la distancia entre esta visión del mundo y la ideología radical que fue se fue imponiendo dentro del movimiento obrero salvadoreño, a fines de los años 1920, expresada en la preponderancia que adquirió la Federación Regional de Trabajadores, controlada al final por los comunistas.

Se ha visto que la clase media expresada en *La Concordia* tiene una vocación de poder, lo que es menos claro es que tenga una vocación democrática. Formulo la hipótesis de que un sector social de la heterogénea clase media en el cual la deferencia en sus relaciones con sus superiores y la necesidad de distinguirse en sus relaciones con sus iguales o sus inferiores son su misma razón de ser, tendría una vocación democrática más bien reducida. No obstante, como se sabe, el destino de los sectores medios en la historia de El Salvador en el siglo XX ha sido contradictorio porque en su seno se han reclutado tanto reformistas y revolucionarios como servidores y defensores del Estado autoritario.

Es conocido que en la caída de la dictadura de Hernández Martínez jugaron un papel relevante los sectores medios y lo mismo se puede decir de los otros intentos de democratización abortados en el

Salvador posteriores a 1944 y que desembocaron en la guerra civil de la década de 1980. El problema de la historia salvadoreña del siglo XX fue que no todos los sectores medios adoptaron el ideal democrático, ya que posiblemente por la experiencia traumática de 1932, muchos de ellos abrazaron el anticomunismo y apoyaron la fórmula política autoritaria. Para dichos sectores el valor del “orden” fue preferido al valor de la participación política democrática. La inclinación autoritaria de algunos grupos de los sectores medios se consolidó en la medida en que la carrera militar fue una importante vía de movilidad social y el militarismo la forma que adquirió el régimen político de El Salvador después de los sucesos de 1932.

En Costa Rica, los sectores medios se convirtieron en base del régimen democrático de manera bastante unánime, sobre todo después de la guerra civil de 1948 y tras la derrota de los comunistas, posiblemente por la ausencia de la institución militar y por las posibilidades de ascenso social promovidas por el Estado, por medio de la educación. En última instancia la adhesión activa y mayoritaria de los sectores medios a la democracia ha dependido en Centroamérica, si comparamos El Salvador y Costa Rica, de la existencia de determinadas vías de ascenso social y de la ausencia de ciertos factores que pongan en riesgo el orden social, tal y como lo entienden dichos grupos medios.

XI

EPÍLOGO LA HISTORIA Y EL HISTORIADOR EN TIEMPOS DE INCERTIDUMBRE*

El tiempo geológico, el del Antropoceno, y el tiempo social evanescente de nuestros días, el del presentismo, interpelan hoy a la historia como saber y a quienes la practican profesionalmente tanto en su condición de oficianes como también, y quizás principalmente, en su condición ciudadana; sea como testigos, si sus documentos (sus veneradas fuentes históricas) no les han producido una especie de ceguera de lo que acontece a su alrededor; sea como protagonistas cuando han sido involucradas/involucrados o se han comprometido en cuestiones que trascienden sus aulas y sus investigaciones especializadas. Efectivamente, vivimos en tiempos de incertidumbre tanto porque el presente produce mareos continuos como porque el futuro se anuncia como Armagedón climático y más recientemente como Armagedón nuclear.

* Conferencia virtual impartida en el Seminario-Taller “Reflexiones sobre el Oficio del Historiador en Tiempos de Incertidumbre”, Facultad de Humanidades, Universidad de Panamá, 17 de octubre de 2022. Una primera elaboración de estas ideas fue presentada en los Coloquios de Guanacaste, Nicoya, julio 2022. No he podido encontrar la fórmula eufónica de un lenguaje inclusivo que me hubiese permitido prescindir del término “historiador” en el título de la conferencia. Valga la aclaración.

Frente a la dictadura del presente, el desafío consiste en poner en contexto la ilusión verdadera de la simultaneidad universal y de la realización casi instantánea de cualquier deseo gracias a Uber, para los más elementales, y a WhatsApp y similares, para todos los demás. Desafiar esa dictadura implica inscribir el presente en una historia y por esa vía volverlo relativo; reconocer que no hay presente que no tenga un pasado, poco importa que sea olvidado, negado o no reconocido, como hoy nos lo recuerda brutalmente Putin con su guerra contra Ucrania, no sólo manipulando pasados recientes y otros muy antiguos para justificarla; sino sobre todo porque la larga, muy larga, historia de los imperios, con sus continuas rivalidades y disputas ha vuelto a ocupar su lugar protagónico; lugar que el espejismo de la “pax americana” había ocultado desde 1989. El presente es hoy ominoso y solo se puede entender si nos ponemos a estudiar la historia de los imperios en una perspectiva de más largo plazo para trazar la del imperio ruso, y también la del imperio chino, hoy en ascenso, como lo ha repetido Xi Jinping, en el contexto de sus relaciones con los otros imperios de Asia y Europa; y la historia más reciente para aprehender el ascenso y aparente declive del imperio estadounidense.

Pero el tiempo largo del Antropoceno también nos interpela no tanto porque esa nueva era definida por el impacto de la acción humana sobre el destino del planeta no es tan antigua como que su prolongación sí lo será. Así, este tiempo más largo que cualquiera otro incluido en la noción braudeliana

de la larga duración es una llamada de atención sobre las consecuencias duraderas de las acciones humanas, aunque en términos estrictos no todas las personas que habitan el planeta tienen las mismas responsabilidades sobre su crisis actual, razón por la cual sería más preciso hablar de “Capitaloceno”, ya que es efectivamente la acumulación de capital sin freno quien ha producido el desastre ambiental actual. Pero la época del Antropoceno en especial nos interroga sobre nuestro porvenir porque el problema no es la sobrevivencia de la vida en el planeta, ya que ha conocido extinciones masivas previas, sino la de la humanidad que podría ser que tenga un pasado, pero ya no más un futuro.

Entre este presente que fagocita las otras dimensiones del tiempo tan familiares para la mayoría de los grupos humanos y, en especial, para quienes hemos vivido bajo el imperio de las ideologías del progreso, y el tiempo de una tierra saqueada y destrozada por, se supone, sus habitantes más inteligentes, es legítimo preguntarse historia para qué, interrogante que como sabemos recurrentemente vuelve en el seno de las personas practicantes de la disciplina. Conviene empezar precisando de cuál historia como saber estamos hablando porque en esta época su valor ha sido relativizado tanto por quienes en forma consciente y sistemática difunden mentiras y falsedades desde posiciones de extrema derecha como por quienes militan en las disputas de las memorias y de

la política de las identidades, sea aduciendo que no hay punto de vista en la perspectiva histórica que no sea interesado y, en consecuencia, que no tenga un valor totalmente relativo; sea afirmando una prerrogativa de la memoria frente a la historia. Sin olvidar quienes desde los estudios literarios y culturales reniegan de lo que llaman la “razón occidental”, razón irremediabilmente colonial.

Por mi parte, concibo la historia como un saber científicamente orientado, una narrativa *veritativa* ensamblada con “objetos encontrados”, vestigios reales de experiencias humanas y eventos naturales; un saber que, como otras ciencias sociales, puede establecer las causas necesarias, pero nunca las suficientes de los procesos que investiga. En efecto, toda historia es un punto de vista y no puede ser más que eso, ni tampoco menos que eso; no es un panóptico omnisciente, sino un punto de vista empíricamente fundado y consistentemente razonado, construido con esos objetos encontrados. La historia, y es posible que no solamente ella, tanto en el mundo de las ciencias sociales como en el de las propias ciencias llamadas duras, es un saber relativo a sus interrogantes, a sus instrumentos de análisis y a sus materiales de construcción; un saber relativo a su época que transporta sus específicas herencias y se confronta con sus interrogantes actuales; en consecuencia, este saber inevitablemente va caducando por la propia experiencia humana y por los resultados de sus investigaciones. Admitido todo eso, la historia es siempre una

aproximación a la verdad, no un mero artificio del lenguaje.

Conviene insistir en que, si la historia como saber no es discernible de otras formas de aprehender el pasado, sin duda legítimas casi todas, su utilidad es totalmente nula y quienes la practican podrían ser consideradas como personas prescindibles en las planillas universitarias. Si dudamos de los protocolos de esta disciplina; si pensamos que en el fondo sus procedimientos son disfrazados recursos retóricos; si consideramos que los indicios con que se construye no son traducibles al lenguaje de nuestro presente; si estamos convencidos de que nadie es capaz de hacer comunicable la experiencia pretérita de otras personas, es decir, si creemos en la inconmensurabilidad de las culturas; si, por ejemplo, creemos que solo las mujeres pueden hacer la historia de las mujeres y, otro ejemplo, solo los afrodescendientes la propia, la comunidad de competencia dedicada a esta profesión sale sobrando.

Tal concepción de la historia como saber se opone, obviamente, a la historia de bronce, a la vieja historia patria; se sale de la historia autocontenida en la nación; declara caduca la historia eurocéntrica; pone en guardia contra la historia en migajas; rechaza que la historia sea mera ficción y mira con preocupación y a veces con horror los usos del pasado como altar, mausoleo o trinchera. En fin, lamenta la utilización tan frecuente del lugar común según el cual la historia la escriben los vencedores porque ignora que la disciplina es una comunidad de competencia en la

que se enfrentan y siempre se han enfrentado corrientes y tendencias. Por cierto, uno de los fundadores de la disciplina en la tradición occidental, Tucídides, fue un perdedor, no un vencedor, el derrotado de las guerras del Peloponeso. También se podría agregar que Lorenzo Montúfar, pontífice de la historiografía liberal centroamericana, fue la mayor parte de su vida un perdedor como hombre político, aunque efectivamente se consideraba integrante del pelotón de punta de los vencedores de la historia, es decir, de los abanderados del progreso. Posiblemente, tampoco habría que olvidar que la historia es un saber siempre cotejado por la opinión y el sentido común. No es casual que al lado del historiador profesional existen diversos tipos de historiadores aficionados, unos muy oportunos eruditos y otros temibles y nocivos propagandistas.

La historia es siempre un relato que se construye con determinadas intenciones o pretensiones. En la actualidad lo concebimos como la búsqueda de interconexiones siempre localizadas y siempre prolongables en el espacio y en el tiempo; como reconocimiento de los presentes anteriores entendidos como cadenas de resultados contingentes; una historia indeterminada por eventos y actores concretos que se acontecen en lugares y momentos específicos, elaborando lecturas abiertas e inciertas de la determinación e identificando borrosamente posibles al alcance. Hay que insistir en el carácter incierto de los procesos históricos: ¿quién hubiera dicho que tras los procesos de paz y las transiciones democráticas

Centroamérica retornaría a una nueva época de despotismos, como la que hoy sufre Nicaragua y como la que se anuncia en El Salvador? Y, sin embargo, ante los hechos consumados, este saber se inclina a escudriñar los pasados para conocer las razones del triunfo de determinado resultado. Profetizamos el pasado, pero decimos que lo que terminó por imponerse en el presente no era inevitable. Por eso, concebimos la historia como lectura crítica del presente, como desalojo del presente de su residencia en lo ineluctable con el fin de instalarlo en la incertidud del desenlace precario y provisional; el presente descolocado por la rememoración de posibles que lo precedieron y por la invocación de otros posibles alcanzables en presentes próximos. Efectivamente, el desafío actual de la región centroamericana es encontrar los caminos para deshacerse de los despotismos renacidos.

Pero cuando hablamos de historia no solo nos referimos a un saber, sino a la experiencia humana de la cual ese saber pretende dar cuenta. La historia como proceso histórico natural parcialmente conducido por los seres humanos, que tiene diversos caminos y que carece de *telos* alguno; un proceso indeterminado, aunque encuadrado en marcos de determinación, una serie de desenlaces contingentes que quedan siempre relativamente estabilizados; en otras palabras, la acción humana practicada como

opciones decididas siempre bajo presión, ya que nunca es posible escoger el terreno en el cual acontece la lucha.

Como sabemos, esta experiencia humana en el presente se encuentra asediada por la destrucción ambiental, por la migración desesperada de millones de seres humanos, y por un sentimiento de impotencia ante el regreso de los imperios, antidemocráticos por definición, como grandes actores de los procesos históricos; acorralada por la acumulación de capital a escala global que multiplica vertiginosamente las desigualdades y promueve imaginarios de consumo en perpetua invención. Experiencia humana de millones de vidas sin pasado y sin futuro, sin tiempo para la esperanza y tampoco sin tiempo para la desesperación; en un mundo dominado por el exhibicionismo de la riqueza y por la devaluación de la democracia y los derechos humanos. Experiencia humana no menos marcada en nuestro tiempo por la emancipación de la condición femenina, por la diversificación de los sujetos, es decir por la pluralización de las maneras de afirmar “yo soy” o “así soy yo”, y por la multiplicación de las pequeñas resistencias.

Un proceso histórico cuyo presente es el del agotamiento de la pretensión de ser modernos, como diría el recién desaparecido Bruno Latour, porque el planeta ya no aguanta nuestro afán continuo de modernizarnos. Vivimos un presente dominado por el fin del régimen moderno de historicidad que articulaba las temporalidades en función del futuro, cuyo dios era el progreso. Vivimos el presentismo de un

tiempo amnésico y desconectado del futuro. Ese tiempo presentista de quien labora para la obsolescencia tecnológica y la simultaneidad de los flujos financieros en *call centers* y teletrabajos o el de quien sobrevive cada día montado en una moto o en una bici al servicio de *Ubereats*, es decir, en el presente del “preariado”. También se podría pensar en ese presentismo que se experimenta en un *rave*, extasiado con música electrónica. El presente de una cierta idea de la eficacia como lo dice la expresión “just in time”, que se perpetúa entre la urgencia y la anticipación.

Para salir del presente hay que someter a crítica la aceleración, reconocer el futuro como amenaza potencial y poner a un presente historizado en vigilancia continua del futuro como obsolescencia continua. Se puede salir del presente si se acepta no tener la garantía de las llamadas “leyes de la historia”; carecer de la certeza del éxito y apenas apostar con decisión por otro presente tan inmediato como sea posible, renunciando a la idea de futuro como garantía de la apuesta, y asumiéndola como espacio de posibles, con la aceptación de que la derrota puede ser el desenlace provisional. Si se quiere salir del presente habría que hacerlo diciendo queremos estar juntos en nuestra diversidad, diferencia y contradicción y no sólo afirmando enfáticamente “así soy yo”.

La historia como saber puede contribuir a salir de este presente acelerado continuamente y que da vueltas en el mismo lugar mientras alimenta cada día más la sensación de incertidumbre, de vértigo sin amarras ni con el pasado ni tampoco con el futuro. Este saber puede ser útil porque relativiza o contextualiza las determinaciones materiales, la dominación y la necesidad como estructuras de larga duración, y las llamadas epistemes supuestamente trans-históricas. Una historia que rescata los posibles del pasado, es decir las resistencias ocultas en el halo del presentismo y también olvidadas con el paso de los años, y que muestra los posibles del presente para otros presentes por alcanzar, es decir como futuro no garantizado, como futuro condicional, aunque futuro al fin. Los zapatistas hablan de hacer un desvío por el pasado para seguir hacia el futuro o de mirar hacia atrás para avanzar hacia adelante. El pasado como plataforma ética y práctica como resorte de la acción presente.

Pero la historia como saber no puede ser útil a la historia como experiencia humana sin que reafirme su voluntad de acercarse siempre en forma asintótica a la realidad, al conocimiento de la verdad, todo lo relativa que esta sea como ya se ha dicho. En este sentido, no tendría que hacer nada nuevo sino simplemente lo que siempre ha hecho: indagar en sus queridas fuentes primarias y construir relatos de interés para sus conciudadanos y sus conciudadanas. Frente a las incertidumbres de la época no puede

ofrecer certezas ni máximas como esas con las que se elaboran los manuales de autoayuda. Pero la historia siempre servirá para reconocer las posibilidades preteritas y las potencialidades actuales; la historia siempre será una apuesta necesaria frente a quienes pretenden imponer postverdades y siempre será un recurso frente a los despotismos manipuladores del pasado. Este saber siempre tiene abierta la posibilidad de ponerse al servicio de proyectos emancipadores, no mediante la elaboración de relatos heroicos y al final pretendidamente felices como los de la historia de bronce, sino por su exigencia siempre renovada de ser fiel a sus testimonios, a sus vestigios, es decir, de ser fiel, a la búsqueda de la verdad. Una forma de rendir homenaje a quienes en el pasado murieron injustamente o vivieron tristemente y también a quienes buscaron los posibles delante de su tiempo.

Sin embargo, quizás no sea exacto sostener que la disciplina debe seguir haciendo lo que siempre ha hecho. En efecto, en esta época de tan fácil circulación de falsedades y falacias, gracias a las nuevas tecnologías de comunicación, quienes trabajamos profesionalmente en el campo de la historia tenemos que asumir el desafío de encontrar nuevas formas de entrar en contacto con el conjunto de la ciudadanía. En todas partes la historia se trasmite a la población mediante los sistemas de educación formal, transmisión que deja mucho que desear y transmisión mediada por la manera en que los gobiernos se ocupan de la llamada historia patria. No tengo claridad sobre esta cuestión de la enseñanza de la historia en la

educación formal; pero reconozco que debe ser abordada. Sin embargo, estimo que es muy importante que la comunidad de profesionales de la historia se plantee el problema de ir al encuentro de la población en su conjunto. Hay colegas que hacen un trabajo laudable al respecto como mi amigo Félix Chirú, a quien debo esta invitación, que publica regularmente en la prensa panameña. Pero es claro que la historia debe comprometerse en la esfera pública en el combate contra tanto oscurantismo hoy presente en las redes sociales.

En fin, la historia, un saber especializado, enfrenta hoy el desafío de entrar en sintonía con las preocupaciones del tiempo presente. No se trata de que la actualidad le imponga la agenda de investigación, pero es claro que tiene que buscar la manera de integrar en sus programas de investigación las cuestiones que preocupan a la ciudadanía. Esto significa que tiene que asumir una posición crítica frente a la historia en migajas dominada por temas ultra especializados y ultra delimitados. Por el contrario, en la agenda de investigación de la historia tiene que haber cabida para preguntas que amplíen perspectivas y permitan establecer conexiones entre los mundos inmediatos temporales y espaciales de las personas contemporáneas con otros mundos más distantes en el tiempo y en el espacio. Es necesario encontrar formas de diálogo entre la legítima investigación especializada y las preguntas más relevantes del presente.

En conclusión, en estos tiempos de incertidumbre la historia como saber tiene el desafío en lo que le corresponde de mantener abiertos los horizontes de la historia como experiencia humana participando en la lucha contra la dictadura del presente y en la búsqueda de futuros posibles hoy aparentemente invisibles precisamente por el dominio de esa dictadura. Una historia que reconoce agónicamente que nunca es posible identificar todo lo que antes estuvo en juego, ni lo que en el presente se está jugando. Un saber para la acción asumida como saber de los posibles pretéritos y de los posibles actuales, pero sin garantía alguna de su realización. La historia entendida como un saber humanista que promueve un humanismo al servicio de humanos encarnados y no de las masas genéricamente consideradas, un humanismo de la diversidad, de la diferencia, de la divergencia, cosmopolita y acunado en el regazo de la naturaleza.

Referencias

Baschet, Jérôme. *Défaire la tyrannie du présent. Temporalités émergentes et futurs inédits*. París: La Découverte, 2018.

Bonneuil, Christophe y Fressoz, Jean-Baptiste. *The Shock of the Anthropocene. The Earth, History and Us*. London: Verso, 2016.

Hartog, François. *Cronos. Cómo Occidente ha pensado el tiempo desde el primer cristianismo hasta hoy*. México: Siglo XXI Editores, 2022.

Hunt, Lynn. *Historia. ¿Por qué importa?*. Madrid: Alianza Editorial, 2019.

Loriga, Sabina y Revel, Jacques. *Une histoire inquiète. Les historiens et le tournant linguistique*. París: EHESS/Gallimard/Seuil, 2022.

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS

I.- Inédito: impartido como charla en varios cursos.

II.- *Atlántica. Revista de Arte y Pensamiento*. 31, 2002, 18-24.

III.- Inédito: impartido como charla en varios cursos.

IV.- *Anuario de Estudios Centroamericanos*. 47, 2021, pp. 1-18.

<https://doi.org/10.15517/aeca.v47i0.50684>

V.- Inédito: conferencia impartida en el XIII Congreso Centroamericano de Historia, Tegucigalpa, julio 2016.

VI.- *Revista Reflexiones* (UCR). 25, 1994.
<https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/reflexiones/article/view/10747>

VII.- Alberto Cortés et. al. (Editores). *Anhelos de un nuevo horizonte. Aportes para una Nicaragua democrática*. San José: FLACSO, 2020, 43-53.

VIII.- *Memoria del Primer Encuentro de Historia de El Salvador 22-25 de julio de 2003*. San Salvador: Licenciatura de Historia, Universidad de El Salvador / CONCULTURA, 2005, 111-117.

IX.- Inédito: ponencia presentada en el Seminario “Estado nacional y participación política en América Central”, Universidad de Costa Rica, febrero de 1995.

X.- Inédito en español: versión en inglés publicada como: “The Formation of the Urban Middle Sectors in El Salvador, 1911-1944”. En Leigh Bingford and Aldo Lauria. (Eds.) *Landscapes of Struggle. Politics, Society and Community in El Salvador*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2004, 39-49, 274-277.

XI.- Apareció en la revista electrónica salvadoreña *Korazón de Perro* en febrero de 2023, pero ya no está en línea.